

REVISTA  
DE  
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

---

---

TOMO LXV

JULIO - DICIEMBRE 1985

Cuadernos 3.º - 4.º

---

---

LA ODA VI DE FR. LUIS DE LEÓN: «DE LA  
MAGDALENA». ENTRE POESÍA HUMANÍSTICA  
Y TRADICIÓN MEDIEVAL

La oda VI de Fr. Luis de León titulada «Otra» o «De la Magdalena» o «De la Magdalena a una Señora pasada la mocedad»<sup>1</sup>, conjuga los temas enunciados en esta última rúbrica, enlazándolos por el de la conversión, cuyo llamamiento se hace más urgente por la edad madura de

---

<sup>1</sup> Para las poesías remitimos a las ediciones de O. Macrí, segunda española, L. DE L., *Poesías* (Barcelona, 1982, págs. 212-214 (aparato, pág. 152), A. C. Vega O. S. A., ahora en la ed. reciente abreviada (Barcelona, 1980), págs. 23-25, y a la de F. GARCÍA O. S. A., *Obras completas castellanas* (Madrid, BAE, 1957), vol. II, págs. 753-755, por donde citamos de los otros escritos. Nos referiremos a algunas de las variantes (registradas por Macrí, pág. 152) aun sin entrar en el problema de la constitución del texto, e indicaremos nuestra discrepancia ora con una ora con otra de las ediciones mencionadas en cuanto a puntuación, acentuación y unión o separación de los elementos léxicos. Respecto a aquella, regularizamos la (,) ante oración relativa especificativa (a saber en 2, 32, 48, 63, 90), y ponemos (,) tras 16 *el vano* (v. i. E 1.1); aunque comprendemos las razones en contra, preferimos poner (,) en 79-80 «mis ojos, dos mortales / fraguas» (v. i. ib. 1.1); por lo demás, ante aposición preferimos no marcar la pausa con (,) en 8, 52, 54, para evitar confusión con el vocativo (y las irregularidades que se derivan de la falta de un criterio fijo). En cambio, en 27-28 separamos con (,) el predicado «más ligero que el ave, huye», en vista de que el *tertium comparationis* es la ligereza, no la huida. Para la (,) en 50 «el huésped arrogante, en bien fingido» v. i. ib. 2.2. La tilde en 66 «Sólo amparo» en *Obras* debe de ser cosa del impresor. En cambio, 19 *por quien* debería llevarla si se pone entre (¿?), pero preferimos considerar esta oración y las siguientes como de relativo. En 89 «de cuanto saber tiene» no ponemos (') por tratarse de una constatación de cuantía (v. i. I A 4.11). En dos de las ediciones aparece 14 *sino* en un solo tramo, contra el sentido. Para comodidad del lector reproducimos al final el texto de la oda, adaptada a nuestra interpretación, amoldándonos para las grafías a la edición de Quevedo (Madrid, 1632).

la dama y más persuasivo por el ejemplo de una santa que desde antiguo se había propuesto como modelo y como patrona de los pecadores: «*quae reis formam posuit sequendam*».

La relación al parecer autobiográfica de Fr. Luis con una mujer que conocería bien (comparable con otras que afloran en *La perfecta casada*, capítulo XI, vol. I, pág. 303 et passim) se manifiesta en el tratamiento de segunda persona de singular con que se dirige a ella; el afán del sacerdote por la salud de su alma, en los reiterados consejos (4 «¿yo no te decía?», 11-12 «¿Qué tienes del pasado / tiempo...?»); la convicción del religioso acerca de la garantía ofrecida por la vida claustral, en la solución propuesta antaño (31-34 «¡Oh cuánto mejor fuera /.../ en velo...!»).

Lo convencional del nombre, 1, 5 *Elisa*, garcilasiano como el que más (más adelante saldrá otro, horaciano, de la rival, 29 *Lida* ¿como *Leda*? ¿o *Lidia*?), y el tópico también de Garcilaso —y petrarquesco— del cabello más resplandeciente que el oro (v. 2), apuntan hacia la tradición literaria, próxima y remota.

Las exhortaciones y preguntas que parecían sacadas al vivo del discurso religioso, también evocan otras de finalidad opuesta pero de sesgo y ritmo parecido, ocasionadas por el tema de la mujer mayor, cuyos amores requiriera para sí Ausonio, en sustitución de otros de que no disfrutara en juventud, en el epigrama xxiv (xiii) «*Ad Gallam puellam iam senescentem*», escrito en la estela de la *Antología palatina* (v. 21), que reproducimos aquí:

Dicebam tibi: 'Galla, senescimus; effugit aetas,  
utere rene tuo: casta puella anus est.'  
Spreuisti. obrepsit non intellecta senectus  
Nec reuocare potes, qui periere, dies.  
nunc piget et quereris, quod non aut ista uoluntas  
tunc fuit, aut non est nunc ea forma tibi.  
Da tamen amplexus oblitaque gaudia iunge.  
Da, fruar: et, si non quod uolo, quod uolui<sup>2</sup>.

Literario es asimismo el tema de la mujer que, habiendo perdido los atractivos de la juventud, se obstina en parecer hermosa, que Horacio propone a una reflexión entre amarga y compasiva en la oda IV 13, de la que el poeta humanista se hacía eco, como si tendiera la mano, no ya a su aconsejada, sino a los contertulios literarios, quienes bajo 9-10 «la frente / con rugas afeada» reconocerían una expresión parecida del

<sup>2</sup> Cf. *D. M. Ausonii Opuscula*, ed. R. Peiper (Leipzig, 1886), pág. 324, donde se citan también los vv. correspondientes griegos.

poeta latino (12-13 «*rugae turpant*»); bajo el 10 «negro diente» (costreñido por la morfología española y por la rima a un singular representativo; v.i.II E 1.2), los «*luridi dentes*» (ib. 12-13); bajo 3 «la nieve», que muda el cabello, las 12 «*capitis nives*» del modelo. Los pretendientes de antaño, que 8 «*ingratos se desvían*» ('se apartan'), les recordarían a los 2 «*iuvenes protervi*», de quienes en la otra oda, I 25, se dice llamaban cada vez menos a las ventanas cerradas de Lidia, ya vieja. Las reminiscencias son tanto más probables en cuanto que una de las dos odas horacianas, la IV 13, se cuenta entre las traducidas por Fr. Luis<sup>3</sup>.

La mención de la posible circunstancia autobiográfica y de las reminiscencias literarias que hemos recordado sirven para recapitular lo ya dicho, como se percatará el lector que tenga algún conocimiento de la bibliografía y comentarios al uso. Mencionaremos en especial los ensayos de comparación.

En el ámbito de las poesías originales, la oda «De la Magdalena» se ha relacionado con otra, la ix, de corte clásico ya desde su nombre, «Las Serenas», y desde su dedicatoria tibuliana «A Querinto». O. Macrí las considera juntas, bajo el lema de la «pasión amorosa», en cuanto ambas (como también la oda vii) oponen «ejemplos de virtud y de valor» a los trágicos efectos del amor lascivo, y señala como paralelo particular la «madura edad» del destinatario, a quien los años alcanzados le pedían el «fruto de gloria verdadera»<sup>4</sup>. E. Alarcos Llorach, aludiendo a nuestro poema en un ensayo dedicado específicamente a la oda ix, insiste en el parecido de su finalidad y entresaca expresiones que le llaman la atención por semejantes, y de las que deduce que los dos poemas deberían atribuirse a una misma época, anterior a la prisión<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Cf. allí 16-18 «la boca denegrada / y las canas te afean / que en la nevada cumbre ya blanquean» *Obras* II 947. Véase allí mismo la descripción de la edad 24 «que vuela más que el ave» (en la oda se decía *transvolare* del amor), que recuerda la otra composición Od. I 11, llamada «Carpe diem»: 7-8 «*Dum loquimur fugitur invida / aetas*». Para Horacio nos valemos de la edición de D. Bo, *Carminum libri IV* (Turín, 1945).

<sup>4</sup> Cf. el estudio preliminar de la edición citada, págs. 52-55.

<sup>5</sup> «Las Serenas de L. de L.», *Anuario de Estudios Filológicos* 3 (1980), pág. 13. El autor las entresaca de los vv. vi 5, 15, 37, 54, 66-67, 90 y de ix 11-12, 19, 27, 67, 41-42 y 40 a modo de concordancia. Llevamos más allá el parangón en forma articulada en un ensayo que dedicamos al tema. Para pasajes paralelos en otras odas, cf. C. SABOR DE CORTAZAR, «Poética y poesía en Fr. L. de L.», *Homenaje al Instituto de Filología...* (Buenos Aires, 1975), págs. 386-393, E. DE BUSTOS, «Aspectos fonéticos en la poesía de Fr. Luis: voces y ecos», en *Academia Literaria Renacentista* (Salamanca, Universidad, 1981), págs. 253-257, y otros. Volveremos sobre el problema de las repeticiones en nuestras observaciones conclusivas.

Las coincidencias verbales son llamativas, más bien que en sí mismas, por su acumulación en el breve espacio de los respectivos poemas, ya que el vocabulario del poeta salmantino acusa frecuentes repeticiones, dentro de esa limitación de «módulos» léxicos y estilísticos que se ha observado también en la obra de poetas humanistas italianos, como Jacopo Sannazzaro <sup>6</sup>.

A nosotros en los dos poemas nos ha interesado el confluir o el alternarse de elementos y expresiones clásicas y judeo-cristianas, y así lo hacemos constar en un ensayo comparado, aparte: en la oda ix se entreveran «ejemplos bíblicos», adaptados a la manera alusiva de la escritura humanística (como sucede, de un modo más continuado en la otra oda xix [xx] «A todos los santos», de inspiración pindárica). Aquí el tema se prestaba para engarzar reminiscencias de autores clásicos, como lo demuestra el poema titulado «Imitación de diversos», que algunos consideran un ejercicio poético de juventud del propio Fr. Luis (cfr. la ed. de F. García, vol. II, págs. 800-802). Tal como se compuso, la oda vi está dominada por el «ejemplo» de la Magdalena <sup>7</sup>, que constituye toda la segunda parte de la composición, o sea, las liras ix-xviii, y que se funda, a la par de otras composiciones poéticas contemporáneas, en la materia bíblica y en la tradición eclesiástica, o sea en dos aspectos de la inspiración luisiana que no han sido estudiados suficientemente.

A ellos dedicamos, pues, la parte principal del presente ensayo, pero no sin comprender el poema en su conjunto y en sus distintas manifestaciones verbales y formales, en las cuales se maridan lo religioso y lo humanístico.

#### PRIMERA PARTE

A) Las mencionadas liras tratan de la conversión de la santa; a saber: de su entrada en la casa de Simón el Fariseo, que el poeta describe con un escorzo eficaz, de sus atenciones para con el divino Maestro, al cual ella luego ofrece sus males como único medio de propiciación, y al

<sup>6</sup> Cf. P. MENGALDO, «La lirica volgare del Sannazzaro e lo sviluppo del linguaggio poetico rinascimentale», *La Rassegna della letteratura italiana* 66 (1962), 436-482.

<sup>7</sup> Si bien el *exemplum* como fuente de predicación, elaboración literaria, erudición, es más bien característico de la Edad Media, siguen floreciendo hasta mucho más tarde, recopilados en las colecciones. La Magdalena ocupa un lugar destacado, por ejemplo, en *Marci Antonii Cocceii Sabellici de omnium gentium omniumque seculorum insignibus memoriaque dignis factis et dictis exemplorum libri X* (Basilea, 1563).

que se dirige como a un «médico perfeto» para obtener una prueba de su poder redentor.

1.1. Esencialmente nos hallamos ante la elaboración poética del relato evangélico contenido en Lc. 7:36-50, que citan los comentarios como «fuente»; pero, excepto la brevísima parte narrativa, 58-60 «lo que la en sí fiada gente olvidado habían, / sus manos, boca y ojos lo hacían», de por sí estilizada como resumen del discurso retrospectivo de Jesús en los vv. 44-46, todo lo demás ha sufrido una reelaboración temática y doctrinal, además que de estilo.

1.2. Para un análisis históricamente válido deberíamos empezar por colocar el texto en su ambiente inmediato, junto con las composiciones de otros poetas humanistas, en latín y en las lenguas vernáculas (dentro del desarrollo del tema, cuya naturaleza hubiéramos estudiado previamente).

Por lo pronto, sin embargo, y hasta tener un acceso más directo y amplio a los fondos que para ello se prestan, nos contentaremos con remitir a esa especie de enciclopedia en prosa y en verso, que es el tratado de Pedro Malón de Chaide, también agustino, cuya primera edición es de 1588<sup>8</sup>, y a recordar el hecho consabido, aunque no suficientemente investigado, del papel de la Magdalena en el drama litúrgico (en ese drama que con su pregunta, «Mulier quid ploras? Quem quaeris?», hubiera podido hallar una adecuada contestación en las palabras de Fr. Luis, 51 «De amor guiada y pena...»), y luego en el teatro de los orígenes, en el que el auto viejo llamado justamente: «Conversión de la Madalena»<sup>9</sup> se corresponde con un apéndice tardío de los dramas de pasión del Norte de Europa, que de la escena de la unción de Cristo en Betania habían pasado a la otra de la conversión (y a la de la vida mundana). Consabida es también la intervención de la santa en el teatro de Manrique, Encina, Lucas Fernández. Gracias a una tradición ininterrumpida, ella había andado, y andaba todavía, en letra de romances y de villancicos y glosas<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Cf. la ed. de F. GARCÍA (Madrid, Clás. Cast., 1957-1968, 2.º).

<sup>9</sup> Cf. L. ROUANET, *Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI* (Madrid, 1901; ed. facs. Hildesheim, 1979), vol. III, págs. 49-66.

<sup>10</sup> Nos referimos más adelante al romance de Fr. Ambrosio Montesino titulado «De la sacratísima María Madalena», en su *Cancionero Sagrado*; cf. J. DE SANCHA, *Romancero y cancionero sagrado* (en adelante RCS), en BAE, XXXV, págs. 436-437, y a otros romances y glosas del *Vergel de flores divinas* de Juan López de Ubeda (Alcalá, 1588), que en adelante llamaremos *Cancionero de Ubeda* (y que citaremos por RCS).

El paso a la oda <sup>11</sup> y al soneto <sup>12</sup> hizo que se implantara también en estas formas italianizantes.

1.2.1. De entre los sonetos, citaremos aquí uno que se halla en el Cancionero de Úbeda y que ha sido atribuido al propio Fr. Luis; es éste:

Las manos que la muerte a tantos dieron  
veslas en tu servicio diligentes;  
mis ojos tus pies bañen hechos fuentes,  
que de mortal Amor dos fraguas fueron.  
5   Límpiente mis cabellos, que truxeron  
de sí colgadas infinitas gentes;  
mira a tus pies rendidas y obedientes  
las gracias a quien tantos se rindieron.  
Los pechos más que piedra endurecidos  
10   vencí, y ¿no venceré tu gran clemencia?,  
decía al buen Jesús la Magdalena.  
¡Oh misterios del cielo nunca oídos!  
Que da salud lo que antes dio dolencia,  
y absuelve Amor a la que Amor condena <sup>13</sup>.

El corte evidentemente petrarquista de esta composición nos induce a buscar entre los seguidores de Petrarca, aunque, en vista de la multitud de éstos y de la difusión del tema, no estemos seguros de hallar un modelo, cuya identificación no puede ser tajante ni definitiva. Como hipótesis proponemos el nombre de un escritor véneto, el canónigo regular lateranense y luego obispo, Gabriel Fiamma (1532-1585), tan famoso en su época como olvidado hoy, cuya vida y obra ofrecen muchos puntos de contacto con Fr. Luis. Fue autor, entre otros muchos escritos religiosos, de un tomo de poesías, en su mayoría sonetos y canciones, todos con su glosa, que publicó en 1570 con el título *Rime spirituali* <sup>14</sup>, en que reem-

<sup>11</sup> De éstas es la «Lira a la Magdalena», que incluye el P. A. MERINO en *Obras* (Madrid, 1804-1816), vol. VI, *Poesías*, Apéndice 2, «Si de mi bajo estilo...», cuya 5.ª estrofa cita O. Macrí como *contrafactum* de Garcilaso, Canción V, 17. Es sintomática una anécdota que recoge A. Blecua: hallándose varios amigos reunidos con don Alonso Chirino, conocido por su vena fácil, se ofreció éste a escribir versos sobre el asunto que gustaren, y «uno escogió una décima a las lágrimas de San Pedro; otro un soneto a la rosa; otro una canción a la Magdalena; otro un romance a una dama...». B. J. GALLARDO, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos* (Madrid, 1866, ed. fcs. ib. 1978), vol. II, cols. 452-453.

<sup>12</sup> Dos sonetos escritos *ad hoc*, como ejercicio retórico, son respectivamente el de Fr. Lorenzo Sierra y el de Fr. Juan Antonio Camós, que aparecen en los preliminares de *La conversión de la Magdalena* de MALÓN DE CHAIDE (I 44-45).

<sup>13</sup> Sugirió primero que fuera auténtico el P. Vega y lo recoge entre las obras atribuidas el P. García, vol. II, págs. 810-811.

<sup>14</sup> El título completo reza: *Rime spirituali* del R. D. Gabriel Fiamma, Canonico

plaza a los temas amorosos del poeta de Arezzo, conservando la forma, otros de inspiración bíblica y religiosa, para enseñar a la juventud cristiana «la lengua y el arte de versificar santamente»<sup>15</sup>. Entre los temas por él tratados con sensibilidad y elegancia se halla el de la Magdalena, a la que dedica el soneto xciii, construido sobre el esquema petrarquesco de *le bellezze di madona*. Lo reproducimos de la primera edición; a saber:

Chiome, di mille cor reti e catene,  
e del mio vannegiar travaglio eterno,  
sciolte, sparse, confuse, il duol interno  
mostrate fuori, e l'aspre alte mie pene.

5 Luci, sol per l'altrui danno serene  
onde già mille palme hebbe l'inferno,  
de l'alma il tempestoso horrido verno  
scoprite altrui, di pianto amaro piene.

Membra d'ogni gran mal facile ed esca:  
10 mani, a rapir l'altrui salute pronte,  
siate preste a cangiar costumi e vita.

E tu, sommo Signor, se l'età fresca,  
vissi nel fango, hor ch'io cerco il tuo fonte  
per lavar l'error mio, porgimi aita<sup>16</sup>.

El tomo de Fiamma, del que hubo dos ediciones más, de 1573 y 1575, siempre en Venecia, se difundiría también en España, ya que el ya men-

---

regolare lateranense, esposte da lui medesimo. In Vinegia, MDLXX, presso a Francesco de Franceschi Senese. El tomo contiene también algunas paráfrasis en verso de los salmos, casi obligadas en tales cancioneros y la exposición demuestra una amplia cultura a la par humanística y bíblica.

<sup>15</sup> En la «Dedicatoria a'lettori» afirma que Dios ha de ser objeto de la poesía en términos muy parecidos a los que luego leeremos en el célebre pasaje del nombre «Monte», *Nombres*, pág. 492. Para el recuento de los escritos, entre otros un santoral del que se llegó a publicar sólo el primer tomo, *Vite de' Santi* (Venecia, 1583), hasta abril (con exclusión, pues, de la Magdalena) y para los datos biográficos remitimos a los preliminares de la edición del siglo XVIII, *Le rime di monsignor Gabriel Fiamma, Canonico Lateranense e poi vescovo di Chioggia*. *Illustrate cogli argomenti di Pietro Petracchi e con la vita di esso Fiamma scritta da Monsignor D. Gian-Agostino Gradenego, vescovo di Ceneda*. In Trevigi MDCCLXXI appresso Giulio Trento. Para una interpretación de conjunto de la obra y de la espiritualidad de Fiamma remitimos a C. OSSOLA, «Il 'queto travaglio' di Gabriele Fiamma», en *Letteratura e Critica. Studi in onore di Natalino Sapegno* (Roma, 1974-1975), vol. III, páginas 239-286. Para una selección de las poesías cf. D. PONCHIROLI, *Lirici del Cinquecento* (Turín, 1951), págs. 113-123 (incluye a nuestro soneto, pág. 122).

<sup>16</sup> El texto puede verse en la página 324 de la citada edición; sigue otro soneto en que la Magdalena narra su conversión a su «hermana» Marta.

cionado agustino, Malón de Chaide, lo incluyó, con versión propia, en su tratado sobre la Magdalena (III, pág. 59), mostrándose admirado de «su curioso pensamiento y el artificio en decirlo» (ib. 1. 16).

Reconocemos en el soneto del escritor italiano cierta espiritualización algo convencional, que le coloca más lejos de las fuentes que luego veremos, y no afirmamos que fuera el primero en dar al tema de la Magdalena el sesgo correlativo que acabamos de constatar. Sin embargo, la «exposición», que acompaña al poema denota en el autor una conciencia de primacía e innovación por lo menos en lo que atañe al discurso que pone en los labios de la santa, sin fundamento para ello en el evangelio de Lucas; por lo que apela a antecedentes remotos y doctrinales, los «santos»<sup>17</sup>.

Las composiciones literarias recientes y contemporáneas de Fr. Luis que acabamos de citar o a las que hemos aludido, las tendremos presentes como términos de comparación, especialmente en cuanto a la expresión verbal y a la forma poética.

2. Las fuentes últimas, sin embargo, no son remotas, ya que de ellas se alimentaban no sólo los siglos medios, para los cuales el tema es de los más estudiados<sup>18</sup>, sino también la época de Fr. Luis, a través de la liturgia (con la fiesta de la santa el 22 de julio), la predicación, la figuración iconográfica, y la representación dramática, según dijimos.

De ahí la legitimidad de acudir a unos textos latinos universalmente conocidos, que en orden cronológico son los siguientes:

---

<sup>17</sup> Reproducimos un trozo inicial de la exposición, que interesa particularmente para la naturaleza y génesis del soneto, adaptando algo la puntuación; a saber: «e se ben San Luca... non recita ch'ella dicesse alcuna parola che fosse udita, crede nondimeno l'autore ch'ella in ogni maniera, almeno tacitamente, pensasse un simil concetto, e tanto più egli si persuade che questo suo pensiero sia vero, quanto più egli va leggendo i Santi che sopra queste attioni di Maddalena hanno scritto, percióchè tutti affermano che questa donna, come veramente convertita e penitente, si diede a quest'impresa per sodisfare a' debiti contratti per suoi peccati, castigando se stessa in quello in che più conosceva d'havere offeso Dio e l'anima sua. Piangea dunque, piena di contritione per castigar gli occhi lascivi, e impiegava le chiome nel servizio di Christo per emendar gli errori delle vanità che vi havea portate intorno; e finalmente piegava per humiltà le membra con le quali superba s'era adoprata contra il suo Signore».

<sup>18</sup> Como obras fundamentales véanse H. HANSEL, *Die Maria-Magdalena-Legende* (Bottrop, 1937), sobre las fuentes documentales, y V. SAXER, *Le Culte de Marie Madeleine en Occident des origines à la fin du moyen âge* (París, 1959), sobre el culto; y del mismo la presentación sintética en *Biblioteca sanctorum* (Roma, 1966), vol. VIII, cols. 1078-1104. Una bibliografía esencial articulada se halla en E. KIRSCHBAUM *et al.*, *Lexikon der christlichen Ikonographie* (Munich, 1973), s. v.

2.1. S. Agustín, Sermón 99 «De verbis evangelii Lucae, cap. vii, 36-50, *Patrologia latina* (PL) 38, 595-598; Gregorio Magno, Homilía 33, «Lectio» del evangelio citado, PL 76, 1238-1246; Beda «In Lucae evangelium expositio», III, 28, PL 92, 423-428; Odón de Cluny (atr.), «In veneratione Sanctae Mariae Magdalенаe», PL 133, 713-721; (Seudo)-Rabano Mauro, «De vita beatae Mariae Magdalенаe et sororis eius sanctae Marthae», PL 112, 1435-1441.

El denominador de los tres primeros es el evangelio de Lucas [los pasajes correspondientes de los sinópticos (Mt. 26:6-13, Mc. 14:3-9), plantean el problema, ajeno a nuestro asunto, de la transmisión oral]. De entre ellos, el más enjundioso en doctrina es S. Agustín, acerca de cuya interpretación ha de tenerse presente el texto de la Vulgata de 47 «remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum», y no la interpretación actual del texto griego, que, por ejemplo, en la Biblia llamada «de Jerusalén» reza: «quedan perdonados sus muchos pecados, porque [que debería leerse como en la lengua arcaica *por (lo) que*] muestra mucho amor», o sea, por la recta interpretación de la conj. *ki*: 'Si muestra mucho amor es porque se le han perdonado sus muchos pecados'.

Leyendo el texto evangélico que acabamos de citar y el resto del versículo «cui autem modicum dimittitur modicum diligit» (hoy: 'A quien poco se le perdona, poco amor muestra'), el obispo de Hipona se sentía obligado a adelantarse a la falsa deducción de los que se verían exhortados a pecar «para amar mucho al autor del perdón» (piénsese en Lutero; el texto agustiniano reza: «oportet ut multum peccemus et multum debeamus quod nobis dimitti cupiamus, ut dimissorem magnorum debitorum amplius diligamus» [597]), y resuelve el espinoso problema afirmando que el hombre debe a Dios también aquello en que no pecó, o sea: lo que por su gracia no hizo: «Nullum est enim peccatum quod fecit homo, quod non possit facere et alter homo, si desit rector a quo factus est homo» (598).

Esta doctrina, fundamental para comprender la condena que luego veremos del huésped Simón, la repiten Gregorio Magno: «quia fortasse in similibus aut lapsi sumus aut labi possumus» (1241A), y todos los que le siguen (cf. Beda 424D).

Además de la interpretación moral, los exégetas antiguos introducen interpretaciones místicas o alegóricas, que vienen a cuento sólo indirectamente, según luego veremos.

De San Agustín, además, hemos de citar por entero las palabras iniciales del sermón aludido, en cuanto importan también para otros puntos de nuestra exposición; son éstas:

Vidisti etiam mulierem in civitate famosam, mala utique fama, quae erat peccatrix, non invitata irruisse convivio ubi suus medicus recumbabat, et quae sisse pia impudentia sanitatem (589).

De Gregorio Magno recordaremos la identificación de la mujer pecadora de Lc. 7:36 con la Magdalena (1189B y 1239C) como dato esencial para la configuración de la «Vida», y los pasajes que citaremos más abajo, que han determinado, junto con S. Agustín, la interpretación doctrinal del relato evangélico. Para aquélla importa en primer lugar el sermón atribuido al monje de Cluny, Odón y que aquí pondremos para mayor brevedad como suyo, ya que su origen al parecer es cluniacense, siglo XI, con antecedentes en los siglos IX-X, como recopilación de pasajes y comentarios evangélicos.

El «Sermón» aparece en las fuentes junto con otros documentos sobre la «actividad apostólica» y existencia eremítica de la santa<sup>19</sup>, que, al desarrollarse su culto en el sur de Francia en el siglo XII, especialmente en Vezelay, abocan a los relatos de Juan de Mailly, *Abbreiviatio vitae et miraculorum sanctorum* (1098); a la *Vita* atribuida a Rabano Mauro, que se supone proceda de Claivaux (siglo XII), a Vicente de Beauvais en su *Speculum Historiale* (1244 y 1253); y a la *Leyenda áurea* (1264-1267), a la que remitimos al lector como más accesible en sus distintas traducciones<sup>20</sup>.

2.2. Atención aparte merecerían las misas y oficios propios de la Santa, que desde el siglo XI se propagaron de Italia a España (cf. Saxer, art. cit., 1092). Nos la merecerán, desde luego, los himnos latinos, recopilados en parte en la *Analecta Hymnica Medii Aevi* (AH)<sup>21</sup>, bien sean himnos cristológicos como el «Hymnus ad Mandatum», cuyos fragmentos concernientes a la Magdalena se hallan en MSS hispanos, gerundenses (AH 16.216.217), de donde pasó un trozo a la liturgia mozárabe (ib. 218), o himnos dedicados a la fiesta, a la traslación de las reliquias, o a la santa *tout court*. Huelga advertir que aquí designamos con el nombre genérico de «himnos» los tipos más variados (ambrosiano, sáfico, rítmico), algunos litúrgicos, conservados en misales y breviarios, otros de devoción pública y particular (*Leselieder*). Se inspiran generalmente en los evangelios, con especial referencia a la «conversión» de la santa, y por ende al episodio de la casa de Simón, por sí (cf. AH 42.277), o las

<sup>19</sup> Puede verse la *Bibliotheca Hagiographica latina* de los bolandistas (Bruselas, 1900-1901); vol. II, págs. 804-811.

<sup>20</sup> Aquí remitimos a la ed. de Th. Graesse (Leipzig, 1846), págs. 407-417.

<sup>21</sup> Ed. G. M. Dreves y Cl. Blume, 55 vols. (Leipzig, 1886-1922).

más veces, junto con otros episodios de la «Vida», con predominio de los que tienen un fundamento bíblico. La selección de ciento sesenta himnos a la Magdalena de entre los mucho miles recopilados en AH, se la debemos a J. Szöverffy, en un ensayo que nos ha sido muy útil, aunque se limite sustancialmente al período medieval<sup>22</sup>.

Las fuentes doctrinales y las poéticas están tan íntimamente entrelazadas que no se pueden considerar aparte, como no sea en cuanto a la naturaleza de prosa o de verso (no siempre deslindados en la misma medida). En cuanto a la forma métrica, advertimos que no es nuestro propósito ilustrar el paso de la himnología medieval a la renacentista, y menos el de participar en los esfuerzos para echar un puente entre la himnología latina y la vernácula.

3. Enunciamos a continuación algunos datos que han de tenerse presentes para comprender la parte de la oda dedicada a la Magdalena en su aspecto narrativo y doctrinal, y pasamos luego a señalar algunos puntos que atañen a la estructura formal.

3.1. Empezaremos constatando que el episodio que aquí nos interesa se presenta como central en la «vida» de la Magdalena, por confluencia entre varios pasajes de los evangelios, a saber de Lc. 7:37, donde se habla de «una mujer» sin indicar su nombre, y Lc. 8:2, Mc. 16:9, donde (por primera vez, o retrospectivamente) se la menciona como «*Maria quae vocatur Magdalene*» y «*Maria Magdalena*», señalando que había sido liberada de siete demonios. Escribe Odón de Cluny en la estela de Gregorio Magno:

*Haec est enim mulier de qua scribit Lucas evangelista: Quia erat quaedam mulier in civitate peccatrix, quae quia dilexit multum, dimissa sunt ei peccata multa. Et de qua Marcus ait: Surgens autem Jesus mane prima Sabbati, apparuit primo Mariae Magdalene, de qua ejecerat septem daemonia (714C).*

Los siete demonios los identificaba S. Gregorio con «*todos los vicios*», explicando el número siete como el de la «*universalidad*» (1239C; v. q. el Seudo-Rabano 1436B; el himno de Pedro Abelardo AH 48.239.4, que cita Szöverffy, p. 94; y Malón de Chaide I 157.18). El relato de Lc. 7:37 y el

<sup>22</sup> «*Peccatrix quondam femina*»: a Survey of the Mary Magdalen Hymns», *Traditio* 19 (1963), 79-146. Del mismo véase también (con W. Wynne), «*Typology in Medieval Latin Hymns: Notes on Some Features in the Mary Magdalen, Martha and Lazarus Hymns*», *Medievalia et Humanistica* 12 (1958), 41-51.

lanzamiento de los demonios aludido, ib. 8:2, Mc. 16:9, vienen a incidir, pues, en la misma persona, no sin cierta dificultad, según veremos, al tomarse Lc. 8:2 a la letra (cf. el próximo apartado) y no en el sentido traslaticio que apunta Gregorio.

En los himnos la idea de *peccatrix* se desarrolla como la de ser un miembro de «Satanás»; véase:

peccatrix appellata  
supra modum deformata  
facta membrum Satanae.  
(AH 29.307.2).

También aparece por sí la idea de la posesión demoníaca, que algunos himnos colocan antes de la conversión (cf. Szöverffy, p. 94), y que permite emparejar los siete demonios con los siete dones del Espíritu Santo; cf. AH 3.30.2, 4.353.3, 12.315 et passim<sup>23</sup>.

El 46-47 «malvado / amor» con que Fr. Luis resume las experiencias de la protagonista, alude al de la «mulier quae erat in civitate peccatrix», o de la «Peccatrix quondam femina» de los himnos (cf. AH 12.203)<sup>24</sup>, interpretado en términos de prostitución, al que podría referirse también 62 «su torpe mal» (cf. Malón de Chaide «este torpe vicio» I 147.3), mientras que las otras expresiones que la hacen más explícitamente sujeto del pecado, o portadora del mismo, 42-43 «perdidamente dañada», 86-87 «un sujeto tan malamente herido», pueden englobar también un mal que le venía de fuera, del espíritu demoníaco, con el que al parecer se conforma especialmente la frase 83 «de tormento / mi boca, y red de enojos». Pero sobre ella volveremos más abajo, como también sobre 79-80 «mortales fraguas».

3.2. «La gentil señora / de Mágdalo», con que se introduce a la protagonista en los vv. 41-42, parece reñido con lo que luego se dice de ella en los términos que acabamos de citar. Tal contradicción la expresaba Malón de Chaide: «parece que no se puede creer que una mujer principal, que llegase a tanta rotura de vida» (I 151.7), pero no es traba para el título con que Fr. Luis la presenta.

<sup>23</sup> Szöverffy cita en especial el himno de Germán de Reichenau, AH 44.227, que en la estr. 8 recuerda el lanzamiento de los demonios («Sic liberata bestis / de babilonicis...»). Del mismo tenor es el pasaje de *La conversión de la Magdalena* de MALÓN DE CHAIDE sobre «las bestias fieras que antes hacían en ella su vivienda» III 14.12.

<sup>24</sup> Puede verse reproducido también en G. M. DREVES, *Ein Jahrtausend lateinischer Hymnendichtung* (Leipzig, 1909), vol. I, pág. 206, junto con otro himno «Maria, mater Domini» en que las dos Marías se celebran juntas.

El título procedía en último análisis de S. Gregorio, quien, en los lugares aludidos, incluye también Jn. 12:13 sobre la unción de la cabeza de Jesús en la casa de Betania, y del venerable Beda, quien acepta la identificación de María Magdalena con María, la hermana de Lázaro, no sin reflejar también una opinión distinta (que es la que profesa la Iglesia oriental). Citamos, pues, a Beda:

Quidam dicunt hanc eandem non esse mulierem quae imminente dominica passione caput pedesque ejus unguento perfudit, quia haec lacrymis laverit, et crine pedes terserit, et manifeste peccatrix appelletur; de illa autem nihil tale scriptum sit, nec potuerit statim capite Domini meretrix digna fieri. Verum, qui diligentius investigant, inveniunt eandem mulierem, Mariam videlicet Magdalenam sororem Lazari, sicut Joannes narrat, bis eodem functam fuisse obsequio (423C).

Al formar parte con Lázaro y Marta de una misma familia (con ellos comparte muchos himnos; cf. Szöverffy y Wynne, v. s., n. 23), María Magdalena, llamada así por el castillo de nombre Mágdalo, según Odón (714C), o de una de las tres fincas que la familia poseía, según el Seudo-Rabano (1433BC), adquiere una noble prosapia. Entra así a formar parte de la *Vita* una leyenda que se propagó en los siglos XIII y XIV y que asigna a los tres hermanos, padre y madre, y aun antepasados de alcurnia<sup>25</sup>. «Maria Magdalena a Magdalo castro cognominata, clarissimis est orta natalibus utpote ex regia stirpe descendentibus» se lee en la *Legenda aurea* (ed. cit., p. 407). Por lo que «claris orta parentibus» es la expresión estilizada que pasa a los himnos (cf. AH 4.353.2, 39.254.1b). Allí se la llama asimismo «dulcis Magdalena / praenobilis et serena» (AH 33.157.1-2), «peccatrix nobilis» (ib. 43.392.2a), o simplemente «domina» (cf. «haec est illa domina» AH 10.334), justamente como Fr. Luis le aplicará el nombre de «señora».

Las dudas que, según vimos ventilaba Beda y deja traslucir hasta el muy crédulo Malón de Chaide (aunque no hiciera caudal de ellas) cuando refiere la opinión de que «la Magdalena... no es una con la pecadora» (I.62.22), «muchos santos ponen tres, otros dos (personas distintas)» (ib. 26)<sup>26</sup>, se fundan posiblemente en Pascasio Radberto, San Ber-

<sup>25</sup> Cf. «Mater ejus nobilissima, nomine Eucharía, ex gentis Israeliticae regali prosapia inclutum genus duxit. Pater ejus Theophilus, natione Syrus, non solum genere illustrem, verum etiam titulo spectabilem et administratione clarissimam nobilitatis lineam traxit» (1433A).

<sup>26</sup> Más arriba, para explicar el anonimato de la *mujer peccatrix* de Lc. 7:37, había esgrimido a modo de silogismo el argumento siguiente: «si la M. era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre» I 117.4.

nardo, Nicolás de Clairvaux, fautores de «las tres Marías», o en San Jerónimo, fautor de dos y otros, cuyas opiniones hoy dejan de interesar, si se toma Lc. 7:36-50, como fruto de una elaboración oral.

No sabemos si a Fr. Luis le alcanzaría la controversia levantada por el teólogo de la Sorbona Jacques Lefèvre en los años veinte<sup>27</sup>. En los *Nombres de Cristo*, a propósito de la mansedumbre de Jesús, resume el episodio evangélico sin introducir el nombre propio; véase:

La misma mansedumbre admitió a la mujer pecadora y hizo que se dexase tocar de una infame, y consintió que le lavasen en lágrimas... (página 807).

En cambio, en nuestra oda, y en la otra «A todos los santos» (v. 47), no se aparta de una creencia respaldada por la liturgia y por la creencia general<sup>28</sup>; sin la que, por otra parte, no cabía arrostrar el tema poético en la manera tradicional.

3.2.1. Puede ser que Fr. Luis llame a la Magdalena 41 «gentil» por su origen noble. También cabe, y hasta es más probable, que la llame así por sus atenciones para con Cristo en nuestro episodio, o, dentro de la «biografía» que acabamos de esbozar, por la afectuosa hospitalidad que mostrara María [Magdalena] en Betania en el episodio aludido arriba (Jn. 12:3), donde escogió «la mejor parte» (Lc. 10:42), siendo preferida por Cristo, quien correspondió a su 47 «encendido amor».

3.3. Como a noble —y luego como a santa—, no le podía faltar la belleza física, que el Seudo-Rabano describe con términos y frases inspirados en la Sagrada Escritura; a saber:

Verum Maria, ubi nubiles subiit annos, formositate corporis pulcherrima splendens, speciosa nimis, enituit, decenti membrorum ductu, vultu venusta, mira caesarie, lepore gratiosissima, melliflua mente; cujus oris decor et gratia labiorum [Prov. 22:11], ut mistus rosis candor liliorum. Formae denique et pulchritudinis gratia tanta resplenduit, ut singulare, atque mirificum opificis Dei diceretur figmentum (1433-1434).

Aun en los rigores de la Contrarreforma, la Magdalena ofrecerá a los artistas un resquicio para describir los atractivos femeninos. Por su parte,

<sup>27</sup> A saber, en *De Maria Magdalena et triduo Christi disceptatio* (París, 1517).

<sup>28</sup> Aunque en las cosas que no son de fe, escribía su correligionario agustino, «... tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere; con todo eso, en el hablar es bien que se conforme con los más, principalmente en cosas... que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas, y que las mamó con la leche» (I 163.1).

Fr. Luis se adecua al ideal cortesano y petrarquesco que cifra la belleza femenina en el 63 «oro» de sus cabellos, precedido y seguido nuestro poeta en esto por casi todos los «modernos» que arrostran el tema <sup>29</sup>.

3.4. El ser María Magdalena 52 «atrevida» es un hecho circunstancial al episodio de la casa de Simón en el himno de un breviario manuscrito de Gerona, AH 16.216 «accesit temeraria»; además, se le debe tal fama por su presencia asidua, en la pasión de Cristo (Jn. 19:25, Mt. 27:56, Mc. 15:40; «feruentius [canta el himno] / sub cruce stans intrepida» AH 4.353.6-7), y en el descenso de la cruz y sepultura (Mt. 27:61, Mc. 15:47), y por su testimonio de la resurrección (ida al sepulcro, Mc. 16:9, Mt. 28:1, Jn. 20:1 y sigs.): «ad Domini sepulchrum intrepida pervenit» escribe Odón (718D), y aviso a los apóstoles (ib. 18, Mc. 16:10, Mt. 28:8).

3.5. Sin ser llamada, la Magdalena 52 «penetra el techo estraño» y se ofrece 53-54 «a la ajena presencia», o sea a la presencia de un extraño o extraños. Ya el Maestro S. Agustín había escrito «Vidistis etiam mulierem... non invitata irruisse convivio» (589d); lo que diera pie para elaboraciones como la de Pedro Crisólogo, quien presenta a la Magdalena como a una aguafiestas <sup>30</sup>.

3.6. 54-55 «Y sabia olvida / el ojo mofador», o sea: 'prudente' (Malón de Chaide la llamará 'discretísima'), «no hace caso de quienes la miran con desprecio» (bien sea que *ojo mofador* se refiera al solo Simón, o, como es más probable, a todos los presentes). Escribe el Canciller Felipe († 1235/37), a quien ya hemos tenido presente en otras oca-

<sup>29</sup> Así AMBROSIO MONTESINO en el romance que le dedica: «y luego los alimpiaste (los pies) / con tu cabello dorado», RCS, pág. 436a, y el Cancionero de Ubeda: «y con sus rubios cabellos / con que tantos ha enlazado / los regala (los pies), enjuga y limpia», RCS, pág. 119a; v. q. ib., con metáfora aún más rebuscada: «Esas lágrimas y lloro / ... / son al cabello lejía / que os le enrubia más que el oro», página 341a. El propio Fr. Luis en la *Exposición del Cantar*, ad. Canta. 4:1, habla del cabello que «cuando es largo, espeso y rubio, es lazo y gran red para los que se ceban de semejantes cosas» *Obras* vol. II, pág. 128, pero luego da a entender que sabía que los de las mujeres palestinas «eran negros o alheñados (que... a los tales tienen de más hermosa color en aquella tierra)» ib.

<sup>30</sup> Cf. «quid ibi quaerit mulier non vocata? Claustra domus non prorumpit extraneus, convivii secretum non praesumit non invitatus intrare, cibos paratos relaxandis mentibus post laborem perturbare non audet arbiter luxuriosus; et quid est quod haec mulier ignota, immo male nota, onusta luctibus, plena lacrymis, clamosa planctu, nescio janitore, nullo conscio, ipso ignorante pastore, domus aditus percurrit omnes, transit totas ministeriorum catervas, ipsum convivii pervolat ad secretum, et facit domum laetitiae domum lamentationis et planctus?» (PL 461B).

siones<sup>31</sup> (haciéndose eco de las palabras de S. Gregorio, «convivantes non erubuit», tantas veces repetidas en los himnos):

Jesum quaerens convivarum  
turbas non erubuit.

(AH 50.363.2ab).

3.7. Las diligentes atenciones de la Magdalena para con Cristo (cf. Gregorio, 1239C) se transmiten de un modo unívoco en lo que toda a Lc. 7:38 *tergere, osculari* (v. q. 44 y 45 *osculum dare*), *ungere* (v. q. 46); hemos de adelantar, respecto al segundo de los tres términos, que el español, además de *besar* (aquí 48 *dar besos*), tiene 65 *dar paz*, que el idioma puede emplear en dos sentidos, y también en el otro más específico que cuadra a la acción que Cristo echaba de menos en Simón, según lo explica Sebastián de Covarrubias s. v. *besar* en su *Tesoro*: «En muchas provincias se usa dar beso de paz y bienvenida al huésped, y así se debía usar en Palestina, pues Cristo Nuestro Señor dixo al Fariseo, que le avía combidado a su casa y murmurava de que hubiese consentido le tocasse la Magdalena...» (sigue la cita de Lc. 7:44-45).

Con lat. 38 *rigare* no se alinea *regar*, sino 81 *bañar*, que a diferencia del ital. *bagnare*, excepto en algunos contextos (como cuando el sujeto es un río; cf. II 36-37 «Dichosos los que baña el Miño»), conserva el sentido de su étimo (cf. Cant. 2:2 «Tus dientes como hato de ovejas trasquiladas que vienen de bañarse», pág. 124); por lo que se alinea con 44 *aquam dare* (del discurso retrospectivo de Cristo) y con los verbos tan frecuentes en los himnos y en las paráfrasis latinas *lavare, luere, abluere, mundare*, que se suman a *tergere* (y *extergere*), y en el texto español, con 82 *limpiar*.

De *lacrimis rigare*, salen, por una parte, las muchas expresiones en el ámbito del *lloro*: *lacrimare, lugere, plangere* (aquí 61 *larga en lloro*), y especialmente *flere*, que une entre sí el episodio de la casa de Simón con los otros de la «biografía» de la santa: «Flet in domo, flet ad crucem /.../ flet ad Christum mortuum» (AH 10.333.5a-6a).

De *rigare* (y *rorare, irrorare*), y en sentido figurado por extensión también de *lacrima*, surgen las imágenes de *manantial, fuente, río*. Para seguir citando a Felipe el Canciller, que además se hace eco de Zac. 8:12,

<sup>31</sup> En nuestro estudio sobre «Los Gozos de la Virgen en el Libro de Juan Ruiz», en *Revista de Filología Española*, LXIII (1983), 223-290, LXIV (1984), 1-69; sobre sus versos religiosos cf. F. J. E. RABY, *Christian Latin Poetry from the Beginning to the Close of the Middle Ages* (Oxford, 1953).

«et caeli dabunt rorem suum», con una imagen de reciprocidad sobre la que volveremos más abajo:

Suum lavit mundatorem  
 rivo fons immaduit.  
 .....  
 Coelum terrae dedit rorem,  
 terra coelum compluit.  
 (AH 50.532.3).

En la oda, la Magdalena pide que sus ojos 80 «dos fuentes sean manantiales» («ojos no ya sino dos fuentes» escribe en prosa Malón de Chaide, II 256.22), empleando *manantial* como adjetivo (v. i. E 1.2), o sea con un valor no muy distante del verbo *manar*, tan de sabor bíblico<sup>32</sup>, y no sabemos si acorde con esa devoción *larmoyante* que se atribuye al propio S. Gregorio<sup>33</sup>.

3.8. 56-57 «Toda derrocada / a los divinos pies». *Derrocado*, como lat. *prostratus* (cf. el Seudo-Rabano: «mox prostrata adoravit» 1438C), es el término propio para describir la postura de la adoración, y la del lloro (cf. «Altum gemens humi giacens» AH 48.286.3b). No falta en casi ninguno de los escritos sobre el tema en español. Se corresponde con la iconografía de la época, y unifica en un solo ademán, como la mayoría de los himnos, lo que algunos de los relatos ponen en dos, reflejando primero Lc. 7:38 «stans retro» y luego la otra postura de postración, sobrentendida en el evangelio (v. q. Gregorio 1242A)<sup>34</sup>.

Adelantamos aquí que a diferencia del relato evangélico y de los himnos que se le adhieren más de cerca (cf. Felipe el Canciller en los versos citados arriba, «Iesum quaerens»), la presencia le Cristo se menciona aquí primero con la alusión a los «divinos pies».

<sup>32</sup> Cf. ad Miq. 5:2 en *Nombres*, «sus manantiales dize porque manó, mana y manará», pág. 702. Aparte la frase «lacte et melle manare» (Núm. 14:8 et passim), cf. Ez. 31:4 «flumina... manabant».

<sup>33</sup> Es significativa la manera como las palabras iniciales del discurso de éste quedan ampliadas en la *Conversión de la Magdalena*; a saber: «Cogitanti mihi de Mariae poenitentia, flere magis libet quam aliquid dicere» 1239C, se transforma en: «Cuando yo considero la penitencia de María Magdalena, la lengua se me emudece, las palabras se me atajan, el alma se me desmaya, sólo los ojos se me hacen fuente» II 197.12.

<sup>34</sup> En el tratado de Malón de Chaide pueden verse los dos momentos, cómo la Magdalena primero riega los pies de Cristo, «puesta en pie» II 156.30, o «estando de pie» 212.11, y luego cómo «se derrueca» ante el Maestro, ib. 198.21.

3.9. 76-77 «La que sudó en tu ofensa / trabajo en tu servicio» (para la variante *la que*, v. i. E 4.3.1). El *servicio* que aquí ofrece la Magdalena viene a ser el que el propio Fr. Luis en *La perfecta casada* define como el «emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos (de Dios)» (pág. 344), o, según escribe en los *Nombres* (con frase que se ha interpretado mal), como «bivir a Dios» (pág. 501).

El trueque está prefigurado en las palabras de S. Gregorio, «convertit ad virtutum [numerum] criminum, ut totum serviret Deo in poenitentia, quidquid ex se Deum contempserat in culpa» 1240B (corregimos por Beda, 424CD). No obstante, el ofrecimiento de la pecadora convertida podía abrirse, por lo menos en la mente del lector, hacia esos trabajos de su apostolado en Provenza, una vez traspuestos los mares con sus «hermanos», que la tradición apócrifa, en particular en la *Leyenda áurea*, le atribuye y de la que se origina su culto. «En las partes de Marsella / la fe santa he predicado», le hace decir Montesino en el romance aludido, RCS, pág. 436a; Valdivielso, en su romance «A todos los santos», la coloca entre los apóstoles (ib. pág. 112b), y Fr. Luis, en su oda a los mismos, detrás de S. Pedro.

3.10. Hemos dejado para el final la alusión a las crudas penitencias que la piadosa tradición (desde el siglo X con relatos más breves, y desde el XII con más detalle, por contaminación con la leyenda de Sta. María Egipcíaca) le hacía cumplir a la Magdalena. La innovación daba al traste con el verdadero sentido del episodio evangélico, y sacaba de quicio la «pia paenitendi via» que recomendaban los himnos y la doctrina, pero tuvo amplia aceptación en la Edad Media, especialmente por obra de los frailes mendicantes<sup>35</sup>.

La figura de la Magdalena penitente la legan los siglos medios a las épocas sucesivas. Fiamma, en su «exposición» hace que se mese los cabellos. Más sobrio, Fr. Luis se limita al concepto de «pena», que en la frase 51 «de amor guiada y pena», que, según dijimos (1.2), hubiese cuadrado también a su ida al sepulcro, y que reaparecerá en el contexto no hagiográfico de otra oda como trasunto de un sentimiento poético (cf. nuestras observaciones conclusivas).

<sup>35</sup> Así Fr. Ambrosio Montesino, en el romanceamiento aludido:

Y di conmigo en los yermos / de sitio desesperado, / do nunca se vido sombra, / ni aguas ni verde prado, / ... / mas copia de escorpiones / y fuego descompasado. / Por él vuelan mil dragones / con furor arrebatado. / Por los cardos puntivos, / no quise traer calzado; / soledad fue mi compañía / y duras piedras mi estrado. / Cadenas hizo pedazos / en su cuerpo delicado, / mas mayor dolor le daba / la memoria del pecado; / por cuya causa treinta años / esta vida ha celebrado. (RCS, pág. 436b).

4. Sirva la alusión a la penitencia para introducir una serie de consideraciones que estriban más directamente en la interpretación doctrinal del episodio evangélico, o en su figuración simbólica.

4.1. Tenemos en primer lugar los «dos amores», a los que Fr. Luis se refiere cuando dice de la Magdalena que apagó 46-47 «las llamas del malvado / amor con otro amor más encendido», y cuando, en la oda xix(xx) se refiere a 47 «su bien trocado amor», como dividiendo implícitamente en dos tramos (de antes y después) el «quoniam dilexit multum» de Lc. 7:47. Es éste un aspecto, estrechamente relacionado con la interpretación tradicional del versículo de Lucas, que se dejaba elaborar como el que más en los contrafacta *a lo divino*: así Gregorio Silvestre, en el romance que empieza «¡Oh gloriosa Magdalena!», se refiere a sus «nuevos amores»<sup>36</sup>.

4.2. El trueque entre los dos amores se produjo 43 «en breve hora». Hubiéramos podido aducir este particular en la parte en que considerábamos los tramos de la narración en cuanto tal: la *brevedad* o alacridad con que la protagonista se presentó en casa de Simón se deduce de la concisión con que de la noticia se pasa a la acción en Lc. 7:37: «ut cognovit quod accubuit in domo Pharisei, attulit alabastrum unguenti...»; y que la *Vita* subraya expresamente: «Surgens ergo Maria quantocius, sumpsit vas aromatum...», escribe el Seudo-Rabano (1437C).

Preferimos ver aquí, sin embargo, una alusión al trueque entre un amor y otro, y a la «buena enmienda» que en el Cancionero de Ubeda se llama «presente» (RCS, pág. 119a), y para la que Cristo se anticipa a la actitud de la penitente.

Los doctores de la Iglesia señalan que su confianza en el poder del Salvador procedía de éste. Escribe S. Gregorio, explicando las palabras de Cristo 30 «Fides tua te salvam fecit»: «Sed ipsam quoque spei certitudinem iam ab illo acceperat, a quo per spem etiam salutem quaerebat» (1241), y Malón de Chaide pregunta: «Tú, buen Señor, ¿no la amaste primero?» (III 156.12)<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> RCS, pág. 547b. En la *Leyenda áurea*, entre las cinco razones que indica por las que el Resucitado se apareció a ella, la tercera es «que las meretrices preceden a los santos en el reino de los cielos» (cf. Mt. 21:31).

<sup>37</sup> Ello da pie para elaborar la doctrina de la predestinación no sólo en prosa; cf. la larga disquisición de Malón de Chaide (II 21 y sigs.), sino en verso; así en el himno, como con juego de palabras: «Diligit quem eligit / sed prius electa / dum dilectum diligit / diligens dilecta» (48.285.3b).

4.3. Para indicar la superioridad de la Magdalena sobre el fariseo Simón, dice Fr. Luis de ella que 48-50 «Consiguió el estado / que no fue concedido / al huésped arrogante, en bien fingido». El término *estado* debía ser ya de la tradición vernácula (¿y latina?) del tema, en cuanto el franciscano Fr. Ambrosio de Montesino (ya dijimos que las órdenes mendicantes fomentaron la veneración de Sta. Magdalena) encabeza con esta palabra el juicio que Cristo pronunciara en su favor; a saber:

¡Oh diferencia de estado,  
que en tu casa <el> Dios del cielo  
es defensor y letrado,  
replicando tus virtudes  
al fariseo malvado!

(RCS, p. 436a).

La idea del juicio se compagina fácilmente con la parábola de los dos deudores, entre los que el propio Simón ha de elegir (Lc. 7:41-42), y con la larga yuxtaposición que hiciera el Mesías de la conducta de la Magdalena y de la del Fariseo (ib. 44-47). En efecto, S. Gregorio, y los que siguen en su estela, se expresan aquí en términos jurídicos; escribe aquél: «Post enumerationem vero subinfertur sententia» (1241B), «dum sua sententia phariseus convicitur» (ib.; v. q. Beda, 425A y B; v. q. i. 4.12).

En cuanto a *estado*, bien se conforma este uso con el que conocemos por otros pasajes de la obra de Fr. Luis en la acepción de «privilegio»<sup>38</sup>, y que aquí puede conglobar las prerrogativas a las que aludíamos arriba al citar de la *Leyenda áurea*, y que confirman a la Magdalena en su superioridad sobre todos los santos, después de la Virgen María, y su especial patronazgo de los pecadores.

4.4. Al huésped, Simón, se le llama 50 «arrogante en bien fingido» o, según otros, con los que coincidimos, «arrogante, en bien fingido». Ambas interpretaciones son posibles en el aspecto sintáctico en cuanto la primera representa el tipo «falso en fe», con *fingido* modificando *bien*, y la otra hace de *fingido* un participio de voz media, comparable con *osado* (cf. 72-73 «aquestas manos, / osadas de ofenderte»), modificado a su vez por el complemento circunstancial *en bien*. Con esta bipar-

<sup>38</sup> Aparte el significado corriente de 'condición social', Fr. Luis usa *estado* también con el sentido de 'privilegio'; cf., p. ej., «era estado en los señores aquel dormir», *La perfecta casada*, ib., pág. 285. Por otra parte en las obras doctrinales también se hablaba de «estado angelical, humano, bestial» (así J. BOSCAN en su «Conversión»; cf. RCS, pág. 253a).

tición, *arrogante* correspondería al «*superbus et arrogans*» de Gregorio 1241A; *en bien fingido*, al otro sintagma que también aparece en los expositores de Lc. 36-50, *falsus iustus o fallaciter iustus*, y ello no tanto porque la respuesta «compendiosa» de Simón, «Magister dic», no correspondía, según el Seudo-Rabano, a lo que cobijaba en su corazón<sup>39</sup>, sino por el motivo más trascendente y esencial que ya aducía S. Agustín cuando explica que lo de 47 «*Cui modicum dimittitur, modicum diligit*» se dijo «*propter pharisaeum illum qui vel nulla vel pauca se putabat habere peccata*» 598; Gregorio «estiliza» el concepto del modo siguiente:

Ecce Pharisaeus veraciter apud se superbus, fallaciter iustus, aegram reprehendit de aegritudine, medicum de subventione, qui ipse quoque de elationis vulnere aegrotabat, et ignorabat (1240B; v. q. Beda 424D).

4.5. 58-59 «La en sí fiada gente» viene a ser una variante de *en bien fingido* así interpretado, y puede referirse a los fariseos en general, como extensión de la categoría del huésped (los fariseos eran, según Malón de Chaide, «gente que se pica de santa en lo exterior» III 85.19), o a los demás comensales, que Lc. nombra al final (v. 47), y que presenta como dudosos de la prerrogativa de Cristo de perdonar los pecados (49 «*Quis est hic qui etiam peccata dimittit?*»), pero que en los episodios paralelos de los otros evangelios aparecen en primer término. No es de excluir tampoco que «la en sí fiada gente» aluda a los judíos, cuyo pueblo menciona Gregorio en su interpretación alegórica del pasaje evangélico (1243A).

4.6. Contra el fondo de la interpretación doctrinal del papel de Simón y de sus congéneres podemos comprender ahora también mejor el significado de las expresiones que conciernen a la Magdalena. La expresión 72 «quien todo lo perdió» podría hacernos pensar en un rasgo narrativo (adaptando la parábola del hijo pródigo en Lc. 15:13, escribía el Seudo-Rabano: «*longe a Deo peregre profecta, adolescentior filia naturae simul et industriae bona in brevi dissipavit. Sed mox ut se divinarum virtutum subito destitutam comperit, recolens quot pretiosa quae perdidit...*» 1434C); pero asumida en el contexto tan conciso y denso de Fr. Luis, la frase viene a expresar el reconocimiento de la propia nada, o mejor dicho, por lo que sigue, de su propio pecado: a la Magdalena

---

<sup>39</sup> Citamos el pasaje «*At ille pharisaicum supercilium e more complanans*» 1434B; por lo de *supercilium*, que es el *sobrecejo* de nuestros autores medievales. El tipo *falsus iustus* se da en «falsas hermosas», *La perfecta casada*, Obras, II, pág. 305.

sólo le quedan sus manos pecaminosas, sus ojos vanos y sus profanos labios.

4.7. El atrevimiento con que la Magdalena entra en el convite sin preocuparse del 55 «ojo mofador», además de ser una característica que la distingue entre las mujeres del evangelio (v. s. 3.3), manifestada especialmente en este episodio (v. 52), se contrapone implícitamente a la confusión interior por los pecados. Así Gregorio: «Nam quia semetipsam graviter erubescibat intus, nihil esse credidit quod verecundaretur foris» (1239D), y el himno: «Intra se grandi confusa rubore / forisque nullo suffusa pudore» (AH 12.309.4ab).

4.8. En el conjunto de la estrofa, y de la siguiente, además, 52 «atrevida» puede corresponder a la «pia impudentia» con que S. Agustín describe su búsqueda de Cristo (cf. el pasaje que citamos en 2.1). En efecto, la contraposición que acabamos de señalar además de oponer lo exterior, deleznable, a lo interior, aboca a la búsqueda de la 55 «vida», que es *salud* o salvación eterna («Ad te, Domine, qui es vita aeterna confugio, le hace decir a la Magdalena el monje Odón, ut male perditam restituas vitam» 715A), y al mismo tiempo representa a Cristo mismo (en *Nombres*, «Vida» se incluye entre los de Cristo [cf. p. 425] aunque luego no se le dedique un apartado especial). Volveremos más abajo (E 5.4) sobre el tiempo del verbo, *busca* o *buscó*, según la variante que se quiera adoptar. Aquí sólo agregamos que el pretérito tiene un antecedente en Cant. 3:1 «busqué y levanté mi corazón a mi esposo; busquéle...». *Nombres*, pág. 674 («al que ama la mi alma», en la versión directa, pág. 114).

4.9. La expresión 70 «aqueste cieno», con que la Magdalena se designa a sí misma, se alinea con el sentimiento de 51 «pena» por los pecados (cf. 47 «remittuntur ei peccata multa») y podría englobar el grito de desesperación del salmista, 68:15 «Eripe me de luto ut non infingar». Pero también podría expresar la conciencia criatural que describe Malón de Chaide cuando relaciona Lc: 7:36-50 con el episodio del ciego de nacimiento a quien «el Señor enlodó los ojos» (Jn. 9:11), y exclama: «¡Oh cómo os abre los ojos del entendimiento el ponerlos muy del lodo; el acordaros que sois lodo y que en lodo vais a parar, y que en lodo para cuanto acá buscáis, y en lodo pararán vuestros placeres, y en lodo pararéis vós» (III 57, 14).

4.10.1. Los miembros del cuerpo de Cristo con que entra en contacto la Magdalena, todos adquieren un valor simbólico en la interpreta-

ción de los Padres y Doctores que aplican el método alegórico a la exégesis del pasaje evangélico. El que aquí interesa es 57 *pies*, que San Gregorio, y con él Beda (437B) y otros, identifican con el misterio de la encarnación; así se expresa aquél:

Potest quoque per pedes ipsum mysterium incarnationis ejus intelligi, quo divinitas terram tetigit, quia carnem sumpsit. *Verbum enim caro factum est, et habitavit in nobis* (Jn. 1:14). *Osculamur ergo Redemptoris pedes, cum mysterium incarnationis ejus ex toto corde diligimus* (1242D).

Según esto el antecedente del pronombre en 56-57 «y toda derrocada / a los divinos pies, que la traían» sería *vida*. Recordaremos también especialmente a Pedro Crisólogo «*Stans retro secus pedes ejus. Ut Christi vestigiis innixa percurreret per viam vitae, quae per viam cucurrerat mortis*» 463A. Los que, en cambio, ven el antecedente en la persona de María Magdalena, podrían recordar Cant. 3:1 «Trahe me; post te curremus» y otros textos como el del Seudo-Rabano, «traxitque ad se prope rantem» (1438B) (con el Espíritu Santo como sujeto) y a Malón de Chaide, en cuyo texto la propia Magdalena exclama: «¡Oh pies sagrados, que vinistes del cielo por buscarme!» (II 198.25)<sup>40</sup>. La interpretación no puede prescindir, sin embargo, del aspecto lingüístico, al que nos referimos más abajo.

4.10.2. El «capillis tergere» de Lc. 7:38, se había extendido ya en los textos latinos a la mención de otras partes del cuerpo humano. Así en el himno «*Peccatrix quondam femina*», del que ya citamos (y donde la sustitución se hace en aras de ese motivo del silencio que destacaremos luego); a saber:

Quid vellet voce tacuit  
sed lacrimis exposuit,  
et osculis et crinibus  
oravit pro criminibus.  
(AH 50.398.17-20).

Tiene esto un fundamento bíblico en cuanto a 60 *mano*, que allí es metonimia por 'persona' en su actuación para bien o para mal; cf., por ejemplo, Sab. 14:8; y en cuanto a ib. 74 *ojos*, que con tanta frecuencia representan al sentido de la vista (cf. Ecli. 14:9), y a 60 *boca* y 75 *labios*,

<sup>40</sup> Agregamos incidentalmente que *atraer* (lat. *attrectare*) es muy del tema de la Magdalena, pero con ésta como sujeto. En el ya mencionado himno «*Peccatrix quondam femina*» se yuxtapone a *ferre*, dicho de la Virgen: «*Ut attrectaret meretrix, / quem tulit virgo genetrix*» 15-16.

que simbolizan la palabra (cf. ib. 21:19). Pero con la progresiva 'moralización', agudizada en la época postridentina, los órganos implicados en los cinco sentidos cobran un papel primario negativo en la imputación de la responsabilidad moral (véase Malón de Chaide, III.97.24 y sigs.); por lo que la recriminación contra las manos, los ojos y los labios (71-74) constituye una innovación respecto a Lc. 7:36-50, y a los himnos latinos que en él se moldean (aunque no respecto al evangelio en sí; cf. Mt.18:9 «Si oculus tuus scandalizat te...») y a los himnos que impetran la pureza de todos los miembros corporales (piénsese en Prudencio, Cathemerion II 9-12 «Sic totus decurrat dies / ne lingua mendax, ne manus / oculique peccent lubrici / ne noxa corpus inquinat»). Por lo demás, en una civilización tan dada a la manifestación de los sentidos, en particular del tacto, como la mediterránea, no es de extrañar que la autoconciencia fisiológica se expresara en esta forma, como segmentada, aun fuera del campo de la moralidad. Así cuando Fr. Luis, en los *Nombres*, describe el desmayo: «Ni la lengua, ni los ojos, ni los pies, ni las manos hacen su oficio» (p. 661).

4.11. De la Magdalena se dice que era «enferma» (por el pecado); así S. Gregorio: «Ecce ea quae ad medicum venerat aegra» (1241C); también se dice de Simón y los comensales («aegrotabant» ib.). La idea de Cristo 68 «médico» arranca de S. Agustín (cf. el pasaje que citamos en 2.1), y la recogen S. Gregorio, según acabamos de ver, y otros muchos, incluyendo, en primer lugar, a los himnólogos; véanse Godofredo de Vendôme. «Haec infirma ad medicum / venit quaerens remedium» (PL 157.236AB), y otros textos que cita Szöverffy (p. 121). Malón de Chaide hace que la Magdalena se dirija a Cristo como «Médico divino de mis enfermedades» (II 130), y así casi todos los autores vernáculos que escribieron sobre el tema, recordando implícita o explícitamente la frase evangélica: Mt. 9:12 «Non est opus valentibus medicus sed male habentibus». De ahí que también Fr. Luis le llame, en palabras de la santa, 88 «un médico perfeto», o 67 «medicina», según el modelo verbal que hallaba en AT (cf. Ecli. 6:16 «Amicus fidelis medicamentum vitae»; véase también a Malón de Chaide: «Diérontenos por medicina para nuestra salvación» III 201.19).

La idea de «Christus medicus», además de ser propia de los muchos milagros evangélicos de curación, empalma con la otra de que Dios se apiada de los débiles (cf. Ps. 6:3) y que es «perdonador de todos» (cf. Sab. «et ob hoc Dominus es, omnibus te parcere facis»). También se ha recordado a Petrarca.

Llevarle «estrema medicina» como quisieran algunos, equivaldría a dar al término un sentido escatológico también posible, pero que aquí parece reñido con la idea de la presencia continua de Cristo. Aquí en una vida que la Magdalena dedicará a su servicio. También se ha recordado a Petrarca en su Canción a la Virgen, que en los vv. 9-11 había escrito:

Vergine, s'a mercede  
miseria estrema de l'umane cose  
già mai ti volse.

Como la excelencia del médico está conmensurada con la gravedad de los enfermos que cura, la Magdalena se presenta a sí misma para que dé muestra de su omnisciencia (para 89 *cuanto*, ponderativo, v. i. II E 4.5). Asimismo, como el poder de Dios se manifiesta en perdón, la santa penitente lo espera de Él. En la oda xix(xx), el poeta expresa la misma idea: 94-95 «cuanto son peores (mis males) / tanto resonarán más tus loores».

4.12. Con Cristo médico se entreteje el concepto de Cristo abogado, implícito en el término 77 *defensa* y en el juicio al que, según dijimos (2.3), se somete la protagonista. Escribía el Seudo-Rabano: «antequam ipsam alloqueretur, ad eius defensionem se contra Pharisaeum erexit» (1439C) y comenta Malón de Chaide: «Abogado se torna Dios del pecador que se convierte de su mala vida» (III 75.8).

La idea afín de Cristo, juez benigno, tiene un antecedente en el himno AH 42.277, tanto más llamativo en cuanto está incrustado en una forma no muy corriente en la himnología, el discurso directo de la Magdalena (v. i. 3.1.3). Tras pedir perdón por sus pecados, exclama la santa penitente en las estrs. 5b, 6a:

Sed, o pater orphanorum  
dic problema delictorum  
et excusa filiam.

Respondere non sum ausa:  
ad te spectat mea causa,  
a quo peto veniam.

Dic: —Maria, surgens vade,  
te dimitto nunc in pace  
et relaxo crimina.

Con lo que por otro camino hemos llegado a 85 «y lo que me condena te presento».

5. Si luego consideramos los patrones formales que pudieron influir en Fr. Luis, no habremos de buscarlos, probablemente, en las partes narrativas de los himnos, bien que se caractericen por la sencillez de la antigua secuencia de S. Marcial (que cita Szöverffy, pág. 95):

Cuius caput perunxit,  
lacrimis rigans,  
et pedes Maria.  
(AH 7.173.3a),

o por una elaboración más variada, que vemos en la otra secuencia de Gottschalk de Limburg, reproducida asimismo por el investigador norteamericano (ib):

Pedes amplectitur  
dominicos,  
lacrimis lavit,  
tergit crinibus  
lavanda,  
tergenda,  
unguento unxit,  
osculis circuit.  
(AH 50.268.6b).

Tras leer muchos himnos, consideramos aún muy luisiano el escorzo aludido de la entrada de la Magdalena en el convite, y la descripción sintética y retrospectiva a la vez de las acciones de la penitente para con Cristo. La exigüidad de la parte narrativa (v. s. A 1.1) se resiste de por sí a la comparación. Veremos que no es lo mismo en cuanto a las implicaciones e interpretaciones de las partes del relato, y en algunos de los particulares formales del mismo.

5.1. El tema de la conversión de la Magdalena está todo entretreído de contraposiciones: para el trasfondo y las implicaciones doctrinales, la de la piedad o misericordia divina y el pecado (77), la pureza de Cristo y la impureza de la pecadora (que Simón no logra compaginar): «Natus de virgine, canta el himno, / qui non dedignaris / tangi de peccatrice» (AH 50.268.7b), la inefabilidad del Salvador y la miseria de la pecadora malherida: «Medicum non tangunt vulnera» (PL 52, 464); y en los particulares del relato, la oportunidad/inoportunidad de su entrada en el convite según la interpretación agustiniana en el sermón del que ya

citamos: «Irruens quasi importuna convivio, opportuna beneficio» (595-596); la compasión de Cristo y el desprecio del fariseo: «Pharisaeus dum spernit, / te Deus mire cernit / mundans a vitio» (AH I 81.3). Tales contraposiciones (v. q. s. A 1.9.4.6) culminan en el oxymoron (cf. ib. 4.11 y 4.12), que ahora consideraremos como tales en el aspecto formal.

5.1.1.1. La antítesis entre el «antes» y el «después» de la conversión, que se exterioriza en el papel de las partes del cuerpo (v. s. 4.10.2), tiene un antecedente bíblico en S. Pablo, Rom. 6:10 «Sicut exhibuistis membra vestra...» y suena así en la homilía de S. Gregorio (a quien sigue verbatim Beda, 242C):

Quod ergo sibi turpiter exhibuerat, hoc jam Deo laudabiliter offerebat. Oculis terrena concupierat, sed hos jam per poenitentiam conterens flebat. Capillos ad compositionem vultus exhibuerat, sed jam capillis lacrymas tergebat. Ore superba dixerat, sed pedes Domini osculans, hoc in Redemptoris sui vestigia figebat (1240AB);

así la expresa el Seudo-Rabano, entretejiéndola más directamente en el relato evangélico (desde el v. 38):

*stans, fiducialiter, retro secus Messiam, a cujus semitis se deviasse dolebat oculos suos, quibus concupierat terrena, conterens, lacrymis coepit rigare pedes ejus; et capillis suis quos ad compositionem exhibuerat vultus sui, pedes involvens, lacrymas tergebat. Ore quoque quo ad elationem vel ad lasciviam abusa fuerat, osculabatur pedes ejus; et unguento quod attulerat, ungebat, quod se, sibi pro odore suae carnis adhibuisse dolebat (1438D-39A).*

De ahí a la estilización en verso, cualquiera sea la hechura de éste, hay sólo un paso. Así suenan las mismas contraposiciones en el romance «A la Magdalena» del *Cancionero* de Ubeda:

y con sus rubios cabellos,  
con que a tantos ha enlazado  
los regala, enjuga y limpia (los pies).  
(RCS, p. 119a),

y así en el soneto atribuido a Fr. Luis que citamos arriba, vv. 1-6

Las manos que la muerte a tantos dieron  
verlas en tu servicio diligentes;  
mis ojos tus pies bañen hechos fuentes,  
que del mortal amor dos fraguas fueron.  
Límpiente mis cabellos, que truxeron  
de sí colgadas infinitas gentes;

y en nuestra oda, en los vv. 79-80 y 82-84

mis ojos, dos mortales  
 fraguas, dos fuentes sean manantiales.  
 ..... de tormento  
 mi boca, y red de enojos,  
 les dé besos sin cuento.

Agregamos de paso que el soneto atribuido a Fr. Luis está más cerca de los textos latinos que hemos aducido, u otros similares, que el de Fiamma, quien se fija más en la circunstancia espiritual de la conversión.

5.1.1.2. En términos más abstractos las contraposiciones que acabamos de ilustrar las resume S. Gregorio del modo siguiente: «Quot ergo in se habuit oblectamenta, tot de se invenit holocausta» (1240B), que en los himnos da pie a adaptaciones como ésta:

Tot ferens holocausta  
 quot prius oblectamenta.  
 (AH 44.227.7b),

y en el texto vernáculo, con la vuelta al orden cronológico y la sustitución del sustantivo abstracto por el verbo, en los vv. 76-77

Lo que sudó en tu ofensa  
 trabaje en tu servicio;

pero no sin antes haber concretado el holocausto («tot ferens») en cada uno de los miembros u órganos de por sí, en 72-75

Aquestas manos  
 osadas de ofenderte,  
 aquestos ojos vanos  
 te ofrezco, y estos labios tan profanos.

5.1.2. Si es paradójico que el bien salga del mal, lo es más que la criatura ofrezca a su criador lo que éste ya tiene: en Lc. 7:36-50 la acción que tiene como objeto a Cristo-hombre revierte en su divinidad; y de la divinidad, como acción salvífica, en el hombre<sup>41</sup>. Éste es un aspecto en

<sup>41</sup> En *Nombres*, Fr. Luis se expresa así sobre la relación de Dios con los hombres en cuanto a recibir y dar: «Si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar, y si no lo creó (el mundo) para añadirse a sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse con él», pág. 177.

que se detienen los himnógrafos latinos, atraídos por el concepto y por la conceptuosidad; a saber, por ejemplo:

Rigat, ungit exterius  
qui se mundat interius.  
(AH 12.315.3).

Abluentis cor fecundat  
et tergentis corpus mundat  
a culparum sordibus.  
(8.230.3a),

o para volver a citar a Felipe el Canciller: «Suum lavit mundatorem» AH 50.352.3a; y también porque la conceptuosidad se deja subrayar por el poliptoton:

Dum luit, abluitur.  
(AH 40.281.3b),

Christum lavit, a quo lota.  
(AH 42.279.3a).

En la lengua vernácula no es extraño que el retruécano trascendiera al ámbito popular, como tantos conceptos teológicos en la época; así suena en el *Cancionero* de Úbeda:

Madalena, vós y Dios  
divino trueco hacéis;  
vós a Dios limpiáis los pies  
y Él os lava el alma a vos.  
(RCS, p. 341a).

Fr. Luis, sin embargo, no se contenta con el cruce de las dos acciones, homónimas, aunque no equivalentes: 61-62 «Lavaba... / al que su torpe mal lavando estaba», sino que lleva más allá el «concepto» y condensa, por así decirlo, la acción de Cristo, en el sustantivo, auxiliado para ello por la terminología que veremos ser propia de la redención; escribe, pues, 63-65 «limpiaba... /.../ a su limpieza», y, aprovechando el doble sentido de «dar paz», y como frase y como sintagma, prosigue, ib. «y paz a su paz daba»<sup>42</sup>.

<sup>42</sup> Toda la prosa doctrinal de Fr. Luis está entreverada de expresiones similares de interdependencia entre Cristo y las criaturas; cf., p. ej., en *Nombres*: «bañándose su cuerpo de sangre, se bañaron los pecadores», pág. 825. La otra interpretación metafórica de las lágrimas como 'ríos' o 'lluvia' (v. s. 1.7), que Fr. Luis no prosigue en su oda, se manifiesta, p. ej., en Pedro Crisólogo: «*Lacrymis rigabat pedes ejus. En mutatur ordo rerum, pluviam terrae coelum dat semper: ecce nunc rigat terra coelum, immo super coelos et usque ad ipsum Dominum*

5.1.3. Szöverffy, a quien debemos algunas de las citas del apartado anterior (cf. p. 126), señala como típica de la elaboración de nuestro tema el tipo *sobria ebrietas* de S. Ambrosio, que aquí se manifiesta en expresiones como «peccatrix haec sanctissima» (AH 46.262.1), o «laeta maestitia» (48.284.3b).

Fr. Luis no fue ajeno a este género de oxymoron, para el que tenía también antecedentes más próximos en los cancioneros castellanos y en Petrarca (cf. 129.21 «questo mio viver dolce amaro»).

Lo vemos en el «mal dulce regaço» de la oda vii, v. 56, y en 25 «la espaciosa y triste España» de la misma, donde en uno de sus sentidos *espacioso* pertenece al ámbito de la alegría<sup>43</sup>. Aquí donde más parece acercarse a este tipo es en 51 «de amor guiada y pena», por lo que hay de cruce entre el elemento positivo de *amor* y el negativo de *pena*, en cuanto a la carga del sentimiento (en los *Nombres* se describe el amor y la pena de Cristo en la cruz, p. 824). Trátase en ambos casos de sentimientos simultáneos, y por tanto susceptibles de paradoja verbal (lo que no podría decirse de la sucesión de los mismos; cf. el Seudo-Rabano: «Quae enim prius fuerant amaritudinis ex poena, factae sunt laetitiae ex percepta venia» (1441A).

5.1.4. El resumen de las acciones de la Magdalena por medio de la enumeración de los nombres de partes del cuerpo más el verbo vicario *hacer*, 60 «sus manos, boca y ojos lo hacían [lo que Simón o los fariseos habían olvidado]», tiene un antecedente en «Munus offert caritatis / corde, manu, lacrima» (AH 44.228.1b).

Pero hemos de advertir que la enumeración cual la hallamos en el texto de un manuscrito franciscano tardío (1451), hoy en la Biblioteca Universitaria de Padua (n. 2203), no es corriente en los himnos latinos medievales y menudea mucho más en la poesía del Renacimiento y Barroco, en la poesía llamada «correlativa», tan estudiada por Dámaso Alonso. Allí los tres términos se hallarían seguidos en la llamada «reco-lección» final, tras haberse «sembrado simétricamente» antes.

---

imber humanarum prosilit lacrymarum, ut juxta Psalmistam et de aquis fletuum cantetur illud: *Et aquae quae super caelos sunt, laudent nomen Domini* (Ps 148:4-5)». 463A; lo que en otros textos, p. ej., en el himno aludido de Felipe el Canciller, aboca a la elaboración de Zac. 8:12; a saber: «Coelum terrae dedit rorem terra caelum compluit» (ib. 3).

<sup>43</sup> Según el sentido que este lexema tiene tradicionalmente; cf. *Libro de buen amor* 376a «desque sientes a ella, tu coraçon espacias». Véase *Nombres*, «mas ahora (el alma) ya se espacia y se alegra...», pág. 735.

5.2.1. En los vv. 66-70, las palabras de la Magdalena empiezan por el esquema consabido de la invocación, con la secuencia de epítetos de la divinidad dispuestos a modo de letanía (66 *amparo*, 67 *medicina*, 68 *reparo*), y con la formulación ritual, 69-70 «inclina... / tu piedad divina» (que reconocemos como bíblica; cf. 1Esdr. 7:28 «in me inclinavit misericordiam suam coram rege et consiliatoribus eius», y litúrgica; cf. «aurem tuae pietatis inclina precibus nostris»)<sup>44</sup>.

5.2.2. La alusión a que los siglos se hagan eco de la gloriosa acción de Cristo (v. 90) corresponde a la doxología final en que acaban tantos himnos latinos independientemente de su tema, y corre paralela con la alabanza de la propia Magdalena, acorde con la profecía de que su nombre y sus «hechos» se celebrarían en todo el mundo (cf. Mt. 26:13, Mc. 14:9 y Malón de Chaide I 247.16). «Aequalis mundi terminus, canta el himno, laus huius vivet operis» AH 50.308. (En la oda xix(xx).50 se refiere Fr. Luis a que el buen olor de su nardo llena «la redondez del mundo».)

Al referir la alabanza a Cristo, el poeta salmantino lo hace al estilo de su propia interpretación de los Salmos (véase el final de Ps. 44: «celebrará tu gloria eternamente / toda nación y gente»), y de su adaptación de los textos bíblicos (cf. Job 2:11, donde se halla una alusión a «la fama voladora y pregonera» incrustada ante la versión de «igitur audientes»).

5.3. Para la oración de la Magdalena, que dramatiza en cierto modo la escena que se acaba de comentar, proyectándola hacia el futuro desde su propia visión de penitente, no podremos acudir a los himnos más que por contraste. La protagonista se dirige a Cristo en el himno AH 43.277, que citamos en A 4.12, pero más bien como excepción, ya que la mayoría de los himnos no la hacen hablar y hasta destacan su silencio. Así, el que empieza «Peccatrix quondam femina», del que ya citamos (2.9.2), o el litúrgico «ad vesperam» de Godofredo de Vendôme:

Prosternitur, non loquitur  
sed lacrymis confitetur;  
sic agit negotium.

(PL 157.236.B).

<sup>44</sup> Cf. A. BLAISE, *Le vocabulaire latin des principaux thèmes liturgiques* (Turnhout, 1966), § 52. La frase en su forma más corriente implica lat. *aures*; cf. el propio Fr. Luis en Salmo 24:31-32 «Inclina... / ... tus oídos», versión libre de «Exaudi, Domine, vocem meam».

«Tacita loquebatur, había escrito S. Agustín, non sermonem promebat ser devotionem ostendebat» (pág. 596).

En el 66 «Decía» de Fr. Luis puede estar implícito este discurso interior, y más en un asiduo lector de Petrarca, pero es más probable que el *verbum dicendi* haya de tomarse tal cual, en la línea del *planctus* de la Magdalena, en que ésta se dirige a Cristo (cf. AH 21.118.5), y en la del drama religioso, por ejemplo, el auto que hemos mencionado arriba, con el que comparte la continua sustitución del pronombre *yo* con la tercera persona y con nombres abstractos (v. i. G 2.2.1.4), y de buena parte de la poesía vernácula sobre el tema<sup>45</sup>, en particular del tipo de sonetos petrarquescos que citamos en 2.1.

6. También en el plano verbal cabría estudiar más de cerca los lemas y frases que se emplean en esta parte de la oda, y su colocación en el ámbito trascendente o inmanente<sup>46</sup>, y por lo que toca a los del tema del amor, en el positivo o negativo, apoyándonos en el latín cuando venga a cuento.

6.1. Empezaremos por el omnicomprendido 69 *mal*, que Fr. Luis pondera con *tanto* (para 77 *males*, modificado con el adj. pos. *mi*, cf. «mala nostra pelle» del himno «Ave Maris Stella»). La expresión 42-43 «perdidamente dañada» a la que ya aludimos en A 3.1, nos recuerda el *male perditus* de los textos latinos (cf. el que citamos en A 4.8); de ningún modo puede interpretarse, según quisiera un comentarista, como 'condenada a la perdición'. A su vez, lat. *male perditus* nos sirve de nexo entre «perdidamente dañada» y 87 «malamente herido», siendo los dos manifestaciones de la 67 «miseria extrema» (cf. Ps. 17:3,5 «Dominus... refugium meum... circumdederunt me dolores mortis»).

De 70 *cieno*, en la autodefinition de la protagonista, ya señalamos la ambigüedad entre el sentido trascendente (la resonancia religiosa es directamente perceptible en «peccati sordes» AH 33.157.4, o en «lutum faecis» de «Haec de lacu miseriae, / de luto faecis eruta» ib. 12.307.2, con reminiscencia de Ps. 68:15; v. s. A 4.9) y el sentido criatural de la nada del hombre. La equiparación de E. Alarcos con oda 1.2 «mundanal rui-

<sup>45</sup> Cf. el romance «A la misma Madalena» «¿Quién os lleva de esa suerte, / María, en casa de Simón?», de ALONSO DE LEDESMA en sus *Conceptos espirituales*, RCS, página 232a.

<sup>46</sup> Capta muy bien la diferencia H. HATZFELD en su ensayo titulado «San Juan de la Cruz y Malón de Chaide. Proximidad y lejanía del misterio», recogido en *Estudios literarios sobre mística española* (Madrid, BRH, 1955), págs. 331-349.

do» podría sostenerse pasando por las imágenes del himno latino, «Calcans beata luridam / saecli ruentis machinam» (ib. 52.175.2a).

En el ámbito figurado, 79-80 «mortales fraguas» ('fraguas de muerte') nos recuerda que en la *Leyenda áurea* se llama a la Magdalena (con la *Glossa ordinaria*), «anunciadora de muerte» (para *fraguas* v. i. G 1.1).

A lo mismo viene 82-83 «de tormento / mi boca y red de enojos», con *boca* que recuerda el bíblico «os perversum» (cf. Prov. 6:12), bien que esté modificado por *de tormento* y «red de enojos» o por «red de tormento y de enojos» con un hipébaton más fuerte (v. i. G 2.4). «Red de tormento» sería entonces comparable con expresiones similares que Fr. Luis emplea en la paráfrasis de los Salmos; véase el Salmo 24, vv. 81-82, «lazos de tormento, / que estrechamente ciñen mi afligida alma» vol. II, página 981) 17 «tribulationes cordis mei».

Por separado, «boca de tormento» nos recuerda el «poculum plenum abominatione», que tenía en su mano la mujer de Ap. 17:4, y que pasa como «poculum mortis» en textos adaptados a la Magdalena<sup>47</sup>, y puede relacionarse con las imágenes veterotestamentarias o también apocalípticas de *lebes* (Zac. 14:20) 'bacín, caldera' y *phiale* (Ap. 16:1) del himno litúrgico de la fiesta de la santa que cita Malón de Chaide (II 43.20); a saber:

Post fluxae carnis scandala,  
fit ex lebete phiala  
in vas traslata gloriae,  
de vase contumeliae

(v. q. AH 39.253.7a) y más especialmente con la metáfora paulina de *vas*, que a tantas contraposiciones da ocasión en los himnos; véase, por ejemplo:

Olim quidem vas foetoris  
Magdalena, vas odoris  
data est ecclesiae.  
(AH 34.279).

*Red de enojos* podría relacionarse directamente con el demonio enredador de hombres (para 'enredo' cf. Job. 18:8 «red a sus pies»), y causa de sus *enojos* (*enojo* se alinea con «muertes y vicios torpísimos» ad ib. 7, pág. 44).

<sup>47</sup> Véase el tantas veces citado pasaje de Odón en que afirma ser privilegio del sexo femenino el haber anunciado la resurrección, reparando así el haber sido instrumento de muerte; a lo que agrega: «Ac si diceretur: De cuius manu sumpsisti poculum mortis, ab ejus ore audire gaudia Resurrectionis» (721A).

Pero junto con la posibilidad de interpretar las expresiones de Fr. Luis en el plano de lo numinoso y trascendente, existe la otra de leerle en la clave moralística, cuando no en la de vocabulario misógino al uso de predicadores. Así, a propósito de *cieno* cabría recordar que en *La perfecta casada* escribía el fraile salmantino: «Si las llamase *cieno* aun se podría tener por muy corto» (p. 282) (y más adelante, «no es mujer sino asco» [pág. 293]). *Mortal* se halla referido al amor profano en el soneto atribuido a Fr. Luis, con *fraguas*, dicho allí de los ojos (centelleantes), con *amor* como complemento: 3-4 «mis ojos... que de mortal amor dos fraguas fueron». Recordamos también el petrarquesco *focile* empleado por Fiamma en su soneto, a propósito de los miembros (v. 9).

En cuanto a *red* no hará falta recordar que es el símbolo del apresamiento amoroso; por lo que, según Fr. Marcos Antonio de Camós, en el mencionado soneto, la Magdalena, antes de convertirse, era 10 «red y lazo de almas». (*Red* se dice más propiamente de los cabellos, como en el pasaje que citamos arriba en la *Exposición del Cantar*, ad 1:4 y en el soneto de Fiamma, que los describe como 1 «di mille cor reti e catene».)

Los términos *tormento* y *enojo(s)* se hallan muy a menudo en los escritos de Fr. Luis para expresar la reacción negativa y el rechazo. *Enojo*, que ya desde los antiguos romanceamientos se usaba para verter lat. *flagellum* (cf. E6 Ecli. 26:9 «Enojo fiero la mujer...»), aparece, p. ej., en la oda xii, vv. 16-20, en un contexto que podemos considerar típico de la circunstancia concreta con moraleja «a lo divino»; a saber:

Quien de dos claros ojos  
y de un cabello de oro se enamora,  
compra con mil enojos  
una menguada hora,  
un gozo breve que sin fin se llora.

De la referencia a lo demoníaco en su sentido primario (como lo que sería la posesión de la Magdalena antes de convertirse) el lector pasa fácilmente al sentido secundario, moralístico, como «de repertorio», especialmente si se acuerda de los predicadores, o de Malón de Chaide, cuando increpa: «con sus aderezos y cabello y compostura andan hechas redes de Satanás para derrocar almas en el infierno» (I.171.11).

Un término directamente relacionado con la hostilidad a las cosas del mundo (y que ésta había fijado en el ámbito de los vocablos peyorativos), como *profano*, que emplea Fr. Luis para describir los ojos de la mujer pecadora en el v. 75<sup>48</sup>, arrastra tras de sí 74 *vano* y 62 *torpe*.

<sup>48</sup> No viene a cuento la definición de DCECH, «lo que está fuera del templo»;

Procediendo más allá por la pendiente desmitificadora, cabría pensar en la trivialización de los términos al usarse en el lenguaje común<sup>49</sup>.

6.2. En el ámbito positivo semántico son unívocos los términos que designan la redención: 68 *reparo* (del 69 *mal*); cf. *Nombres*: «porque Dios quería hazer reparo general de lo que se había perdido» (p. 719), correspondiente a lat. *remedium* («Obtulit haec obsequium / hic contulit remedium» PL 157.236 (n. 320); 66 *amparo* (lat. *refugium*).

Frente a la «suciedad» del alma pecadora (aquí la Magdalena antes de convertirse), y en general frente al estado de la humanidad caída, Cristo es asimismo 65 *limpieza*. Aunque luego volveremos sobre este concepto como parte del oxymoron que caracteriza a nuestro tema, no podemos no recordar aquí que Fr. Luis incluye este término entre los que sirven para describir la redención cuando, en los *Nombres*, a propósito del nacimiento virginal de Cristo, escribe: «Y porque venía a ser limpieza general no fue justo que amancillase su tálamo en alguna manera» (pág. 719).

En el ámbito positivo el ser los términos de la lengua corriente (véase también 62 *lavar* en el sentido espiritual de 'borrar' y 'purificar') no los rebaja de su dignidad, ya que es medio legítimo para describir humanamente el misterio.

68 *Salud* y 67 *medicina* al conglobarse hacen patente el sentido de aquél tanto en lo espiritual como en lo físico. Por otra parte, el término 55 *vida* puede oponerse a la muerte que el pecado comporta, pero tam-

---

Mejor Aut.: «irreligioso y no santo»; cf., en la liturgia, «prophanis vanitatibus», A. BLAISE, *loc. cit.*, § 405.

<sup>49</sup> Así, si a propósito de 85 «lo que me condena te presento» recordamos expresiones como ésta de *La perfecta casada*: «aunque callemos esto que las condena», fácilmente secularizado hoy en «que las pone en mala luz», podría quitársele peso (lo que no hacemos) al fallo escatológico al que la Magdalena se ve abocada. No quitamos eficacia a *perdido* en 42-43 «perdidamente dañada». En la lengua corriente, sin embargo, *perdido* era sinónimo de *desastrado* (cf. en *La perfecta casada*: «mayor lloro y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada y perdida...», pág. 284); sin hablar de *enojo*, que en *Nombres* se halla en singular en sentido autónomo en la serie siguiente: «del estorbo nace el disgusto y de él el enojo, y al enojo se le siguen los pleitos y las diferencias», pág. 622, y en *La perfecta casada*, en plural, cuando el autor se refiere, p. ej., a las «materias de enojos» que nacen de cosas tan fútiles como los chismes (cf. *ib.*, pág. 297), y en otros muchos lugares de la misma obra, donde aparece también *tormento* y *atormentar* con el varón como víctima. Un caso límite es el de *pestilencial*, que Fr. Luis no emplea en la oda (aunque los himnos llamen *pestilentiosa* a la Magdalena antes de su conversión; confróntese AH 44.227.3a5), pero que aparece en frases triviales como la de «la enemistad de los criados... es peligrosa y pestilencial» (*ib.*, pág. 300).

bién, según dijimos, designar a Cristo (así Camós, en el soneto del que ya citamos: «a los pies de la vida derrocada»).

Un neologismo hay, 40 *reposito*, que Fr. Luis emplea en los versos de transición entre las dos partes para describir una condición psíquica (se halla como palabra clave en otras odas, p. ej., como sentimiento concomitante del goce estético: III 37-38 «¡Oh dulce olvido! / Durase en tu reposo», o como goce espiritual; cf. *Nombres* «Él solo (Cristo) obra en ellas (en las almas) por secreta manera un reposo y un bien que dezir no se puede», p. 729; y también en sentido trascendente cuando, por ejemplo, en Salmo 106.16-17 parafrasea «salvos los puso (Dios) en buen camino / y colocó en reposo», pág. 1001; 7 «et deduxit eos in viam rectam ut irent in civitatem habitationis».

Dejando la interpretación «espiritual» para un segundo momento, leemos los vv. 38-40 del modo siguiente:

mientras que dura el día,  
el pecho hervoroso  
en breve del dolor saca reposo;

pensamos en otro pasaje donde también se expresa la relación psíquica noche/día, como el siguiente, ad Job 7:13:

En la noche, en que se divierte el sentido menos, crecen más los cuidados que abrasan el corazón; el cual pega su ardor al lecho y al cuerpo (vol. II, p. 159).

6.3. Un ámbito semántico en que los mismos términos aparecen tanto con polaridad moral negativa como con polaridad moral positiva, es el del amor, especialmente en las metáforas que sirven para describirlo. Por lo que en el uso de unos mismos vocablos es casi imposible distinguir entre el amor sagrado y el profano (Fr. Luis lo experimentó a costa propia tras verter el *Cantar de los Cantares*), como no sea que la experiencia mística vuelva inequívocamente por sus fueros.

Los términos que designan la intensidad del amor, relacionados con el fuego, son en sí neutros. «Quid... esse dilectionem credimus nisi ignem?» había preguntado S. Gregorio 1241B, y en otro pasaje se había referido a la Magdalena como «Maria, quae in se amorem carnis igne divini amoris excoxit» (1196C). De ahí unas expresiones que nos parecen hoy desafortunadas, como cuando Malón de Chaide, tras llamar a la mujer pecadora «insaciable como el fuego... fogosa como el pedernal», la describe luego como que iba «abrasada y hecha un horno de amor» (II 130, 19).

Más mesurado, Fr. Luis repite, para uno y otro amor, la metáfora de las 45 y 46 *llamas* y describe el primer amor como 45 «fuego ardiente» (*ardentissima* es uno de los epítetos más frecuentes de la Magdalena en los himnos; cf. AH 44.22.11a7); a la que lo padece, como «ferviente» (creemos que en 44 «con el amor ferviente» el adjetivo se refiere a la protagonista; cf. A 6.3.1.); y al otro amor divino, como 47 «más encendido». Reproducimos el pasaje (vv. 41-47):

que la gentil señora  
de Mágdalo, bien que perdidamente  
dañada, en breve hora  
con el amor ferviente  
las llamas apagó del fuego ardiente,  
las llamas del malvado  
amor con otro amor más encendido.

En razón de su estructura y de la naturaleza de la rima (v. i. II B 7.4.2.2), nos inclinamos hacia una interpretación según la cual el amor con que hervía la Magdalena se corresponde con la *rabies* del *planctus* ya aludido, en los vv. 8b 5-8: «Da mihi requiem / Iesu piissime, / et leni rabiem dolentis animae» (AH 12.307).

El pasaje va preparado por el otro, que citamos en 6.2; a saber, por los vv. 38-40, donde tomábamos *hervoroso* como referido a un estado anímico de agitación por las pasiones (cf. *Nombres* «del hervor del ánimo les saldría el ardor de la boca», pág. 747; v. q. C 6.3).

6.3.1. Interpretando, pues, los vv. 36-47 como una transición entre el discurso dirigido a Elisa y el «ejemplo» evangélico, leemos: Nunca es tarde; ¡así de misericordioso es Dios con nosotros! (El hombre por su parte ha de colaborar con su esfuerzo, porque), mientras es de día, el que hierve y padece (en sus pasiones) puede llegar rápidamente a un estado de «reposo». En efecto, la Magdalena, aunque estuviera en el borde de la perdición, mientras ardía en el amor (mundano), fue prontísima en apagar las llamas que la devoraban; o sea: las llamas del amor malo con (las de) otro amor que ardía aún más (encendido por Cristo).

Los que, en cambio, entienden «el amor ferviente» como contrapuesto al «malvado amor», leen los vv. 39-40 con *hervoroso* y *ferviente* en el polo positivo de los sentimientos religiosos (la lectura *fervoroso* a la que aludíamos, con su *f*-etimológica podría ser un intento de ennoblecimiento) y unen 38 «mientras que dura el día» con lo que precede, dando a *día* el sentido metonímico de 'vida', afín al que tiene en el v. 5 (lo que de

por sí podría ser un indicio adverso; v. i. G 2.1.2.2.), y señalando así el límite de la misericordia divina (con fundamento bíblico; cf. 1Cor. 7:29 «Tempus breve est»). También en nuestra interpretación el v. 38 es susceptible de una lectura simbólica, con *día* (de la gracia) y *reposo* entendidos en sentido espiritual.

6.4. Volveremos sobre otros elementos del vocabulario más abajo (en F). Aquí sólo adelantamos que 52 *atrevido* y 54 *sabio*, dichos ambos de la conducta de la Magdalena, se relacionan en el ámbito de las virtudes activas. Por lo que éste, como sinónimo de *prudente* (cf. la oda IX, donde tanto 37 *sabio* como 62 *prudente* se dicen de Ulises) y de *discreto* (cf. Malón de Chaide «discretísima estuvo» II 194, 2), se dicen de la conducta; en cambio, 89 *saber* como conocimiento y capacidad (para curar) atribuida al médico, cuadra a la omnisciencia divina.

B) La parte de la oda que hasta aquí hemos examinado enlaza con la primera por medio de un 41 *que* ilativo, que de por sí bastaría para quitarle independencia. Con la primera tiene relación de ejemplaridad, quintesenciada, por decirlo así, en la lección que se expresa en los vv. 38-40 que acabamos de citar.

Cierta discontinuidad podría percibirla el lector por el hecho de que el tema de los «dos amores» cuadra a la (implícita) juventud de la Magdalena y no al decaimiento físico que se nos señala en Elisa (véase cómo trata el autor el tema en *La perfecta casada*, preconizando a las mujeres a las que «les pesa de haber llegado a viejas», pág. 319, una «madurez grave y severa», pág. 322). Pero ha de tenerse en cuenta que la «edad madura» está aquí en sintonía con los modelos horacianos y con el intento de prolongar con los embellecimientos del caso el ejercicio de un amor más o menos profesional<sup>50</sup>.

Baste con haber salido al paso de esta posible objeción de disonancia que nuestro propósito es el de leer las liras i-viii señalando los elementos comunes, o parcialmente comunes, paralelos o complementarios con la segunda parte, cuya íntima unión con la primera acabamos de señalar.

1.1. Elemento común es, en primer lugar, aparte la misericordia paciente de Dios (37), el hecho de que la conversión, bien se conciba como «reposo» del alma (38-40) o como trueque expreso entre dos amores

<sup>50</sup> Lydia era una *moecha* o concubina, Lyce, según se deduce del contexto, una *entreteneuse* (con nombre alusivo, y por gr. *lykos* 'prostituta'). Por lo demás, la relación entre los signos de decaimiento físico y la edad no ha de juzgarse con criterios actuales.

(44-45), se realiza en un instante (40 «en breve»: v. q. 43 «en breve hora»); lo que en el caso de Elisa contrasta con la prolongación de las oraciones vanas del tiempo de su desvarío (22-24).

1.2. La idea de la inutilidad de los esfuerzos anteriores, en la segunda parte se expresa con un conciso 72 «quien todo lo perdió» sin que Fr. Luis se dejara captar por el regusto con que los cancioneros y luego la poesía italianizante enhebraba el verbo *perder* en un solo verso o en versos contiguos (cf. «cuando os viéredes perdida, / os perderéis por querer» de la «Imitación de diversos», vv. 19-20, vol. II, p. 800, cuya atribución a Fr. Luis como ejercicio poético ya mencionamos).

1.3. Típicas de la primera parte, mucho más convencional en cuanto no la sostiene la poesía del evangelio, son las preguntas, 11-12 «¿Qué tienes del pasado / tiempo... ¿Cuál es el fruto / ...?», que aun sin llegar a las amplificaciones insoportables de Malón de Chaide, pueden alinearse con ellas, o sea, ad Lc. 7:37,

¿Qué es esto, desventurada mujer? ¿Quién me ha puesto tal? ¿Qué son de tantos años tan mal gastados? ¿Qué se han hecho mis pasados contentamientos? ¿En qué van a parar todas mis esperanzas? ¡Oh, mujer engañada! ¿Cómo he vivido con tanto descuido? ¿Cómo no me acordé, desacordada, que pasaban los días como viento? (II 86.11),

donde *descuido* y *desacordado* nos hacen reparar en 25 (*no*) *tener acuerdo de sí mismo*, y «pasaban los días como viento» nos da la versión en prosa de 5 «que vuela el día».

1.4. Mientras que en la segunda parte la Magdalena contestará a su pregunta 71-72 «¿Qué podrá ofrecerte / quien todo lo perdió?» con la paradoja de su pasado pecaminoso, descrito en forma alusiva, según vimos, las contestaciones a las preguntas que Fr. Luis dirige a Elisa son las de los repertorios morales, 12 «dolor», 14-15 «tristeza y luto, y el alma hecha sierva a vicio bruto», con paralelos muy próximos en la prosa, por ejemplo, de *Nombres*, cuando se afirma que en los deleites del cuerpo,

los principios son intolerable trabajo,  
los fines, enfado y hastío,  
los frutos, dolor y arrepentimiento (p. 663).

Luego se incluye una frase que los comentaristas han interpretado de modo distinto: 19-20 «por quien mal proveída / perdiste de tu seno la

querida prenda», 'un hijo nacido muerto' o 'la virtud de la castidad'. Aquéllos podrían reclamar que *prenda* de por sí era designación de 'persona', con *seno* en su sentido corriente en tal contexto, por 'vientre'; lo que constituiría una nota biográfica concreta (pero los otros rasgos de las 10 «rugas» y del «negro diente», se nos han revelado como empréstitos).

Los que interpretan *prenda* como 'virtud de castidad', hacen violencia al uso normal de *prenda* que sólo en el plural se refiere a 'perfecciones o excelencias personales', pero podrían alegar la trasposición del lexema a lo divino (cf. Sebastián de Córdoba «Oh dulces prendas ['virtudes'] por mi bien tornadas», *contrafactum* del célebre verso de Garcilaso, soneto X, 1 «¡Oh dulces prendas [los cabellos de su dama, según Sánchez de las Brozas] por mi mal halladas!»). En cuyo caso, *seno* reflejaría el sentido de 'interioridad' que el lexema tiene a veces en los versos de Fr. Luis (cf. Salmo 1.9-10 «el veneno / que tiene recogido en lengua y seno», pág. 971; 1 «in cathedra pestilentiae non sedit», o ib. 11.3 «que tiene dentro el seno / falsedades»; 3 «vana locuti sunt unusquisque»). También cabría recordar aquí el uso de *prenda* en *Nombres*, donde el comentario de Cant. 4:1 «Negra soy...», contiene una alusión a la «prenda de la palabra» que es dada a la esposa como promesa de fidelidad<sup>51</sup>.

Por otra parte, la prenda de amor por antonomasia es el beso; escribe S. de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua catellana*: «El beso se llama en griego *filema*... por ser una de las prendas del amor inmediatas a su fin», y remite a Cant. 1:1, que Fr. Luis comenta con unas palabras que podrían aclarar nuestro contexto, cuando, tras explicar la ausencia del amado como un «enajenamiento del alma», indica cómo ésta se recobra:

la cual porque parece tener su asiento en el aliento que se coge por la boca, de aquí es el desear tanto y deleitarse los que se aman en juntar las bocas y mezclar los alientos, como guiados por esta imaginación y deseo de restituirse en lo que les falta de su corazón (p. 78).

Con lo que tendríamos otro punto de contacto léxico entre las dos partes de la oda.

1.5. Lo que sigue del pasaje que de *La conversión de la Magdalena* citamos en B 1.3, «Véome en un abismo de maldades donde no puedo

<sup>51</sup> El pasaje completo reza: «Y si el aire y el agua me maltratan de fuera, la palabra que me es dada y la prenda que de ella en el alma tengo, me enriquece y alegra», pág. 673.

salir; ¿a quién me volveré que me remedie?», da pie para una observación adicional por contraste: el escollo de la desesperación (cf. Jer. 2:25 «Desperavi, nequaquam faciam»), que Fr. Luis, más fiel al evangelio que su hermano en religión, no introduce en el relato de la Magdalena, aflora implícitamente en la exclamación con que anima a Elisa en su edad proecta: 36-37 «Mas hora no hay tardía, / ¡tanto nos es el cielo piadoso!».

1.6. La opción por el claustro que el fraile agustino propusiera a Elisa (34-35) también podría remitir a una parte de la materia hagiográfica que el poeta se dejó en el tintero: la vida de reclusa y penitente de la Magdalena apócrifa, predicada en las órdenes mendicantes.

1.7.1. La idea del claustro se acompaña, en el polo negativo con la de ser el velo 35 «ajeno de polvo y suelo», o sea de toda contaminación terrena; donde *polvo* (cf. Gén. 3:19) es afín a *cieno* en una de sus acepciones (cf. Salmo 102, v. 48 «Conoces a la fin que es polvo y tierra / el hombre, y torpe lodo», vol. II, p. 998 ← 14 «Recordatus est quoniam pulvis sumus».

1.7.2. En lo positivo, se sublima con la restitución de hermosura a su fuente y dador (32-34). Huelga recordar que la hermosura como bien de Dios y, por ende, como devuelta (aquí 34 *dada*) a Él, es un concepto platónico-agustiniano que constituye también gran parte del libro III de *La conversión de la Magdalena* de Malón de Chaide. En nuestro texto la relación con la santa sólo aflora en el tópico del «oro» de sus cabellos (v. 63). En la primera parte de la oda, en cambio, lo reconocemos en los versos aludidos, aunque no sabemos a ciencia cierta si Fr. Luis parte del plano trascendente, en cuyo caso hay que apartar 33-34 «que del cielo / te vino» como explicativo, con (,), o de la constatación de la belleza dada por Dios y contrapuesta a la artificial (cf. *La perfecta casada*, «Lo con que se nace, obra de Dios es», pág. 318); en cuyo caso la oración de relativo sería especificativa.

2. Si nos fijamos en las «voces», vemos que en ambas partes de la oda se introduce un discurso directo, retrospectivo, del poeta que se hace protagonista, en la primera parte (4-5), proyectado hacia el futuro, y pronunciado por la protagonista, en la segunda parte (66-90), pero posiblemente no sin relación implícita con la persona a quien se dirige la oda, en cuanto ésta puede apropiárselo como plegaria.

3. Por otra parte, vistas contra el fondo del camino del arrepentimiento y de la conversión que hemos observado en la parte dedicada a la santa, algunas expresiones podrían sopesarse ahora por comparación o contraste en una nueva luz.

Con el bíblico-litúrgico 69-70 «inclina... / tu piedad divina» podemos parangonar 23-24 «et cielo fatigaste / con gemido importuno», para cuyo uso de *fatigar* los comentaristas recuerdan Horacio Od. I 2, 26-28 «Prece qua fatigent / virgines sanctae minus audientem/ carmina Vestam?» (también hubieran podido remitir al tópico ampliamente desarrollado por Luciano de las preces inanes con que los mortales cansan estólidamente a los dioses).

La confluencia entre el uso clásico y el eclesiástico se da en 37 *cielo* por *Dios*, corriente en todas las odas de Fr. Luis (quien, sin embargo, admite 57, 70 *divino*), por un lado, y, por otro, en la idea del don dado por Dios, que también está en vilo entre el ámbito clásico y el judeo-cristiano (cf., p. ej., Stg. 1:17).

Más de la doctrina que de la Biblia (cf. allí Mt. 19:17 «unus est bonus Deus»), y, como de la teología natural, más universal, es la idea del *summum bonum* (en la oda iii 48 «el bien divino»), que se apropia a la persona por medio del adjetivo posesivo: 18 «tu bien soberano». Sólo agregamos incidentalmente que por tales expresiones es por lo que las paráfrasis de los Salmos se caracterizan frente al original: cf. Salmo 18. 32 «mi redentor, mi bien divino», pág. 979 ← 15 «adiutor meus et redemptor meus».

Ello no impide que *bien* funcione en la esfera inmanente como singular de *bienes* 'posesiones'; cf. en el poema con el que se concluye el Libro 2 de los *Nombres*: «y tú serás señora de todo el gran bien suyo», página 680. Por lo que *bien* se sobrentiende cuando la 32 «hermosura» se refiere a 33 «cuyo era», o sea: a Dios, del que es propia, siendo *don* en cuanto a los hombres.

De entre los vocablos sueltos, reconocemos como en vilo entre los ámbitos profano y tradicional o clásico y el religioso bíblico, los adjs. 29 *lisonjero* y 16 *vano*, ambos realizados como nombres. Aquél tiene un antecedente en el lenguaje amoroso en prov. *losenger*. Fr. Luis, quien lo opone a *sincero* en I 14, pudo sentirlo como término muy propio de contextos doctrinales (cf. VIII 34-35 «de aquesa lisonjera / vida con cuanto teme y cuanto espera») y de la Biblia romance (cf. Ps. 34:16 «como lisonjeros, escarnecedores y truhanes»). En cuanto a *vano*, cuyo homólogo latino *vanus* tiene el sentido de 'presuntuoso', hemos de observar que el envanecimiento en los escritos de Fr. Luis suele tener una

resonancia, cuando no bíblica (cf. Jer. 2:5 «vani facti sunt», dicho de los que siguen los ídolos; v. q. ib. 5 «ambulaverunt post vanitatem»), religiosa, como falta de reconocimiento de la propia realidad de criatura (cf., p. ej., en *La perfecta casada*, «hay tan vanas algunas que casi desconocen su carne y piensan que la suya es carne de ángeles», pág. 300). De la Magdalena antes de arrepentirse se describían como «vanos» los 74 ojos.

El desplazamiento que hemos ido ilustrando desde la imitación de los clásicos hacia un ámbito más allegado al del tema de la Magdalena, tiene, según vimos, una especie de zona intermedia en los versos 38-40, donde se propone como meta el tantas veces ansiado 40 *reposeo* del espíritu, que también puede denotar la unión con Dios (v. s. A 6.4).

Relacionado con los bíblicos *providere* y *providentia* es *proveído*, creación típicamente vernácula como forma media, y muy propio del vocabulario de Fr. Luis y de sus contemporáneos para hablar de la mujer, en buen sentido cuando se emplea solo, y en sentido peyorativo cuando aparece con *mal* privativo en el v. 19, como anticipo de la otra idea afín de 25-26 *no tener acuerdo de sí* (v. s. B 1.3). *Proveído*, o, mejor dicho, *proveída*, ya que la forma media se aplica generalmente a mujeres (con *remediada* remplazándole en la vertiente pasiva; cf. *La perfecta casada*, «una doncella suya no tan bien remediada como las demás», cap. X), alude al sustento material bien ordenado (por esto, se opone «la naturaleza proveída» a la fortuna «ciega» ib., p. 299); lo que no prejuzga que se pueda alinear con el sentido traslaticio de 20 *prenda* que dimos como posible (v. s. B 1.4).

También merece la pena demorar en la expresión 5 «recoge el pie», que Alarcos ponía justamente junto a ix 11 «retira el pie» y que hace pensar en el virgiliano Égl. iii 93 «latet anguis in herba».

En cuanto envuelve el nombre de una parte del cuerpo, *pie*, se alinea con la otra frase *asentar el pie*, también usada por Fr. Luis metafóricamente para la conducta (cf. *La perfecta casada*, pág. 260).

Por su elemento verbal, *recoger* (o *retirar*), la frase, con sentido relativo respecto al lugar de donde sería comparable con ix 19-20 «pon del cieno bruto / los pasos en lugar firme y enjuto». Pero también puede funcionar como sintagma autónomo, sin referencia explícita o implícita a procedencia; cf., p. ej., en la poesía denominada «Imitación de diversos»: 12-13 «y las dos luces de vida / recogiesen ya su lumbre», vol. II, página 800, y en los *Nombres*: «así como en el desmayo se recoge el vigor del alma a lo secreto del cuerpo», pp. 660-661 (véase también ib. el uso

absoluto al final de un razonamiento: «Más conviene ya recoger», página 455).

El uso metafórico que aquí le reconocemos nos inclina a preferir la función autónoma (por lo que no nos abalanzaríamos a agregar, como hace uno de los comentaristas: «evidentemente 'del camino de perdición'»), y ese valor metafórico en el ámbito de la recapitación que se motiva por lo que luego escribe el poeta sobre el paso rapidísimo del tiempo: «que vuela el día».

Además, partiendo del paralelo con la Magdalena, recordaríamos citas bíblicas como Lam. 1:7-8 «Recordata est Ierusalem... Ipsa autem gemens conversa est retrorsum», que los escritores doctrinales citan tan a menudo a propósito de la conversión, y aún más cerca de nosotros, por la posible asociación acústica y semántica, Jer. 8:6 «Non est qui recogitet in corde suo et dicat: —Quid feci?», aducido por Gregorio Magno (1245B), quien más adelante escribe de Cristo: «vos male cogitantes perdidit, bene cogitantes quaerit» (ib. C).

## SEGUNDA PARTE

Tras esta lectura fundamentalmente histórica, atenta a la tradición del tema y de la doctrina, y a las estructuras básicas, podemos seguir ahora con una lectura formal sincrónica que comenzaremos empíricamente por la entonación, pasando después al metro, y considerando luego a éste en relación con la sintaxis y retórica.

A) Siguiendo la terminología de T. Navarro Tomás, en su *Manual de entonación española*, y remitiendo a él<sup>52</sup>, llamamos cadencia (cd) a la terminación grave, con descenso muy pronunciado; *semicadencia* (sc), a la terminación también descendente, pero menos grave que la cadencia; *anticadencia* (ac), a la terminación alta, a cuatro o cinco semitonos por encima del cuerpo del grupo; *semianticadencia* (sa), a la terminación ascendente, pero menos alta que la anticadencia; y *suspensión* (sp), a la terminación en el mismo nivel que el cuerpo del grupo.

1a *Elisa*, grupo independiente: sc; 1b-2 *cabello*: sp; 2b ac; 3 cd; 4a ¡Ayl, grupo indep.: sc; 4b sc (tono descendente de la interrogación

<sup>52</sup> México, 1966.

aseverativa; 5a *pie*: sp; 5b *día*: ac; 6a *ya*: grupo indep.: sc; 6b sp; 7 ac; 8 sp; 9 sp; 10a *afeada*: sc; 10b *diente*: cd; 11-12a *tiempo*: sc; 12b *sino dolor*: ac; 12c-13 *dado*: sc; 14 sc; 15 ac pero interrogativa; 16 sc; 17 sc; 18 cd; 19 ac; 20-21a *prueba* sc; 21b *velaste* sc; 22a *celos* sc; 22b *uno sa*: 23 sp; 24 sc; 25-26a *de ti mesma*: cd; 26b *Y agora*: grupo independiente; sco sl; 27a *despojos*: sp; 27b-28a *ave* ac; 28b *huye*: cd; 28c-29a *Lida*: sc; 29b *lisonjero*: cd; 30 cd; 21a *¡Oh!* grupo aparte; 31b *fuera*: sc; 32a *hermosura*: sc, 32b sp; 33a *vino*: sc; 33b ac; 34a *dado*: sp; 34b-35a *santidad*: sp; 35b *afeno*: sc; 35 c *suelo*: cd; 36 sc; 37 cd; 38 ac; 39 sa; 40 cd; 41-42a *Mágdalo*: sa; 42b-43a *dañada*: sa; 43b-44a *amor*: sc; 44b *ferviente*: sa (o 44 sa); 45a *apagó*: sa; 45b cd; 46-47a *amor*: ac; 47b cd; 48 ac; 49 sa; 50a *arrogante*: sc; 50b cd; 51 ac; 52a *extraño*: cd; 52b *atrevida*: ac; 53-54a *presencia*: cd; 54b *sabia*: ac; 54c-55a *mofador*: cd; 55b *buscó*: ac; 55c *vida*: cd; 56b sp; 57 ac; 58-59 sa; 60a *ojos*: sa; 60b *lo hacían*: cd; 61a *lavaba*: sp; 61b *lloró*: ac; 62 *estaba*: cd; 63a *limpiaba*: sp; 63b-64 ac; 65a *limpieza*: cd; 65b y *paz*: ac; 65c *daba*: cd; 66a *decía*: grupo aparte: cd; 66b-69a entonación ondulada, p. 248, con tres semianticadencias seguidas de tres semicadencias; 69b *inclina*: sp; 70: cd; 71a *¡Ay!* grupo aparte; 71b sc; 72a *perdió*: cd; 72b *manos*: sp; 73 sp; 74 sp en *vanos* si se hace encabalgamiento o ac si se relaciona con los elementos paralelos de los vv. 72b-73; 75a *ofrezco*: cd; 75b *labios*: ac; 75c *profanos*: cd (v. s. 65bc); 76 ac; 77a *servicio*: cd; 77b ac; 78 cd; 79a *ojos*: sp; 79b-80a *fraguas*: ac; 80b cd; 81 sc; 82a *idem*; 82b-83a *boca* sc si *de tormento* modifica a *boca*, sp si modifica a *red*; 83b ac; 84 cd; 85a *condena*: ac; 85b cd; 86 sp; 87a *herido*: sa; 87b sa; 88 *perfeto* sp o sc; 89 ac si la oración de relativo del v. 90 es especificativa; sp en *tiene* en caso de ser explicativa; 90, en caso de interpretarse como especificativa, cd; en caso contrario ac en *muestra* y cd en el resto.

Huelga advertir que éste es un primer ensayo, subjetivo y empírico, para el que he adoptado algunas sugerencias de A. Quilis (siendo más todos los fallos). En los apartados siguientes pisaremos terrenos más firmes, aunque también nos sometemos al veredicto de los especialistas, con la esperanza de ver sustraído el análisis de los textos luisianos al puro impresionismo.

El examen de la entonación, además, queda incompleto si lo consideramos aparte, por un lado, de la prosa, con la que ofrecía una excelente base de comparación, y, por otra, de los metros tradicionales, y aun del dictado de otros poetas a los que Fr. Luis pudo tener presente.

El metro de nuestra oda es el de la lira de cinco versos, de los que el segundo y el quinto son endecasílabos, los otros, heptasílabos, y el

esquema de las rimas, aBabB, que es el tipo representado también en las odas de Bernardo Tasso<sup>53</sup>.

2. Adelantamos aquí que la disponibilidad de la lengua para las exigencias métricas incluye la equivalencia entre *este* y *aqueste* (cf. *aqueste* también en *Nombres*, p. 675), pero con una proporción distinta de formas trisílabas, que es mucho mayor en los versos. Lo mismo diremos de la forma más cercana al étimo del adv. 88 *do* (v. i. D 6).

3. En cuanto al ritmo, Fr. Luis se amolda las más de las veces a la distribución de sílabas acentuadas e inacentuadas pero no sin excepciones; cf. los vv. 12, 40, 47, a los que se agregaría 55 «búsca la vida» si optáramos por esta variante, respecto a *mofadór*.

El heptasílabo 89 «de cuanto saber tiene» hemos de leerlo asimismo con apoyo secundario en *cuanto*, porque de no hacerse así dejaría contiguos *sabér* y *tiéne*.

4. Notamos que 70 «a aqueste» se escribe con *a* embebida (v. q. i. D); habría elisión si se pudiera comparar con ital. *a quest(o)*.

La *h* inicia sílaba en 28 *huye* y 32 *hermosura*. La sinalefa abarca dos vocales (cf. 60 «boca y»; si se leyera 28 «huye y adora», con Quevedo, abarcaría excepcionalmente tres, haciendo duro el v.

Si se elige la lección 3 *variado* frente a *demudado* (de los códices de la familia Jovellanos-San Felipe), hay que admitir hiato, o sinalefa entre *nieve* y *ha*. El P. Vega considera insólita la lectura de *variado* como cuatrísílabo (pero nos parece que sin motivo).

5.1. Los endecasílabos son *a maiore* en su mayoría, con lo que el verso de once sílabas se equipara con su menor, el heptasílabo. Incluimos entre los *a maiore* 67 «de la miseria extrema, medicina» por el que optamos frente a «de la miseria, / extrema medicina», adoptado (y defendido en términos contradictorios) por uno de los editores.

Son *a minore* los de 65, 70; resulta ser *a minore* también 35 «de santidad, ajeno al polvo y suelo» (que preferimos), frente al *facilior* «santo guardado bien del polvo y suelo» de la ed. de Quevedo con (") en *bien*.

Es dudoso el v. 42 «de Mágdalo, bien que perdidamente», ya que si no se quiere interpretar como *a minore* con acento agudo, *Magdaló*, hay

<sup>53</sup> Señaló la posible relación con este poeta italiano (entre los muchos que quedan todavía por estudiar), D. ALONSO en *Poesía española* (Madrid, BRH, 1976), pág. 617, tras darla por segura para Garcilaso.

que acentuar *bien qué*. Notamos, por lo demás, que el apoyo secundario en el v. 80 cae en la cópula *ser*. Por lo demás, los poetas salmantinos son conocidos por sus irregularidades métricas.

5.1.1. De los endecasílabos *a maiore*, la mayoría son de tipo heroico con apoyo secundario en la segunda sílaba: 2 «cabélllo, que del oro escarnio hacía» (v. q. 5, 7, 10, 15, 20, 22, 32, 40, 42, 45, 47, 50, 52, 55, 60, 72, 75, 77, 87); pueden serlo también 57 «a los divinos pies, que la traían», si el apoyo (no necesariamente destacado) cae en el artículo; en la misma circunstancia, con acento en el pronombre, se hallaría 85 «y lo que me condena te presento» (v. q. 22).

Siguen proporcionalmente los de tipo enfático, con acento en la primera: 12 «tiempo si no dolor? ¿Cuál es el fruto? (v. q. 27, 30, 37, 80, 82, 90). Dejamos fuera de la clasificación 62 «al que su torpe mal lavando estaba» v. 67 «de la miseria extrema, medicina».

Dudoso entre heroico y enfático es el v. 67 «tan malamente herido cual conviene», donde el apoyo probablemente se halla en el lexema si éste se considera tal (v. i. FI), en el adv. *tan*, si *malamente herido* está por *malherido*.

Sólo hay dos vv. melódicos (con acento en la tercera): 17 «por quien tú no guardaste la debida», 25 «por quien nunca tuviste acuerdo alguno».

5.2. La mayoría de los versos heptasílabos son trocaicos (con una sílaba en anacrusis): 1 «Elisa ya elpreciado» (v. q. 3, 4, 8, 9, 14, 16, 23, 26, 28, 29, 31, 33, 34, 36, 39, 43, 46, 48, 49, 51, 53, 54, 56, 61, 63, 66, 69, 71, 73, 74, 78, 79, 83, 84, 86, 88, 89) o dactílicos (con dos sílabas en anacrusis): 18 «a tu bien soberano» (v. q. 19, 24).

El tipo mixto, de un dactilo más dos troqueos, está representado en 21 «prenda, por quien velaste» (v. q. 6, 11[?], 13[?], 38, 41 [con (') en *que* ilativo], 44, 58, 59, 64 [?], 68[?], 76[?], 81).

6. La variedad que caracteriza a los versos de Fr. Luis en esta oda no estriba tan sólo en la distribución de los versos de tipo distinto, sino en la coincidencia o falta de coincidencia entre los segmentos métricos y los sintácticos, y ello aumenta la multiplicidad de soluciones.

6.1. En el interior del verso endecasílabo, la cesura es intensa en 5, 12, 27, 32, 40 (por inversión del complemento), 55, 57, 65, 70 (con anticipación del compl., 82, 87); lo es, pero con sinalefa, en 10, 50, 52, 77. Es más o menos perceptible en los demás casos.

6.2.1. Entre versos (y con más razón, entre estrofas) la cesura coincide con pausa sintáctica terminal en los vv. 3, 5, 10, 15, 29, 30, 35, 37, 40, 50, 55, 57, 60, 62, 65, 70, 75, 80, 85; con pausa sintáctica de transición, marcada, en los vv. 2, 4, 7, 16, 21, 22, 26, 36, 43, 44, 47, 51, 52, 59, 73, 76, 81, 83, 87; menos marcada, en los v. 8, 9, 13, 14, 19, 23, 31, 38, 39, 61, 63, 64, 72, 86, 88.

6.2.2. En los demás casos, o sea, casi la mitad de las veces, los versos están unidos en lo sintáctico por los encabalgamientos, que enumeramos yendo de más a menos fuerte; a saber:

6.2.2.1. Atributo y nombre: 1-2 «elpreciado / cabello»; 11-12 «del pasado / tiempo»; v. q. 20-21, 34-35 (tanto en «velo / de santidad» como en la variante «velo / santo») 46-47, 53-54, 79-80, 82-83 (v. i. G 2.4). En los vv. 11-12 y 79-80, la palabra del verso encabalgado va seguida de una pausa, por lo que el encabalgamiento se ha llamado «abrupto». En 58-59 «la en sí fiada / gente», en cambio, la modificación del participio en el verso encabalgante debilita la unión con el elemento modificado y coloca a éste en una posición intermedia.

6.2.2.2. Adverbio y elemento modificado: 42-43 «perdidamente / dañada», con encabalgamiento abrupto.

6.2.2.3. Nombre y complemento (aquí equivalente al genitivo objetivo): 66-67 «solo amparo / de la miseria extrema» (v. q. 67-68 y 68-69); asimismo con encabalgamiento abrupto.

6.2.2.4. Predicado e infinitivo: 6-7 «prometía / durar».

6.2.2.5. Predicado y complemento, pospuesto según el orden normal: 28-29 «adora / a Lida» (abrupto), 49-50 «que no fue concedido / al huésped», 54-55 «olvida / el ojo mofador» (abrupto), 56-57 «toda derrocada / a los divinos pies»; o antepuesto: 32-33 «que del cielo / te vino» (abrupto, pero con ligera pausa), 77-78 «de mis males / proceda mi defensa».

6.2.2.6. Ante segundo término de comparación: 27-28 «más ligero / que el ave».

6.2.2.7. El encabalgamiento es más débil en las mismas circunstancias cuando el elemento encabalgante o el encabalgado forman una cláusula con su modificación: 86-87 «un sujeto / tan malamente herido», 72-73 «Aquestas manos / osadas de ofenderte», 73-74 «Aquestos ojos vanos / te ofrezco», o cuando el encabalgamiento es oracional: 33-34 «a cuyo

era / habello dado», y ante oración de relativo especificativa: 48-49 «el estado / que no fue concedido» 63-64 «con el oro / que la cabeza oraba».

6.2.3. En cuanto a distribución de versos encabalgados en la totalidad de la oda vemos que en dos de los casos registrados, a saber, en 20-21 y en 25-26, el encabalgamiento (aquí fuerte) une las estrofas respectivas contrariamente a lo que se suele afirmar de la unidad de la estrofa en Fr. Luis (v. q. i. C 1.1).

Hay cuatro encabalgamientos fuertes en la estr. XIV, dos encabalgamientos fuertes y uno débil en la estr. VII, tres encabalgamientos débiles en la estr. XV, dos débiles y uno fuerte en la estr. XVI, dos fuertes en las estr. IX, XI, uno fuerte y uno débil, o uno débil y uno fuerte, en las estr. II, X y III, uno fuerte, en las estrs. I y XVII, y en las estrs. IV y V, más el encabalgamiento fuerte que las liga entre sí; un encabalgamiento débil en la estr. XVIII.

7. En vista de los muchos versos que el ritmo sintáctico alarga más allá de su medida propia, la rima pierde momento, ya que el encabalgamiento, además de atenuar la monotonía métrica (ya de por sí menor por la alternancia de versos de distintas medidas), evita el martilleo de los consonantes. No obstante, no hemos de regatearle la importancia que tiene en el estudio de la oda.

7.1. Además de la consonancia versal, tenemos rima interna en 63-64 «Limpiaba con el oro / que la cabeza ornaba» (v. q. 61-62); 65 «Lavaba ... / ... estaba / ... daba».

7.2. Desempeña, en primer lugar, un efecto fónico, musical, aquí con predominio de las sonoridades suaves, con consonantes sonoras [del imperfecto en *-aba*, estr. XIII; del partic. o adj. en *-(a)d(o)*: I, III, X (2), XI, XII], líquidas (VI, IX *-ora*, VI *-ero*, VII *-era*, XIII *-oro*, XIV *-aro*, VII *-elo*, XVI *-ales*), nasal [IV *-ano*, V *-uno*, XI *-ena*, XIV *-ina*, XV *-anos*, XVIII *-(i)ene*] sibilante sonora (VIII *-oso*), o fricativa velar sonora (XVII *-ojos*), o vocálica, con encuentro de vocales en hiato (I, VIII, *-ía*, II, XII *-ían*), mientras que escasean las de consonantes sordas (III *-uto*, XVIII *-eto*), o implosivas y explosivas en la unión de las sílabas (V *-aste*, con rima interna en *-aste*, *iste*, IX *-ente*, XVII *-ento*, XV *-erte*, XVI *-ensa*).

7.3. Desempeña también una función semántica. Así, de 32 *cielo*: 35 *suelo* (rima que aparece cinco veces más en las odas de Fr. Luis, aunque

allí con más propiedad léxica; v. i. F 4), se ha comentado el significado central en la temática del poeta salmantino<sup>54</sup>. Nosotros diríamos más bien que éste se sumaba a la tradición autóctona de la poesía religiosa, como lo demuestra la frecuencia de *cielo:suelo* en el auto de «La conversión de la Magdalena»<sup>55</sup>.

Por otra parte, 76 «tu ofensa»: 78 «mi defensa» realiza el lazo de la paradoja (v. s. I A 3.9), de un modo que sería muy propio de la afirmación sapiencial si los dos sustantivos aparecieran en la misma oración. También la rima interna ya mencionada 61-62, 65 «Lavaba... / al que su torpe mal lavando estaba... / ...daba») parece enderezada conscientemente a subrayar el poliptoton con oxymoron.

7.4.1. En cuanto a la calidad de la rima, a falta de un rimario de la época, y menos de Fr. Luis, señalamos por Guillén de Segovia como rima difícil *-uto*, que produce 12 *fruto*: 14 *luto*, 15 *bruto* (Guillén agrega *guto* y *muto* [?]). Por lo demás, una gama léxica más amplia ofrece a Fr. Luis la posibilidad de emplear en rima voces que en el citado rimario bajomedieval faltan, como 18 *soberano*, 40 *reposito*, 69 *inclina*.

7.4.2. Son rimas fáciles, por gramaticales 2 *hacia*: 4 *decía*: 57 *traían*: 59 *habían*: 60 *hacían*: 62 *estaba*: 64 *ornaba*: 65 *daba*: 21 *velaste*: 23 *fati-gaste* (variada en interior 20 *perdiste* y 25 *tuviste*) y dentro de la misma categoría léxica 74 *vanos*: 75 *tan profanos* con el sonsonete que trae consigo de la prosa didáctica y de la predicación, y por la frecuencia de los lexemas, 30 *fiero* (cf. Salmo 103, v. 15 «de tu voz el trueno fiero», vol. II, página 999, 48 «voces fieras» ib.), aunque también aparece en el interior como atributo «establecido» en VII.17 «fieros males», y como vocablo «de repertorio», 28 *tormento* (cf. ib. 12 v. 8 «¡Ay duro y gran tormento!») y 83 *enajos*, que ya desde la poesía tradicional pertenecía al tema amoroso rimando con *ojos* (cf. en el *Cancionero General de Hernando del Castillo*, «Tengo confianza / de mis verdes ojos / que de mis enajos / parte les alcanza»). Visto en el conjunto de la poesía renacentista, también 48 *estado* parece corriente (de 27 *despojos* notamos, en cambio, que aparece en el interior). *Fiero*, igualmente común, especialmente con *mal*; cf. ad Job. 1:7 «este mal tan doloroso y tan fiero», p. 58, aparece aquí pospuesto sin más al nombre: 30 «al dolor fiero» (para otros usos que

<sup>54</sup> Cf. S. Sabor de Cortazar, en el ensayo que citamos en la n. 5.

<sup>55</sup> Véanse los vv. 27:31, 84:85, 171:175, 232:233, 296:297; la otra rima frecuente es *cielo:consuelo*; cf. aquí, 103 *consuelos*: 106 *cielos* y 172 *consuelo* con *suelo* y *cielo* ya aludidos.

se apartan de la lengua literaria de cuño bíblico y doctrinal, en rima, véase lo que luego se dirá).

7.4.2.1. De la definición de rima fácil se eximirían, además, aquellos consonantes que traen consigo el eco de los modelos latinos; a saber: las de la 2.<sup>a</sup> persona de plural del pretérito indefinido *-isti*, respecto a lat., propio de los himnos que rememoran los hechos de la santa en la persona Tú (cf. AH 34.279.4, 36.12.33); lo mismo podría decirse del participio de presente, si lo fueran tanto 44 *ferviente* como 45 *ardiente* (v. i. 7.4.2.2 y E 5.3.1).

7.4.2.2. Por otra parte, las rimas que a primera vista parecen fáciles, ya no lo son tanto cuando nos fijamos en la función que desempeñan dichas formas en el contexto; así en el caso del participio, empleado por sí en el paradigma del verbo, 1 *preciado*: 3 *ha variado*; en uso adjetival como aposición, 19 *mal proveída* (nótese además el sintagma ¿o la composición?), como pronominal: 17 *la debida*, y en función atributiva: 20-21 «la querida / prenda»; v. q. 47 «más encendido»: 49 «fue concedido»: 50  *fingido*. Para 44 *ferviente*: 45 *ardiente* tenemos el ejemplo de himnos latinos en que la misma forma aparece como participio y como adjetivo; véase: «Post hoc coelos ascendentem / Patrisque dexteram potentem» (AH 33.157). En el ámbito del pronombre indefinido, 25 *alguno* y 22 *uno* se apartan por el significado especial de éste ('uno solo').

Los lexemas de la misma categoría se diferencian por ir modificados o no modificados; en la del sustantivo tenemos 66 «solo amparo»: 68 «reparo», aparte de que éste, según vimos (I A 6.2), es vocablo muy apropiado para este contexto, por lo que se libra de toda sospecha de ripio; en la del adjetivo, aparte el caso ya señalado de 74 «vanos», 75 «tan profanos», notamos la función propia, en aposición, de 27 *ligero* y la realización como sustantivo en 29 «el lisonjero»; v. q., en orden inverso, 16 «el vano»: 18 *soberano*, adjetivo atributivo.

C) Desglosando en términos entre métricos y sintácticos lo que hemos visto acerca de la relación entre pausa versal y pausa sintáctica, confirmaremos la impresión que hemos tenido de la gran variedad del dictado luisiano y asentaremos las bases para comparar el verso con la prosa.

1.1. Entre las estrofas hay varios grados y modalidades de unión; que es absoluta por el encabalgamiento en IV-V y V-VI; se hace por con-

junción copulativa en XI-XII (a las que volveremos seguidamente), adversativa, en VII-VIII, ilativa, según se dijo, en VIII-IX; de tipo implícito, por el grado comparativo del adjetivo *bueno* (31), en VI-VII. La unión es formal, por paralelismo atenuado en III-IV («¿Qué tienes...?; Qué fe...»); por la geminación contigua, con poliptoton, en XVII-XVIII («... te presento / preséntote...»), en lugares paralelos, en versos sucesivos, en IX-X (donde se repite «las llamas»); en lugar paralelo aproximado en el exordio de las estrofas I y II (donde se repite el adv. *ya*). En la estr. xiii se desarrollan las acciones anunciadas en el último verso de la anterior; en la estr. xvi, si optamos por la lección *Lo que*, se resumen asimismo las acciones implícitas en los nombres de los órganos enumerados en la estrofa anterior (v. i. G 2.2.1.4).

En XI-XII la unión por la conj. cop. *y* va al hilo de la narración si se une 55 «buscó» con lo que sigue. Hay unión asindética entre las estrs. XIII-XIV (como de acción a palabras concomitantes), y en XIV-XV, entre la invocación y el ofrecimiento. Las estrs. X, XVI-XVII también van a modo de interpretación personal o glosa, asindética, por entre el contenido narrativo. La última, XVIII, unida a la precedente por geminación del verbo *presentar*, según vimos, sirve de transición entre la glosa y la doxología final.

El conjunto sintáctico mayor es, pues, el de los vv. 11-26, que ocupa las estrs. III-V y rebosa en el primer verso de la estr. VI. También la estrofa IX está unida a la que precede por la conj. ilativa *que*, y a la que le sigue por la geminación. Abarcaría dos estrs. (XI y XII) los vv 51-66 si no fuera porque en el v. 55 interviene la proposición «buscó la vida», que puede considerarse como un inciso o como el arranque de lo que sigue.

1.2. Las estrofas presentan en su interior una hechura sintáctica unitaria o están subdivididas en dos o más segmentos, con una variedad de realizaciones y distribución de grupos sintácticos y cláusulas melódicas que no es menor que la que hemos observado respecto a la unión o yuxtaposición, en el apartado precedente.

Están constituidas por una sola unidad sintáctica las estrs. XI y XII (ésta, con la salvedad, que dijimos, de estar introducida por la conjunción copulativa), XIV (prescindiendo del *verbum dicendi* sobreordinado) y XVIII.

Contienen dos unidades sintácticas la estr. i (si se considera el discurso directo como complemento), VIII y XV.

Contienen tres las estrs. XIII y XIV, a la que podemos agregar la estrofa VI, cuyo primer verso está ocupado en parte por el rebose de la estr. anterior.

Contiene cuatro, la estr. XVII, con la que se puede comparar la estrofa XI, con tres proposiciones unidas por la conj. cop. y, y la cuarta asindética, pero unida a la estrofa siguiente por y, según dijimos.

1.2.1. A propósito de la unión o asíndesis de las unidades sintácticas notamos también una variedad notable, en cuanto el nexo copulativo explícito se da no sólo entre las dos últimas unidades, como es de norma (así en las estrs. XIII y XIV), sino entre las dos primeras (estr. XVI) o entre todas, menos la última (estr. XI). En la estr. VI, introducida por la conjunción copulativa, hay luego asíndesis entre los elementos. También hay asíndeton entre las unidades subordinadas paralelas de los vv. 17-25. Con lo que la variedad que observamos en la juntura de las estrofas se repite dentro de ellas.

2. Si luego establecemos la comparación entre la sintaxis y el verso observaremos que el endecasílabo y el heptasílabo se prestan para cobijar oraciones o cláusulas melódicas (compárense 15 «y el alma hecha sierva a vicio bruto» y Salmo 103, v. 5 «quedamos polvo hechos», vol II, página 1000, donde la relación es inversa a la extensión del verso), y también fragmentos de las mismas, como se ha visto en el estudio del encabalgamiento (II B 6.2.2). Proponemos aquí, pues, la lista de las coincidencias entre pausas sintácticas y versales procediendo por tipo de verso y oración más o menos independiente o grupo melódico.

2.1.1. Coinciden con el endecasílabo la oración exclamativa (según nuestra interpretación), 37 «¡tanto nos es el cielo piadoso!», y las enunciativas 30 «tú quedas entregada al dolor fiero», 85 «y lo que me condena te presento» (donde, sin embargo, la primera va unida con lo anterior por el antecedente implícito del adverbio ponderativo; las otras dos, por el pronombre personal sujeto diferenciador y por la conjunción copulativa).

Tenemos endecasílabo=oración independiente seguida de una oración subordinada (dentro del tonema interrogativo que arranca del *verbum dicendi* precedente) en 5 «Recoge, Elisa, el pie, que vuela el día».

2.1.2. De la coincidencia entre endecasílabo y cláusula melódica tenemos aquí tres ejemplos, que en otro contexto podrían constituir ora-

ciones independientes: 40 «en breve del dolor saca reposo», 45 «las llamas apagó del fuego ardiente», 60 «sus manos, boca y ojos lo hacían». Coincide con la cláusula melódica constituida por la oración de relativo sin antecedente 25 «por quien nunca tuviste acuerdo alguno», 62 «al que su torpe mal lavando estaba», o por el elemento sintáctico más su modificación: 15 «y el alma hecha sierva a vicio bruto», 57 «a los divinos pies (,) que la traían» (si consideráramos la oración como especificativa, 87 «tan malamente herido cual conviene»), 90 «dé muestra que por siglos mil resuene». Contiene dos cláusulas melódicas, 50 «al huésped arrogante, en bien fingido» y el v. 57 si interpretamos la oración de relativo como explicativa.

2.2.1. Coinciden con el heptasílabo la oración exhortativa 81 «Bañen tus pies mis ojos», y, la enunciativa con conj. adversativa *mas* (comparable con lat. *autem*), 36 «Mas hora no hay tardía», y la frase con *verbum dicendi* 4 «¡ay!, ¿yo no te decía?».

2.2.2. Podrían ser también independientes 8 «ingratos se desvían», 16 «¿Qué fe te guarda el vano?», 23 «el cielo fatigaste» y, si no fuera por el pronombre personal (y su posición), 84 «les dé besos sin cuento». Por lo demás, tenemos aquí también las oraciones de relativo restrictivo: 6 «Ya los que prometían», 76 «La que sudó en tu ofensa», 89 «de cuanto saber tiene» y, en número mayor, las de relativo especificativas: 49 «que no fue concedido», 13 «que tu labor te ha dado», 64 «que la cabeza ornaba». Agréguese la subordinada temporal: 38 «en cuanto dura el día», la aposición modificada: 51 «de amor guiada y pena», 44 «con el amor ferviente» (en nuestra interpretación v. s. I A 6.3.1), los complementos de término: 18 «a tu bien soberano», y circunstancial: 24 «con gemido importuno».

2.3.1. De por sí las unidades sintácticas producen el efecto menos grato en 36-37

Mas hora no hay tardía,  
¡tanto nos es el cielo piadoso!,

que algunos, por lo mismo, quieren unir con lo que sigue, y que puede compararse, con desventaja, con la paráfrasis, tampoco muy feliz, del Salmo 41, vv. 38-40

En tanto quiero,  
mientras la noche dura,  
cantalle y suplicalle con fe pura.  
(vol. II, p. 987).

2.3.2. Agrupadas caben unidades sintácticas completas, en el heptasílabo+endecasílabo, con pausa versal más o menos marcada; a saber:

4-5 ¡ay!, ¿yo no te decía:  
—Recoge, Elisa, el pie, que vuela el día?

61-62 Lavaba larga en lloro  
al que su torpe mal lavando estaba

y en dos heptasílabos más un endecasílabo:

38-40 mientras que dura el día,  
el pecho hervoroso  
en breve del dolor saca reposo

o con un endecasílabo intercalado:

6-8 Ya los que prometían  
durar en tu servicio eternamente,  
ingratos se desvían,

que podrían ser de la prosa rítmica —y rimada— si no fuera por peculiaridades de otra índole, como son la adjetivación, ya mencionada, en 30 «tú quedas entregada al dolor fiero» (en prosa se diría «tú quedas entregada al dolor») y el hipérbaton en 45 «las llamas apagó del fuego ardiente», que, además, desborda con una repetición en el verso siguiente: 46-47 «las llamas del malvado / amor...».

Los grupos melódicos versales enumerados, excepto los del último apartado, se unen con otros encabalgados; de cuya mezcla y variedad se deriva el arte de la lira. Agregaremos aquí que los encabalgamientos, como para contrarrestar el efecto de conversión en prosa que producirían, van acompañados por el hipérbaton (cf. 82-83) o por la anteposición del adjetivo (cf. 11-12, 20-21, 53-54, 79-80), y por la disposición por miembros crecientes de «tan profanos» respecto a «vanos» en 72-75 «aquestas manos / ... / ... / te ofrezco, y estos labios tan profanos».

Por lo demás, el juego de las rimas, con lo que comporta para una leve separación entre los versos encabalgados, asegura cierta distancia-ción de la prosa.

D) Muchas veces, a lo largo de nuestra exposición, hubiéramos querido contar con un estudio gráfico-fonético morfosintáctico, léxico y estilístico-retórico de la lengua de Fr. Luis. Intentaremos ofrecer aquí unos datos referidos a nuestra oda, supliendo en una pequeña parte a la penuria de la bibliografía luisiana en estos aspectos. El estudio de la sintaxis empalmará con el de la entonación y metro, y abocará, junto al del léxico, al estilístico-retórico y de la elaboración poética del tema.

*Grafía y fonética.* No hemos intervenido en la grafía modernizadora de las ediciones que hemos tenido a la vista, excepto en 52 *extraño*, 67 *extremo*, que cuesta escribir con [x]. Observamos que la ausencia (?) de la prep. *a* se da en las odas ante 70 *aqueste*; cf. III 39-40 «sin ser restituido / jamás <a> aqueste bajo y vil sentido». 57 *la traían* en rigor podría estar por *l'atraían*. Ni la inflexión vocálica en 26 *mesmo* (que no es más arcaica, ya que en el siglo XIII teníamos *mismo* como forma predominante en los textos estudiados por nosotros) ni la simplificación del grupo consonántico en 88 *perfeto*, ni la aglutinación en 34 *habello* han de considerarse como vulgarismos en la época de Fr. Luis. Tal vez lo parecería 39 *hervoroso* a los recensores del texto que prefieren *fervoroso* (v. s. A 6.3) por ser evidente el nexa con *hervir* (cf. *Nombres*, «cuando la melancolía hierve y humea», p. 159). 19 *Mal proveíd(o)* debería escribirse en un solo tramo como *malherido*; pero los editores han dado en escribirlo en dos, como xiv (xvi), 9 *mal osado*, para el que la separación parece inducida por la conveniencia de marcar el contorno de las sílabas. 29 *Lida* es sospechoso, pero no hallamos registrada ninguna variante.

E) *Morfosintaxis*. 1.1. Se realizan como sustantivos, en singular, 16 *vano* y 29 *lisonjero*; pero hemos de adelantar aquí que 16 «el vano» no surte en la sintaxis el mismo efecto que, p. ej., «el hombre»; v. i. E 10.6.

1.2. El número singular está lexicalizado en la loc. adv. 43 «en breve hora», en el nombre metafórico 12 *fruto*, en la frase 5 *recoger el pie* (pero cf. IX 19-20 *poner los pasos*); también podría estarlo en 55 «ojo mofador» si se considera moldeado en otras frases con *ojo* (cf. hoy «ojo avizor»), y, hasta cierto punto, en 10 «el negro diente», también según el tipo *hincar el diente*, aunque la rima aparece aquí determinante; cf. *Libro de buen amor* 357c «avía buenos colmillos, buena boca e buen diente», y en IX 67-68 «atapa / la oreja» (frente a ib. 66 *cerrar los ojos*). Son del lenguaje poético 5 «vuela el día» y 24 «con gemido importuno» (cf. IX 47 «el inmortal cuidado»). En 15 «hecha sierva a vicio bruto» el número de *vicio* corre paralelo con la ausencia del artículo determinado (v. i. 3).

2 *Cabello* alterna con 82 *cabellos*; en cambio, 23, 32 *cielo* se da sólo en singular.

El pl. en 22 *celos* está lexicalizado. El del sust. «abstracto» 69 *mal* en 77 «mis males» es concretizador. A *enojo* le es connatural el pl. 83 *enjos*

(cf. *La perfecta casada*, «meterle [al marido] en enojos y cuidados», página 269; aunque ocasionalmente se dé también el sing., v. i. I A 6.1). Aparece en pl. también en la forma predicativa; cf. xviii (xix) 13 «Que no les sea enojos». Por el número contrasta con el cercano *tormento*, que se halla generalmente en sing., en la estela de cast. arc. *tormenta* f. <lat. *tormenta* (con valor de singular en autores eclesiásticos; confróntese DCECH).

1.2.1. El número ocasiona una *constructio ad sensum* en 58-59 «lo que la... / gente olvidado habían».

2. Se emplean como adjetivos 66 *solo* y 69 *tanto* 'tan grande', ya usual con *mal* (cf. Fr. Luis a los inquisidores: «Nunca pasó en mi pensamiento que había tanto mal en hombres que se llaman cristianos»<sup>56</sup>) y en el ámbito de los lexemas *manantial*. No consideramos *debido* en 17-18 «la debida / a tu bien soberano» como conmutación del verbo finito, \* 'la que tú debías' (v. i. F 7). Están más o menos lexicalizados también los participios 19 (*mal*) *proveído*, 11 *pasado*, 20 *querido* y 47 *encendido*, además de 52 *atrevido*; está lexicalizado como adjetivo 45 *ardiente* (pero posiblemente no 44 *ferviente*, sobre el que volveremos en 5.3.1), y el sintagma 84 *sin cuento*. El frecuente uso adjetival de este tipo (con *con* o *sin*; cf. IX 55 «se van con más provecho», en correspondencia con *doctior* del modelo), ocasionó la variante 10 «con rugas [la frente], y afeado el negro diente» de la edición de Quevedo. Son sintagmas de tipo semítico, calcados en el latín eclesiástico, 35 *de santidad* (cuyo equivalente *santo* aparece en la edición que acabamos de nombrar), y probablemente 82 *de tormento* (véase en relación opuesta 79 *mortal* respecto a \* «de muerte» y cf. *Nombres* «pan de valentía», p. 534, si se toma con valor especificativo; v. s. II B 1.7.2). La oración de relativo 32-33 «que del cielo / te vino» desentraña el sentido del adj. *celestial* haciendo explícita la idea de procedencia (cf. IV 5 «el rico don que el cielo les envía»).

36 *Tardío* señala sin más la relatividad temporal (cf. hoy «es tarde» frente a ital. «è troppo tardi»; huelga recordar que esp. *demasiado* era un lexema autónomo con el valor de 'exagerado'; cf. *La perfecta casada* «este aderezo muelle y demasiado», p. 312). Se emplea en grado comparativo 47 *encendido* (confirmando su naturaleza de adjetivo). Para la sustitución del adjetivo de grado superlativo v. i. G 2.1.

37 *Piadoso* equivale a 'que tiene piedad (o misericordia) de' y por tanto revierte en el complemento indirecto pronominal. 35 *Ajeno*, tam-

<sup>56</sup> *Documentos inéditos para la Historia de España (Docs.)*, vol. II, pág. 57.

bién relativo, lleva el complemento de separación introducido con *a*: «ajeno al polvo, al suelo»; lo que posiblemente ocasionó la variante que acogen varios testimonios, por ser más frecuente *ajeno de*, que aquí impediría la sinalefa (cf. ad Job. 3:1 «Ni menos es ajeno del buen sufrimiento que desee el que padece...», vol. II, p. 66; *Nombres* «ajeno de vicio», p. 818).

Para la posición del adjetivo respecto al nombre que modifica, v. i. 4.1.2.3.1. El artículo determinado ante nombre «abstracto» modificado en 30 «entregada al dolor fiero», alterna con Ø en 15 «hecha sierva a vicio bruto» (var.), aquí omitido por latinismo, ya que la relación con el concepto específico designado parece ser la misma. Ante conceptos «abstractos» escuetos tenemos, por lo demás, Ø cf. ix 31 «no fies en viveza» y aquí 32 «el don de hermosura», 50 «en bien fingido», 51 «de amor guiada». La presencia del art. det. ante segundo término de comparación es opcional; aquí lo tenemos en 27-28 «más ligero / que el ave».

Para el artículo determinado ante nombres de partes del cuerpo, complemento, en 64 «que la cabeza ornaba», v. i. 5.1.2.

Sin artículo determinado se forma ad hoc el sintagma 34 «en velo» sobre el que volveremos más abajo.

3.2. El artículo indeterminado se halla en contexto positivo 88 «un médico perfeto» (con función que implícitamente es predicativa respecto al nombre propio); tenemos Ø en contexto negativo: 36 «mas hora no hay tardía». Su avance limitado permite que el sintagma 90 *dar muestra* pueda desglosarse hoy con «dar una muestra».

4.1.1.1. El pronombre personal sujeto indica contraposición en 17 «por quien tú...» y en 30 «tú quedas...» (pero precedido aquí en el v. 26 por Ø de la oración anterior que representa el proseguimiento del indeterminado 25 «por quien»; cf. IX 61 Ø 62 «mas él»). En el v. 4 «yo no te decía», aparte la función de distinguir la tercera persona de sing. del imperfecto de indicativo de la primera, señala la participación del autor-protagonista en el relato.

*Mesmo* especifica el pronombre personal disyuntivo en 26 «de ti mesma», pero no necesariamente como se ve en textos análogos con o sin (*me*)*smo* desde los orígenes del idioma y en el propio Fr. Luis.

4.1.1.2. Todavía se distingue entre la posición del pronombre personal átono, enclítica tras pausa: 86 «Preséntote», proclítica, en el interior del discurso: 85 «y lo que me condena te presento».

4.1.2. La modificación de nombres de partes del cuerpo, complemento, por medio de artículo determinado en lugar de posesivo (v. s. 3.1) se da en el pasaje donde sigue un verso que contiene dos nombres modificados por *su*. En otras odas, sin embargo, la misma sustitución obedece al parecer a fines estilísticos (cf. oda XI(XVI) 26-28).

Observamos particularmente el uso del adjetivo posesivo con un valor no subjetivo, sino objetivo, no sólo en sintagmas como 76 «tu ofensa», 78 «mi defensa», sino en 65 «su paz» (que puede compararse con lo que escribe Fr. Luis bajo el *Nombre* «Príncipe de paz»: «con solo Él se puede tener aquesto que es paz», pág. 637); y en 65 «su limpieza», para el que la comparación con el uso corriente está a la mano pero cuya comprensión en este pasaje (a pesar de lo que constatamos en I A 6.1 depende del contexto (no sin motivo 65 «su limpieza» va precedido de la otra metáfora más explícita del v. 62 «al que su torpe mal lavando estaba»).

En la poesía profana se habían fijado también como estilemas algunas expresiones cual «mi luz» (cf. el exordio del soneto «Agora con la aurora se levanta / mi luz»).

Por lo demás, no sin razón, a lo largo de la obra del escritor salmantino, como también de la de sus contemporáneos, hallamos explicaciones como la de *Nombres*, «porque por su amor, digo: el que los suyos le tienen», pág. 761; o la aclaración aflora en la variante; cf. ib. «con solas sus nuevas», pág. 750, donde la edición de Salamanca, 1585, suena: «con las nuevas que Dios les dió dél»<sup>57</sup>.

En 18 «tu bien soberano», el adjetivo posesivo, aquí entre subjetivo y objetivo, particulariza un concepto que de por sí sería universal.

Para el genitivo «objetivo» v. i. E 7.

En 27 «rico de tus despojos», si se toma la frase como del lenguaje militar (lat. «locupletatus spoliis»; cf. el uso autónomo de *despojos* en *La perfecta casada* «uno de los gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos», pág. 345), habría que interpretar el adjetivo posesivo como condensación de un complemento de procedencia 'rico de los despojos que él había ganado de ti'. Según otra interpretación que exploraremos luego (v. i. F.6.2), podría llegar a interpretarse el adjetivo posesivo como subjetivo.

4.2. Del pronombre o adjetivo demostrativo tenemos tanto la forma 75 *este* como 72, 74 *aqueste* (cf. hoy *aquel*), pero en una proporción muy superior a la de la prosa, donde la forma compuesta aparece sólo esporádicamente.

<sup>57</sup> Véase el aparato de la edición de C. Cuevas (Madrid, 1982), pág. 593.

El morfema *la* ante *debida* en 16-18 «¿Qué fe te guarda el vano, / por quien tú no guardaste la debida / a tu bien soberano» puede clasificarse en la categoría pronominal; cf. ital. «quella dovuta», y, por otra parte, *Nombres*, «esta flaca», pág. 718, con la sustantivación del adjetivo tras adjetivo demostrativo. Para *debido* v. s. 2.

4.3. El pronombre relativo restrictivo aparece en la forma *quien* 72 «quien todo lo perdió» y en la forma 62 *el que; lo que* en 58, 76 (var. *la que*), y 85.

4.3.1. La amplia gama de referentes que admiten el art. y pron. *lo* en los escritos de Fr. Luis, apunta hacia la dificultad de determinar el del pron. rel. restrictivo *lo que* en el v. 85. Diremos luego las razones que nos inclinan hacia la forma neutra (principalmente por la mayor condensación sintáctica que implica, y citamos aquí el pasaje paralelo en Malón de Chaide: «Esto nos enseña aquí la Magdalena empleando en servir a Cristo todo cuanto en otro tiempo había empleado en servir al mundo y su vanidad» (III 58.26).

4.4. El interr. *qué* funciona como pron. en 11 «Qué tienes del...», 71 «¿Qué podrá ofrecerte...», y como adjetivo en 16 «¿Qué fe te guarda...» (donde la contestación no es el tipo de fe, sino 'ninguna'); 12 *cuál* funciona como predicativo.

4.5. *Tanto* aparece en su forma no apocopada también cuando se emplea como adverbio en 37 «Tanto nos es el cielo piadoso».

Su función aquí es ponderativa (aunque no se acentúe) a la par que la de *cuanto*, que hallamos en la exclamación: 31 «¡Oh cuánto mejor fuera», y en el enunciado: 89-90 «de cuanto saber tiene / dé muestra» (v. s. I A 4.11 y 6.4) sin que podamos regularizar la ortografía.

Para *tanto*, adjetivo en 69 «de tanto mal» v. s. 2.

Hay asimetría entre *tal* y *cual* 86-87 «un sujeto / tan mortalmente herido cual conviene», a cuyo propósito hemos de observar que al lado de correlaciones normales como la de la oda xix(xx) 94-95 *cuanto... tanto*, se dan otras en que el uso (o la ausencia) de *cual* o *tal* marca la irregularidad o condensación sintáctica, como en los pasajes siguientes de la Égl. IV, 28-30 «Mezclado con los dioses soberanos / de vida gozara cual ellos, llena / de bienes deleitosos y no vanos; », 5-6 «el campo sea / que merezca del cónsul ser oído».

En la última estr., la correlación aproximada (v. i. E 4.5) entre *tan* y *cual* haría que leyésemos el verso en un solo tramo con una pausa breve al final antes de introducir la oración de relativo explicativa; pero considerando que la mala herida no «conviene» en sí, sino que es commensurada a la demostración o milagro que ha de hacer el buen médico, hacemos una pausa más breve ante el adv. *do* bien sea relativo o conjuntivo.

*Todo* aparece como pronombre en 72 «quien todo lo perdió», como adjetivo predicativo en vilo con la función adverbial en 56 «toda derrocada» (v. q. s. I B.3).

*Uno* rima con el pron. indef. *alguno* en 22/25; su empleo en 22 «por quien uno», 'uno solo', se ha registrado entre latinismos<sup>58</sup> (Lapesa); debe tenerse en cuenta, sin embargo, que no es exclusivo de la poesía; cf. *Nombres* «com es una la salud, así es uno el cuerpo», pág. 344, «muchos se reducen a uno» ib., p. 516, «fue esta la una» ib., pág. 824 y ad Job. 1:4 «con ser muchos, eran en la voluntad como uno», vol. I, p. 40, ib. 1:8 «como este uno», pág. 45. En ello pudo influir el uso de *uno* justamente en los textos bíblicos, con frases como «seamos todos uno» *Nombres*, pág. 659, donde se trasluce Jn. 10:3 «Yo y el Padre somos una cosa» citado ib. 697, y también otras, menos señaladas en lo doctrinal, pero frecuentes, como Prov. 1:14 «marsuppium unum sit omnium nostrum». El hecho de que los textos religiosos aparezcan trasfundidos a lo profano (cf. Covarrubias, «Dizen los niños: Ganso, pato y ansarón tres y uno son» [o «tres cosas en una son»] *Tesoro* s. v. ansar), supone el apoyo de un uso más general.

53 *Ajeno*, aunque de por sí adjetivo, linda con el pronombre; incluye a todos los que no se identifican con el sujeto.

5.1. Entre los verbos notamos que se usa como transitivo *penetrar*, 52 «penetra el techo extraño» [v. q. xix (xx) 17-18 «tus umbrales / penetrará jamás»]; cf. *Nombres* «penetrar el desierto» (pág. 470); como en latín clásico y eclesiástico (cf. el himno AH 12.293). 3a-b «Quo quaeamus politica / penetrare palatia». También se da el uso preposicional xiii 58 «penetra al centro». 76 *Sudar* se emplea como *trabajar* en sentido absoluto. Así también 21 *velar*.

5.2. Además de 71 *poder*, funciona como modal el verbo *quedar* en 30 «tú quedas entregada...», que ha de leerse en un tramo, aunque la

<sup>58</sup> En el ensayo de R. LAPESA, «El cultismo en la poesía de Fr. L. d. L.» (recogido ahora en *Poetas y prosistas de ayer y hoy*, Madrid, BRH, 1977), pág. 114.

cercanía de 28 *huir* podría reavivar algo de su valor autónomo. No es de excluir la posibilidad de que 57 *traer* forme sintagma con *derrocado*, en vista de su uso frecuente como semiauxiliar; cf. *Nombres*, «doquier que le vea, desea traerle ella así siempre... añudado con su corazón» (página 678).

5.3.1. Podemos considerar *ferviente* como participio presente no lexicalizado en 44 «con el amor ferviente» si Fr. Luis se hace eco de expresiones como «*fervens amore valido*» (AH 43.394.4.1); en cuyo caso *ferviente*, referido al sujeto, se desempareja de 45 *ardiente* (v. q. s. A 6.3.1).

5.3.2.1. Ya hemos visto los participios adjetivados, entre los que dudábamos si incluir 47 *encendido*. Es de voz pasiva 87 *herido*; lo son también, pero se suspende el valor de la pasividad, 43 *dañado*, y 10 *afeado*.

Son participios de tipo medio 73 *osado* y 18 *mal proveído* (cuya diferencia, en cuanto éste ya ha sido citado entre los adjetivos, se confirma ahora por el hecho de que *osado* aparece con régimen). La naturaleza de voz «media» de *proveído* puede constatarse ahora por comparación con el uso pasivo de la misma voz; así Fr. Luis en su proceso: «La Iglesia latina que fue en tiempo de S. Agustín... no fue menos querida y proveída de Dios» Docs. *loc. cit.*, p. 62. *Derrocado* lo emplea Fr. Luis, y la lengua de la época, como forma pasiva de *derrocar* (cf. xi 36 «de un torbellino / traidor acometido y derrocado»), cuya voz aparecería aquí si estuviera regido por *traer* (v. s. 5.2). Según el uso más corriente en este contexto, sin embargo, debe interpretarse como de voz media, en correspondencia con *derrocarse*.

5.3.2.2. 61-62 «Lavaba... / al que su torpe mal lavando estaba» comparado con «*Christum lavit a quo lota*» (v. s. I A 5.12), nos da la medida del predominio de la voz activa en español. Otro ejemplo es el de 32-33 «que del cielo te vino» si se compara con tantos pasajes bíblicos como Ecl. 9:9 «*cunctis diebus vitae... qui dati sunt tibi sub sole*».

La voz pasiva está asumida por la lengua corriente en los sintagmas con *hacer*: 15 «hecha sierva»; v. q. Salmo 103:64 «quedamos polvo hechos», ya citado.

5.4. Aparte el presente, intrínseco en el imperativo, que se da una sola vez, en el v. 5, frente a nueve imperativos o formas exhortativas en la oda ix, y aparte el presente sapiencial o gnómico que se da a modo de máxima en los vv. 39-40 «el pecho hervoroso / en breve del dolor saca reposo», los tiempos que predominan son los de la narración de he-

chos puntuales: el pretérito indefinido 20 «perdiste», 45 «apagó», 48 «con- siguió» y el presente histórico: 52 «penetra», 53 «ofrécese». De este tipo sería también la variante 55 «busca la vida», si no se interpretara como glosa de un hecho trascendente (puede ser uno u otro también 54 «olvi- da»). Por razones de métrica (v. s. II B 3) preferimos «buscó la vida» leyendo el último segmento de la lira como preparación de lo que sigue (v. s. II C 1.1).

En el pretérito indefinido se hallan también verbos y frases verbales que expresan acciones durativas: 17 «(no) guardaste», 21 «velaste», 22 «ardiste», 23 «fatigaste», 25 «tuviste», 76 «sudó».

La realidad contemplada se expresa con el imperfecto de indicativo: 60 «lo hacían», 61 «lavaba», 63 «limpiaba», 64 «ornaba», 65 «daba», que sirve también para indicar iteración en el pasado, 4 «¿yo, no te decía?», 6 «los que prometían». La forma progresiva, 62 «lavando estaba», expresa contemporaneidad de un modo explícito que hubiera sido imposi- ble en los himnos latinos.

Con el pretérito perfecto se describen los hechos que surten efecto en el presente: 1-3 «... elpreciado / cabello... / la nieve ha variado», 12-13 «... el fruto / ... que te ha dado», y en el infinitivo: 34 «habello dado».

El pluscuamperfecto describe la acción anterior al tiempo pasado: 58-59 «lo que... / ... olvidado habían».

La forma de subjuntivo en *-ra* mantiene el valor de pluscuamperfecto en 31 «¡Oh cuánto mejor fuera!»<sup>59</sup>, aunque aquí el portador de la ante- rioridad es el infinitivo ya citado «habello dado».

El pretérito indefinido invade el terreno del pretérito perfecto en 72 «quien todo lo perdió», y del pluscuamperfecto en 32-33, si se toma la frase relativa como explicativa (v. s. I B 1.7.2): «el don de hermosura, que del cielo / te vino».

6. *Herido* va modificado por *malamente* en el v. 87 y éste a su vez por *tan*; pero en vista de lo que se dirá a propósito del lexema (v. i. F 1) anticipamos aquí que *tan* modifica el concepto de 'malherido'.

*Ya* se emplea con valor temporal y modifica tanto el presente his- tórico, en 6-8, como el pretérito perfecto, en 1-3; en ambos casos podría traducirse con ital. *ormai*.

La forma arcaica *do* se halla más en poesía que en prosa, con el sentido de 'donde'; cf. II, 33-34 «y do se muestra escuro / el cielo...»,

<sup>59</sup> Cf. H. KENISTON, *The Syntax of Castilian Prose in the Sixteenth Century* (Chi- cago, Universidad de Ch., 1937), § 32.8.

y hasta 'de donde'; cf. VIII, 47-48 «y va en pos de ella / la luz do el saber llueve». Con 86 *sujeto* como antecedente, 88 *do* podría tener este segundo sentido si lo referimos a persona (v. i. E 11).

7. La prep. *a* se halla ante complemento directo con ser animado: 29-30 «adora / a Lidia». Tenemos  $\emptyset$  ante sustituto del nombre de persona (si es tal; v. s. I B 3) precedido de artículo indeterminado: 86 «Preséntote un sujeto», y ante nombre de entidad inanimada: 23 «el cielo fatigaste» (aunque *cielo* sea sustituto de *Dios*); v. q. 55 «buscó la vida»; asimismo ante nombre de parte del cuerpo que representa por sinécdoque a la persona: 54-55 «olvida / el ojo mofador»; para *ajeno a* v. s. 2. La preposición *de* introduce el genitivo objetivo en los vv. 68 y 69, el de procedencia en 32/-33 «que del cielo / te vino», y, según algunos, en 20-21 «perdiste de tu seno la querida / prenda», donde nosotros interpretamos «del seno» como genitivo subjetivo.

La prep. *por* introduce el complemento de causa en los vv. 17, 19, 21, 22 (bis), 25; introduce concisamente el infinitivo: «por no mirar (v. q. xix(xx) 30 «por ver»).

Para *con*, que introduce el complemento instrumental en 10 «con rugas afeada» v. q. s. II B 2.

La prep. *en* da pie para una construcción que podríamos llamar abreviada, por concisa, 34 «en velo», que por la ausencia del artículo puede compararse con I 45 «ya muestra en esperanza el fruto cierto», y por la estructura sintáctica con V. 25 «dejar en la riqueza pobre al dueño».

8. La conjunción *y* en 26 «y agora...» marca una contraposición. *En cuanto* en 38 «en cuanto dura el día» equivale al actual *en tanto que*. *En cuanto* es muy corriente en la prosa de la época (cf. Keniston 28.56 «En cuanto en este mundo vivimos») y en la de Fr. Luis. Igual frecuencia podría esgrimirse para *mientras (que)* de la variante; cf. Salmo 41.38-40 «en tanto quiero, / mientras la noche dura, / cantalle y suplicalle».

No distinguimos en la grafía y prosodia entre 12 «si no dolor» y 14 «si no es tristeza».

9. La interjección ¡ay! va antepuesta a preguntas enfáticas (del mismo modo en las dos, por lo que unificamos la puntuación): 4 «¡ay!, ¿yo no te decía?», 71 «¡Ay!, ¿qué podrá ofrecerte?».

10.1.1. Hemos visto arriba (II C 2) algunas oraciones simples que enumeramos por coincidir con el verso. Agregamos ahora la oración simple en su mínima expresión constituida por el *verbum dicendi* sin

complemento, 66 «Decía», y otra de los vv. 66-70, que produce un efecto similar a las complejas por repetirse el sujeto en forma de vocativo.

10.1.2. De su propia naturaleza se integran en la oración simple las de relativo restrictivo, bien como sujeto (6), o como complemento directo (58-59, 85; ya las enumeramos al tratar de las cláusulas melódicas en C 2.1.2). También observamos el pronombre relativo restrictivo de genitivo subjetivo combinado según la sintaxis de la época con el dativo, 33 «a cuyo era»; y, por otra parte, las oraciones de relativo especificativas 12-13 «¿Cuál es el fruto / que tu labor te ha dado (?)», 58-59 «y consiguió el estado / que no fue concedido...», 63-64 «limpiaba con el oro / que la cabeza ornaba...» [donde la (,) con que puntúan algunos hace de *oro* una metonimia por 'un objeto de oro'], y posiblemente (por lo que se dijo en II E 2), 32-33 «el don de hermosura que del cielo te vino».

10.1.3. Como elemento subordinado entra en la oración el infinitivo sujeto: 34 «habello dado», complemento 6-7 «los que prometían / durar en tu servicio», y en la frase final: 9 «por no mirar...».

10.1.4. La oración interrogativa simple con respuesta incorporada produce también efecto de condensación sintáctica en los vv. 11-12 (véase también 12-15, donde la oración interrogativa es compuesta por contener una oración de relativo).

10.1.5.1. La oración se expande en su interior por la aposición, que puede ser de tipo adjetivo: 27 «rico de tus despojos», 44 «con el amor ferviente» (según nuestra interpretación), 51 «de amor guiada y pena...», 56-57 «y toda derrocada / a los divinos pies...», y, con la concesión incorporada: 42-43 «bien que perdidamente / dañada». A este tipo asimilamos también 27-28 «más ligero que el ave huye», aunque la ligereza debería decirse de la huida (para la puntuación v. i. E 1.2.2.2.4).

10.1.5.2. La aposición predicativa, en vilo con la función adverbial, es la que se da en 19-20 «por quien mal proveída / perdiste» y en 52-55 «y atrevida / ofrécese a la ajena / presencia, y sabia olvida / el ojo mofador;» que en nuestro ensayo sobre la oda ix «A Querinto» hemos yuxtapuesto a estos pasajes análogos y característicos también de aquella oda: 47 «sabio no aplicó...», y en la forma imperativa: 66-68 «Si a ti se presentare, / los ojos sabio cierra; firme atapa / la oreja, si llamare».

Son éstas unas construcciones latinizantes que en la oda ix asimilábamos a Horacio, Epist. I 2 19-20 «qui... providus urbis / et mores hominum

inspexit,» 24 «quae si... stultus cupidusque bibisset»; a cuyos ejemplos podríamos agregar otros análogos de la poesía italiana.

10.1.6. De transición entre la oración simple y la subordinada sirva la larga lista de frases encabezadas con *por quien* en los vv. 17-26, donde tras una primera oración introducida por el pronombre relativo que allí tiene valor más bien de ilación (en alemán se llamaría «relativer Anschluss») tenemos una serie de oraciones yuxtapuestas en las que el pronombre surte un efecto anafórico.

10.2. Con lo que hemos pasado casi insensiblemente de la oración simple a la compuesta, cuya serie integramos con la oración temporal (que en realidad corresponde a un complemento de tiempo antepuesto, 36 «en cuanto dura el día») y con otras, causal e ilativa, de nexo muy leve, 5 «que vuela el día»; 41 «que la gentil señora...»; habremos de constatar que la subordinación sintáctica es netamente minoritaria en nuestra oda, en la que, según vimos en C 1.2.1, predomina la coordinación, por nexo copulativo de pensamiento.

11. Volveremos más abajo sobre la unidad de la estrofa (y el eventual aislamiento, como contrapunto, del segmento final). En esta parte sintáctica, antes de pasar al apartado sobre el orden de las palabras, donde integraremos nuestra constatación de la circularidad del período, queremos reconocer también ciertos tropiezos en la perfección de la lira.

En la estr. XII el exordio 56 «y toda derrocada» nos haría esperar que la Magdalena fuera el sujeto hasta el final; con un viraje casi imperceptible pasamos, en cambio, a 60 «sus manos, boca y ojos lo hacían».

El v. 85 «y lo que me condena te presento» está unido de un modo asimétrico con lo que precede, con *lo que* como anafórico respecto a los nombres sujeto de los versos anteriores, y preparando la repetición «présentote un sujeto», respecto a cuyo complemento, *objeto*, el pronombre relativo podría ser también catafórico (v. q. s. D 4.2.1).

En la estr. XVIII y última, enderezada hacia su conclusión predilecta sobre la fama (v. s. A 5.2.2), Fr. Luis une 86 «un sujeto» con 87 *do*, no sin introducir de un modo algo incongruo, según vimos (E 4.5) el sintagma «cual conviene». En la oda ix, el v. 40 «por do por siglos mil su fama suena» remata la estrofa (que no es la última), de modo más perspicuo y regular.

12.1. El orden de las palabras acompaña el variado fluir de la entonación y de las construcciones sintácticas, 4 «¿yo no te decía...?», con sus desplazamientos enfáticos, 28-29 «adora / a Lida el lisonjero», 69-70 «inclina / a aqueste cieno tu piedad divina», 77-78 «de mis males / proceda mi defensa», 85 «y lo que me condena te presento» y en cuanto a la relación entre las partes de la oración, 76-77 «lo que sudó en tu ofensa / trabajo en tu servicio», que queda invertido respecto a Malón de Chaide que citamos ad E 4.3 (v. q. 16, 40, 58-60, 71-72, 73-75, 81-85, 89-90).

12.2. Ponemos a continuación algunos ejemplos de uso normal, de por sí obvios, aparte la anteposición del predicado nominal (v. 80), que nos servirán para destacar luego las inversiones de orden en las mismas condiciones.

12.2.1.1. El vocativo 1 *Elisa* se halla en primer término.

12.2.1.2. La posposición del adjetivo es normal en 52 «el techo extraño», 75 «estos labios tan profanos» (v. q. 88) y la del participio adjetivado en 72-73 «aquestas manos / osadas de ofenderte» (v. q. 87); es de norma la anteposición en 41 «la gentil señora», 57 «los divinos pies» y 66 «solo amparo»; también consideramos normal 46-47 «del malvado amor», 54 «la ajena presencia» [cf. xxi (xxii) 9 «por culpa ajena y también xvii (xiv) 43 «la ajena culpa»] y 79-80 «mortales fraguas»; *extremo* en el v. 67 puede ir pospuesto o antepuesto.

12.2.1.3. Menudea la posposición normal del complemento respecto al verbo o al nombre; cf. 5, 7, 15, 18, 22, 24, 26, 30, 34, 35, 40, 47, 48, 50, 52, 53-54, 55, 57, 67, 68, 69, 77, 84, 86); también la posposición normal de la oración subordinada (5, 7, 9-10, 12 [oración elíptica], 14-15, 88-90).

12.2.2.1. Frente a la posición inicial del vocativo en 1, que señalamos como la corriente, véase la de 5 «recoge, Elisa, el pie».

12.2.2.2.1. Nos parece propia del lenguaje literario la posición del participio adjetivado en 11-12 «del pasado / tiempo», 58-59 «la en sí fiada / gente» (los dos encabalgados).

12.2.2.2.2. Volvemos sobre la posición inicial de la aposición predicativa en 52 «atrevida ofrécese», 54 «sabia olvida», que contrasta con la atributiva pospuesta, que, dentro de su carácter literario, parece menos distante del uso normal, como se ve en 61 «lavaba larga en lloro» respecto a «\*lavaba llorando», y corre paralela con la atributiva antepuesta, 8 «ingratos se desvían», también del uso literario pero no tanto por su

posición (cf. xix (xx) 82-84 «Con tu mano / arranca poderoso / lo malo y lo tirano»).

12.2.2.3. Acusan orden centrípeto también las siguientes oraciones de relativo: «que del oro escarnio hacía», 32-33 «que del cielo / te vino», 58-59 «lo que... / olvidado habían», 62 «al que su torpe mal lavando estaba», 64 «que la cabeza ornaba», 89 «de cuanto saber tiene», 90 «que por siglos mil resuene».

Tal colocación, que había sido frecuente en la primera mitad del siglo, se da esporádicamente en su prosa, y no sin un cierto dejo de arcaísmo o frase hecha; cf. Fr. Luis a los inquisidores en declaración de 1575: «y ningún maestro puso en ello nota que mala fuese» (Docs. volumen 11, p. 56).

La serie de oraciones de relativo de los vv. 17-25, en cambio, ostenta la posición interior del predicado en todos los casos excepto en 21 «por quien velaste», demasiado exiguo para permitir otra alternativa, y en 22-23 «por quien uno / el cielo fatigaste», como compromiso, al parecer, con el tipo centrífugo en cuanto aquí el verbo irá seguido de un complemento circunstancial.

#### 12.2.2.4. El predicado cierra el período en los vv. 1-3

Elisa, ya elpreciado  
cabello, que del oro escarnio hacía,  
la nieve ha variado,

y en los vv. 26-28

Y agora,  
rico de tus despojos, más ligero  
que el ave huye.

Advertimos de paso que, en el segundo de estos pasajes, el predicado viene a encontrarse con el de la oración siguiente, «adora / a Lida», por cuyo movimiento como encontrado, con pausa fuerte, eliminamos ante «huye» la (,) que pide el *tertium comparationis* (la ligereza del ave y no la acción de huir en sí), pero que ocasionaría la sucesión de dos pausas fuertes.

12.2.2.5. El complemento se antepone al verbo o al nombre en 33-34 «a cuyo era / habello dado», 40 «en breve del dolor saca reposo», 43-44 «en breve hora / con el amor...», 51 «de amor guiada», 65 «y paz a su paz daba».

12.2.2.6. Se antepone la subordinada en 38-40 «mientras que dura el día...».

12.2.2.7. La subordinada se interpone en 42-45 «(la gentil señora / de Mágdalo) bien que perdidamente dañada / ... apagó».

12.3. La distribución de los dos tipos obedece a la *variatio* (en el caso del vocativo en 1 y 5).

12.3.1. La posición predominante del verbo al final produce unas unidades cerradas que se distribuyen en forma circular, como se ha visto en los vv. 1-3 y 26-28 y como se ve a las claras por la comparación entre dichos períodos y las oraciones de relativo de los vv. 17-26, que constituyen una serie parcialmente abierta (impide su apertura total la identidad del pronombre personal sujeto de las relativas con el pronombre átono del complemento de término de la oración principal).

Esto, no sin mezcla entre los dos tipos, aun dentro del mismo período. Véanse los vv. 63-65

limpiaba con el oro  
que la cabeza ornaba,  
a su limpieza, y paz a su paz daba,

donde tenemos una oración de relativo centrípeta incrustada en la secuencia normal de predicado + complemento directo, todo ello seguido de otra oración que con el orden invertido de sus miembros cierra el conjunto y asegura la circularidad.

Contrastan, además, con los versos que citamos en C 2.3.1, a saber, 36-37

Mas hora no hay tardía,  
¡tanto nos es el cielo piadoso!,

que, por su inflexión ponderativa, podría compararse con la poesía tradicional (cf. el conocido villancico «Mis ojuelos madre / tanto son de veros»)<sup>60</sup>.

F) Volviendo sobre el léxico, después de lo que se vio en I A 4.6 y I B 3, agregamos algunas observaciones sobre la formación de las palabras, relación entre verbos simples y frases sustantivas verbales, familias de palabras, extensión semántica y solidaridad, tipos por época de adop-

<sup>60</sup> Cf. *Lírica española de tipo popular*, ed. M. Frenk Alatorre (Madrid, 1982, 3.), nota 182.

ción y nivel léxico, y expresiones del repertorio literario, que servirán para puntualizar el sentido de los pasajes respectivos y/o sopesar las variantes, y para caracterizar ulteriormente el dictado luisiano.

1. En la formación de las palabras observamos la forma etimológica 10 *ruga* (aún no influida por el verbo *arrugar*, si ésta fue la razón de diferenciarse del étimo; cf. ital. *ruga*; la forma simple la registra DCECH hasta el siglo XVII); la forma regresiva 68 *reparo* respecto a *reparar*; cf. Salmo 103. 65-66 «renovado / repararás el mundo», vol. II, pág. 100; el verbo temático *preciar* (aquí el part. adjetivado 1 *preciado*), que alterna con *apreciar*, como *parecer* con *aparecer*; no así 57 *traer*, cuyo compuesto correspondiente *atraer* se difunde autónomamente desde el siglo XV (DCECH), y es corriente en la época de Fr. Luis (cf. Salmo 1:4, pág. 40; v. q. s. D).

El prefijo *de-* en la variante 3 «ha demudado» es asemántico (cf. *La perfecta casada*, «demudaste el cabello con deshonesto color», pág. 310, respecto a «también procuran de mudar su cabello», p. 319).

90 *Resonar*, con pref. *re-* de tipo culto, alterna con *sonar* v. q. xix(xx). 162 «es fama que resuena» pero también se diferencia de éste en cuanto a extensión semántica (cf. *La perfecta casada* «del aire que suena se desmayan», pág. 291, Égl. VI 131 «la de quien suena que...»).

Con *mal* se forma 19 *mal proveída* (para la grafía v. s. D), comparable con 87 *malamente herido*, si ha de colocarse entre *mala herida* (v. 1.2) y *malherir* (para la variante v. i. 8). No consideramos estos compuestos como latinismos, aunque el latín, y particularmente el latín bíblico (cf. Mt. 17:14: *male pati*) y eclesiástico, con sus muchos sintagmas con *male*, contribuiría a su productividad. 42-43 «Perdidamente dañado» podría considerarse como una extensión del mismo tipo (cf. Mt. 21:41 *male perdere*).

2. Mientras que 2 *hacer escarnio de* alterna con *escarnecer* o *despreciar* (cf. éste en oda ii 40), no puede decirse lo mismo de 90 *dar muestra* respecto a (*de*)*mostrar* (tanto la forma simple como la compuesta habían estado empleándose en el sentido de 'enseñar'). Para *hacer siervo*, corriente en la forma pasiva (cf. v. 15; 5.3.2.2), el español no tiene una forma verbal de la misma raíz (frente a ital. *asservire*).

3. De la familia de *malvar* (cf. el romanceamiento bíblico del siglo XIII contenido en Esc. I.1.6, Prov. 10:9 «sus carreras malva» ← «depravat vias suas»), *malvezdad*, de la misma época, y *malvado*, ha quedado

sólo este último: 46-47 «el malvado / amor», igualmente sin especializar respecto a *malo*. En Job «Argumento», *malvado* se opone a «bueno y justo», pág. 31.

De las familias entonces presentes en el español tenemos como único miembro el ya mencionado 87 *malamente herido* (v. s. 1 y cf. *La perfecta casada*, «Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas», p. 323), y 80 *manantial*, más directamente relacionado con *manar*, cuando, como aquí, se emplea como adjetivo (cf. I A 3.7).

Para 5 *recoger (el pie)* recordaremos el sust. *encogimiento*, de sentido afín (cf. *La perfecta casada*, «Ninguna causa tenéis para salir de casa (las mujeres)... que no pida estrechez y encogimiento», p. 324). *Recogimiento*, en cambio, de *recogerse*, se especializó en el ámbito de la lengua devota.

68 *Reparo* se corresponde con *reparar* en el resto de la obra, tanto en el sentido corriente, cf. *Nombres* «se repara en ellos (en los sueños) el espíritu», pág. 668, como en el de la redención por Cristo.

40 *Reposo* no funciona del mismo modo respecto a *reposar* en cuanto éste (como *reparar*), es tanto transitivo (cf. Égl. VI 92 «reposar el lado») como intransitivo reflexivo (cf. *Nombres* «como adormeciéndose se reposan», pág. 614), sino que viene a ocupar también en parte la casilla del arcaico *posar*.

Efectivamente representados como miembros de la misma familia son 70 *piEDAD* y 37 *piadoso*, no sin motivo en cuanto que el poema es una glorificación de la misericordia divina, y 77 *servicio* (para *servir* cf. *Nombres*, «servir el ánima al pecado y al vicio», pág. 550), y, en la forma pasiva, 15 *hacer siervo*, con concomitancias, y también con diferencias señaladas para *servicio* en I B 3 y para *siervo* aquí en 6.3.

Hemos unido asimismo 39 *hervoroso* (relacionado con los demás miembros de su familia, *hervor* y *hervir*; v. s. I A 6.3; y cf. *Nombres* «el malo como mal que hierve» [Is. 57:20], pág. 618) y 44 *ferviente*, separado, al parecer arbitrariamente, de 45 *ardiente* respecto a *ardor* y *arder*.

4. Traen desde antiguo una gran amplitud semántica los verbos *dar*, empleado en toda su extensión en 65 *dar paz*, cuando éste no es sintagma, y que en el v. 34 está por 'entregar' o 'devolver', y *tener*, que en el v. 89 equivale a 'poseer', en el v. 11 a 'obtener' (¿o 'conservar, retener?'), como su antecedente *aver* del castellano arcaico. Para 43 «Perdidamente dañada» téngase en cuenta que en el lenguaje doctrinal *daño* y *dañado* se emplean especialmente para denominar la corrupción debida al pecado original (cf. ad Job 1:8 «seguir la dañada inclinación de su origen», pá-

gina 45, *Nombres* «todas estas tres cosas quedaron miserablemente dañadas: la razón... el cuerpo y la carne», pág. 625). Pero en otros contextos lo hemos visto empleado como afín a *herir* (p. ej., en el romancero), o en el propio de 'hacer daño'; cf. Salmo 26.1-2 «Dios es mi salud y vida, / ¿quién me podrá dañar?». Por lo demás, *daño* pertenece en su sentido global y por lo común trascendente, al vocabulario que el español tiene en común con el italiano (piénsese en el uso que Petrarca hace de la voz *danno*).

*Perder* en 72 «quien todo lo perdió» tiene el sentido de 'verse privado de', que puede extenderse al v. 20, si *prenda* se toma en sentido espiritual (v. s. I B 1.4); tiene el de 'malgastar, deteriorar', o más precisamente 'echar a perder' si se toma en sentido concreto.

*Olvidar* con el sentido equivalente a lat. *negligere* 'no hacer caso de' aparece en contexto de polaridad negativa en el v. 59, y en otro de polaridad positiva en el v. 54. Por referirse a cosa presente pertenece a la misma esfera que (*no*) *tener acuerdo de* en el v. 25 (v. q. s. II B 1 y compárese con VIII 27 «mirad... en vuestro daño»).

77 *Trabajar* trae también desde los orígenes del idioma la doble relación con 'obra' (v. s. I A 1.9) y con 'sufrimiento' (cf. ad Job 2:10 donde al afirmar que «al hombre el trabajo es propio... como al ave el vuelo», página 59, remite a ib. 7:7 «el hombre ha nacido para la lacería», p. 112; v. q. ad Job 3:17 «los malos y los que trabajan a otros», p. 77, 'los hacen sufrir'). En cuanto a 76 *sudar*, cuyo correspondiente latino aparece en los himnos en relación con la enfermedad: «Gravi morbo sudaverat» AH 51.286.7a, preferimos ponerlo en relación con 13 *labor*, de la primera parte, que se refiere propiamente al campo, y por extensión a todo esfuerzo, con 12 *fruto* en sentido metafórico [v. i. G 1.1]. Véase para *sudar* *Nombres*, «si consideramos lo que suda el avariento en su pozo», p. 475, *La perfecta casada*, «Este es el fruto de mis trabajos... de mis sudores fructificó esta hacienda», pág. 289.

*Presentar* hereda del castellano medieval el sentido primario de 'dar en don', que podría tener aquí en el v. 85, y se combina con el actual, que seguramente tiene en el v. 86. Para aquél, que iría parejo con 71 *ofrecer* (cf. Juan del Encina, Égl. II 168. «te presenta por presente»). Advertimos que en el pasaje paralelo de la oda ix v. 67 el mismo verbo aparece, en posición destacada, con el sentido actual. 56 *Derrocar* se dice tanto del movimiento violento (cf. Salmo 17.108-109 «De los que destrozados derrocaba / jamás se levantó ningún caído», p. 977), como de la inclinación o postración propia (cf. Job 1:20 «Derrocóse en tierra y adoró», página 48 ← «corruens in terram, adoravit»).

*Suelo* en 35 «al polvo, al suelo» equivale a *tierra*; cf. ad Job 1:8 «que hayan uno o algunos..., que siendo tierra caminen al cielo, es digno de admiración», pág. 45.

86 *Sujeto* puede tener un sentido 'objetivo' y referirse a persona; cf. *Nombres* «(Cristo es) como aquel que es el sujeto propio del amor verdadero», pág. 752, y también a entidad o concepto abstracto (cf. ib. «El cual (madero), así como se va calentando del fuego... así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor», pág. 669).

Al comparar las dos partes de la *oda* (en B 3) hemos constatado la doble vertiente profana y religiosa de 7, 77 *servicio* (como lat. ecl. *servitium* o *servitus*; cf. Blaise, § 1), 16 *vano*, 40 *reposo*, 5 *recoger el pie*, éste por asociación (v. q. s. F 3).

Agregamos *fe* que en el v. 16 indica 'lealtad interpersonal', 'fidelidad de amante'; en el v. siguiente, donde está sobrentendido, tiene sentido trascendente. *Guardar*, repetido en los dos versos aludidos, cuadra a ambos (cf. *Nombres* «guarden verdadera amistad», pág. 751, y *guardar los mandamientos* y frases similares; cf. Salmo 18. 26, p. 979). En la edición de Quevedo se introduce *guardar* 'proteger' como variante en el v. 35 («en velo santo / guardado bien de polvo y suelo»).

La expresión 34 «en velo» se ha relacionado con la consagración claustral; no podemos olvidar el uso metafórico referido al cuerpo, de otros contextos (cf. oda iv 16-17 «Alma divina, en velo de femeniles miembros encerrada», y antes Garcilaso, Égl. II 1274 «velo que'l delicado cuerpo viste», y Petrarca «lo corporeo velo» 264.113); hemos de recordar también Cant. (cuyos ecos resuenan tan a menudo en la poesía religiosa referida a mujeres); allí el v. 4:3, traducido del hebreo, suena: «Como cacho de granada, tales son tus mejillas detrás de tu velo» (v. q. v. 6:6); y sobre todo el hecho de que la idea de la hermosura divina evoca en el escritor imbuido en ideas neoplatónicas (y paulinas) la otra de la imposibilidad de una visión directa (con lo que no queremos poner en duda el sentido de *velo*, en nuestro verso, pero sí posiblemente el origen autobiográfico del pasaje).

Para *eterno*, aquí 7 *eternamente*, podemos constatar que conviven su uso (o abuso) en el lenguaje amoroso (v. q. i. 8) con el propio en contextos religiosos (cf. *Nombres*, «sosiego eterno», pág. 469) y filosófico-cosmológicos (cf. viii 32 «aquesta celestial eterna esfera»). La simultaneidad o mezcla del dictado profano y religioso contribuye a la falta de deslinde en el vocabulario.

5. No notamos anomalías en cuanto a la solidaridad de los términos uno con otro, excepto en el caso de 1 *preciado*, del que esperaríamos que modificara 2 *oro* más bien que 2 *cabello* (v. q. i. G 2.3.6).

Por lo demás, la solidaridad es muy amplia en el caso de *malvado* (v. s. 3), dicho en el v. 46 de *amor*; asimismo la de 75 *profano*, dicho aquí de *labios*, sin referencia específica al habla blasfema, y también de personas; Malón de Chaide habla de «mugeres profanas» II 21.6 y usa el adjetivo sustantivado en la increpación de los pecadores: «Decidme, pues, vosotros profanos» III 97.22. 7 *Durar* se emplea con sujeto personal y complemento circunstancial, como era corriente en la lengua arcaica <sup>61</sup>, frente a *perseverar*, junto al que se halla en *Nombres*, «lo que decimos durar o perseverar», p. 694, y Salmos 102.50-51, 102 (bis), 57-58 (respectivamente, págs. 996 y 998).

6.1.1. Relación con el vocabulario patrimonial y, en parte, apego al valor arcaico de los lexemas lo ostentan 70 *piEDAD* 'misericordia' y 37 *piadoso* (éste de la forma menos arcaica *piEDAD*) 'misericordioso'; 56 *derrocar*, propio del tema (Fr. Luis conoce *postrar*; cf. ad Job 1:22 <sup>62</sup>); 8 *desviarse* 'alejarse'; 7 *durar* en el uso que apuntamos en el apartado precedente. También 61 *largo* 'ancho' y 'abundante' <sup>63</sup>. Son también de cepa antigua 66 *amparo*, 68 *reparo* y los demás títulos que se dan a Cristo, entre los que 67 *medicina* (en su forma ya fijada frente al medieval *melezina*) tiene también lazos fraseológicos con la lengua corriente que se trasluce a nivel doctrinal (cf. ad Job 1:5 «quien tenía este cuidado de poner luego medicina a sus faltas», p. 41).

6.1.2. Lejos de Fr. Luis, por otro lado, la tentación de cierto «costumbrismo» inherente al tema de la Magdalena, especialmente en el teatro, y del que no se exime tampoco Malón de Chaide en su tratado con frases como «Si éste (Cristo) supiese qué pieza es la que le toca» III 153.23 (v. q. s. I A 2.5).

<sup>61</sup> El *durar* de la fortuna (cf. XIII 41-42 «la fortuna / que no sabe durar en cosa alguna») se halla en vilo entre los dos usos, según se tome o no como entidad personificada.

<sup>62</sup> Pero aquí con otro verbo «los postró y humilló» y tras emplear por dos veces el verbo corriente *derrocar*.

<sup>63</sup> Fr. Luis emplea también *luengo*; cf. *La perfecta casada* «vivir luengamente», página 315, ib. «Es otra (mujer) muy luenga», pág. 314, 'muy alta'. *Luengo* parece mantenerse más en los pasajes de polaridad negativa; cf. ad Job 3:1 «y dice que deseó, ... haberse librado con la brevedad de la vida de una miseria tan luenga», página 67 (V. q. i. 6.2.1.3).

En su conjunto el vocabulario ilustra al vivo la afirmación del propio autor en *Nombres*: «las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravedad le conviene», pág. 687.

6.2. En cuanto a los lexemas no patrimoniales, 67 *estremo* frente a *estremado* y *eterno* (aquí 7 *eternamente*) frente a *eternal* (cf. viii 42) son de adopción demasiado antigua para destacarse de entre el vocabulario «recibido».

Son latinismos ya recibidos 52 *penetrar* (v. s. E 5.1) y 64 *ornar*, que corre paralelo como antónimo con el patrimonial 10 *afear* (v. i. F 5); 50 *arrogante* lo data DCECH desde el siglo xv (como vimos en I A 4.4 corresponde a su homólogo latino, que se había fijado como atributo de Simón).

Con la salvedad que apuntamos arriba para las manifestaciones de un nivel léxico distinto, hemos de señalar que la diferencia se plantea ya en orden a la elección entre variantes, o sea, entre 3 *demudar* y *variar*, éste como latinismo, porque en las obras en prosa Fr. Luis usa (*de*)*mudar* para indicar cambio en el color de los cabellos (v. s. F 1); véase en lugar paralelo, xii 28 «el rostro no varía». En la prosa es de notar el uso de *vario* ¿con antecedente en el arcaico *desvariado*? en *Nombres*, «y porque reducía a orden y buen concierto nuestra imaginación varia y nuestro entendimiento turbado», págs. 814-815.

15 *Bruto* se destaca, asimismo, como cultismo cuando no modifica *animal* (cf. *Nombres*, «los animales brutos», pág. 623, y allí mismo, modificando *afecto*: «toda agena de todo afecto bruto», p. 816, «adelgazando y desnudando de sus afectos brutos la sangre y los cuerpos», pág. 817). Por su uso en rima (v. s. II B 7.4.2) va camino de alinearse con los vocablos de «repertorio» (v. i. 8).

Por lo demás, el latinismo no estriba tanto en el lexema como en la frase de que éste forma parte; si *inclinarse* en la época de Fr. Luis ya estaba aclimatado, y se empleaba junto a los patrimoniales *abaxar* y *acorvar* (v. q. s. 7.4), resulta latinizante la frase 69-70 *inclinarse (su) piedad* frente a \* *ser piadoso*; 53-54 *ofrecerse a la presencia de lo es más que presencia* en sí (en *Nombres* se da también *ofrecer su presencia a* en un contexto religioso, con Cristo, el Esposo, como sujeto, p. 673). La frase 23 «fatigar el cielo» la entresacamos arriba (I B 3) como latinizante, pero no por el verbo en sí ya que éste aparece en sintagma de sabor familiar (cf. *Nombres*, «toda fatigada», p. 743, que puede compararse con 56 «toda derrocada»; v. s. E 4.5). Asimismo *tormento* no puede considerarse ya latinismo culto, por su antigua adopción (aunque Fr. Luis emplee también la

forma arcaica f. *tormenta*), pero en 82-83 «de tormento», bien sea que se refiera a *boca* o a *red*, podemos sospechar procedencia extraña, y por tanto carácter «culto» del sintagma.

6.2.1.1. Si *ferviente* en 44 «con el amor ferviente» se ha deslexicalizado como participio para corresponder a frases como la ya citada «fervens amore valido» tenemos aquí el latinismo morfológico más acusado de toda la oda.

6.2.1.2. Por otra parte, un latinismo de antigua adopción como *perfecto* no llamaría la atención en 88 «un médico perfecto» si no adquiriera cierta resonancia, dentro del léxico de un poeta que al mismo tiempo era traductor de la Biblia y quería realzar, al parecer, heb. TB 'bueno' vertiendo, p. ej., Cant. 5:2 «Abreme, hermana mía, compañera mía, ... perfeta mía», p. 148.

6.2.1.3. La comunión con el latín influye indudablemente en el perdurar de ciertos valores semánticos, como (ya mencionado en 6.1.1) el de *largo* 'abundante', 'generoso' en 61 «larga en lloro» (cf. en los himnos «tua larga gratia» AH 12.308.1d, «largitas Christi» 12.316.4a, y Salmo 103.61-62 «Tu larga mano / nos deja satisfechos»).

*Torpe* en 62 «su torpe mal» es un latinismo frente a, p. ej., «coja y torpe» en *La perfecta casada*, p. 339, donde tiene su valor romance; pero el sentido originario (cf., p. ej., «Qua quondam nulla turpior» AH ib. 305.2c) es tan corriente en el lenguaje doctrinal que no puede considerarse un cultismo señalado, aunque el castellano arcaico hubiese vertido lat. *turpis* con *feo*, *desapuesto* y otros vocablos vernáculos (cf. E6 1Cor. 11:6 «cosa fea», 14:35 «cosa desapuesta», Ef. 5:12 *vergüença*).

6.3. La oda no contiene italianismos inmediatamente perceptibles, pero aparte el tener ciertos vocablos en común (v. s. 1 a propósito de *daño*, al que podría agregarse *estado*), una influencia más sutil pudo ejercerse en lo semántico.

27 *Despojo*, generalmente usado en plural, como aquí, es palabra patrimonial castellana que Fr. Luis usó en varios sentidos; nos preguntamos, sin embargo, si en este contexto, y en tantos otros de la poesía barroca, puede corresponder a ital. *spoglie*, que Petrarca usaba a veces con un sentido equivalente al de cast. *prenda* (cf. «Candido leggiadretto e caro guanto, / che copria netto avorio e fresche rose, / chi vide al mondo mai si dolci spoglie?» 199.11). Ital. *largo* pudo contribuir, junto con el latín, a mantener la vigencia del sentido de *largo* que hemos visto

en 61, especialmente en el lenguaje poético; compárese X 47 «envían largos ríos los collados» con Bernardo Tasso «per le gote spargo / d'umor lucido e chiaro / un rivo cupo e largo»<sup>64</sup>. 15 *S(i)ervo* ha sido señalado como un vocablo muy propio de los humanistas para indicar sumisión extrema<sup>65</sup>.

6.4. Pertenecen al ámbito más específico de la lengua técnica las frases y los vocablos que el autor saca directa o indirectamente de los ámbitos jurídico y médico o doctrinal en sentido más lato; de aquél, la frase 78 *proceder la defensa de uno* y, tal vez aquí, 48 *estado* (v. s. I A 4.3); del segundo, la frase 86 «preséntote un sujeto» (aunque ha de advertirse que *sujeto* y *objeto* eran palabras del vocabulario discursivo y filosófico que la poesía del Renacimiento heredaba de la de los cancioneros bajo-medievales o absorbía de la prosa doctrinal (cf. Juan Boscán en su «Conversación»: «Y vi el entendimiento / con la bondad por objeto» RCS, página 253a, y en italiano Fiamma en su soneto 45, donde llama a Cristo «sol degno obietto» de su amor interior).

El part. *debido* en 17 «por quien tú no guardaste la debida» (v. s. E 2) está firmemente asentado en la lengua doctrinal (cf. *Nombres*, «Y como llegava ya la Iglesia a su debido vigor», p. 678, Salmo 71.72-73 «Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcanza / a tu debida gloria?», pág. 992).

7. El equilibrio con que tales términos están pergeñados entre sí sin excesos o estridencias es uno de los méritos de la oda; la cual, sin embargo, no está exenta de ciertos términos que hemos llamado «de repertorio», ocasionados en parte por la rima (v. s. II B 7.4.2); así *fiero* en 30 «dolor fiero» (cf. Garcilaso, Égl. II 679 con dolor acerbo y fiero»; III 187 «viendo la herida abierta y fiera»), 7 *eternamente* en «los que prometían / durar en tu servicio eternamente» (cf. también a Garcilaso II 1378 «de eternamente amalla proponiendo»); al traducir a Virgilio, Fr. Luis emplea *eterno* y *fiero* a renglón seguido: Égl. iv 27 «libres de miedo eterno, de ansia fiera», para parafrasear 14 «perpetua formidine» del original y, por último, 15 *bruto*, que según vimos era uno de los contados vocablos que el poeta podía elegir como consonante de *fruto* (v. s. B 7.4.1).

Ello no impide que un lexema de este tipo sea obra de censores; así 87 «mortalmente herido» frente a «malamente herido» de la tradi-

<sup>64</sup> *Rime di B. T.*, ed. P. Serassi (Bergamo, 1749), vol. II, pág. 138.

<sup>65</sup> Así G. WEISE, en *L'ideale eroico del Rinascimento e le sue premesse umanistiche* (Nápoles, 1961), pág. 306, pero destacando el término en fórmulas de sesgo positivo.

ción Jovellanos-San Felipe, parece sospechoso por la repetición (v. i. G 2.2.2.2.1), cuando no por un énfasis excesivo en un verso donde *mortalmente* iría modificado (no muy lógicamente) por *tan*.

Los defensores de la variante *mortalmente*, por otra parte, podrían aducir infinidad de pasajes de la poesía anterior (cf. Garcilaso II 151 «la herida mortal d'aguda punta») y contemporánea (cf. la oda «Sobre la conversión», atribuida al propio Fr. Luis, v. 11 «No fue mortal la herida», vol. II, pág. 828), donde *mortal* se revela como el vocablo «de repertorio»; y hasta yuxtaponer nuestro pasaje a este otro de Malón de Chalde, que parece apuntar a una fuente común aun en el vocabulario; a saber:

¿Qué más honra puede ser para el médico que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras más y más mortales fueran, más gloria es para el médico que le dio sano? (I 241.3).

En nuestra humilde opinión, sin embargo, la ampulosidad del otro agustino se marida más fácilmente con la de un recensor.

G) Para el análisis retórico de nuestro texto enumeraremos primero algunas manifestaciones genéricas (1) para pasar luego a las que consideramos aspectos más caracterizados (2).

### 1. Manifestaciones genéricas.

1.1. Según vimos en I A 3.7, los nombres de las partes del cuerpo son portadores de las acciones de la protagonista en 60 «sus manos, boca y ojos lo hacían», y por tanto puede considerarse su uso como metonímico.

De inspiración bíblico-litúrgica o doctrinal son los usos traslaticios de 35 *polvo* y 70 *cieno*, y el sentido espiritual en que aparecen 62 *lavar* y 65 *limpieza*, que han de relacionarse con los himnos por la figura en que se presentan (cf. I A 5.12)<sup>66</sup>. Por lo demás, aparte 12 *fruto*, casi lexicalizado<sup>67</sup>, las metáforas son las corrientes de la poesía renacentista:

<sup>66</sup> Fiamma, siempre consciente de su propósito didáctico, se expresa así en su «Exposición»: «E perchè l'autore usa la metafora del fango, usada anco dal Profeta quando disse: —'Eripe me de luto et non fingar et de profundis aquarum, usa per non si partir della detta metafora la voce fonte e la voce lavare'. Sin acudir a tales explicaciones de preceptiva elemental hemos de tener en cuenta que para el referente del término metafórico sirve de intermedio el uso moral; así en Ps. 17(18):25 «Retribuet mihi Dominus... secundum puritatem manuum mearum».

<sup>67</sup> Aunque con la salvedad, debida en parte a la fraseología bíblica, de que *fruto* aparece en concomitancia con el verbo; cf. *Nombres*, «aunque le fructifiquemos ingrátitud», pág. 811. Para la relación entre *fruto*, *labor* (*labrar*) y *trabajar*, a la que aludíamos arriba, cf. ib. «Adán trabajase y labrase».

5 *día* 'tiempo' (pero concebido exclusivamente en la dimensión trascendente y teológica) e ib. *volar*, dicho del mismo (cf. Petrarca 366.132 «*sì corre il tempo e vola*»), 39 *pecho* [v. q. V 6, XIX (XX) 80], en lugar de *corazón* (que relega Fr. Luis casi exclusivamente a contextos bíblicos), 52 *techo* 'casa' (cf. ya en *Aen.* I 627; en la oda aludida «a todos los santos» habla de la 49-50 «*agena casa*»), y, según ya vimos, 3 *nieve* 'canas', 63 *oro* 'cabellos rubios', además de 45, 46 *llamas*, 45 *fuego* y los verbos correspondientes, que simbolizan el amor. Para 80 *fragua*, cuyo referente era entonces familiar a todos, la metáfora extensa aparece en *Nombres*, página 720, éste evocaba en poesía la alusión al hijo de Venus. El término de comparación 28 *ave* es demasiado universal para ubicarlo en su ámbito poético particular.

1.2.1. En cuanto a las figuras de elocución, 1.2.1.1 constatamos que en la primera parte de la oda, más convencional, surten efecto retórico la repetición del nombre vocativo en los vv. 1 y 5, del adv. *ya* en los vv. 1 y 6, y la acumulación de las preguntas de los vv. 11-16. La repetición se da con anáfora en los vv. 17-26, donde se pone por seis veces el nexos relativo, *por quien*.

En la segunda parte las figuras son más variadas: hay *geminatio* con el mismo lexema en lugar paralelo de 45-46 «Las llamas apagó del fuego ardiente»; / las llamas...», con un tipo de reprise muy aprovechado por la poesía renacentista (piénsese en Ariosto), pero no exclusivo de la poesía, si no fuera por las imágenes que la acompañan<sup>68</sup>.

Responde a una evidente intencionalidad la anadiplosis en 85-86 «y lo que me condena te presento; / preséntote...» (con diáfora si el primer *presento* equivale a 'te ofrezco'; v. s. II F 4), pero no sin antecedentes en la prosa como parte del diálogo (cf. *Nombres*, «... al que se pretende. Pretendería yo», pág. 431).

En el pasaje ya aludido a propósito de la *reprise* podría postularse la posición quiástica de 44 «con el amor ferviente» y 47 «con otro amor más encendido», con el predicado de esta segunda proposición sobrentendido, interpretando «con el amor ferviente» como complemento de medio (v. s. I A 6.3 y 6.3.1) comparable con el quiasmo completo que tenemos en 63-65 «limpiaba... / ... / a su limpieza, y paz a su paz daba», pero aquí relajado por un complemento circunstancial intercalado en el primer miembro.

<sup>68</sup> Un estadio intermedio entre la prosa y la poesía, con más de aquélla que de ésta, podría ser J. del Encina en la *Égloga virgiliana* V 135-136 «estas letras y escrituras, / en las cuales letras diga».

1.2.1.2. Ya destacamos en I A 3.1.2 la conceptuosidad de la acción recíproca, que en términos retóricos se identifica con el poliptoton y la figura etimológica, en 61-65

Lavaba larga en lloro  
al que su torpe mal lavando estaba;  
limpiaba con el oro  
que la cabeza ornaba  
a su limpieza, y paz a su paz daba,

donde la figura es más evidente en el juego de palabras con *dar paz*, ya que la repetición del mismo tema en *limpiar*, *limpieza* era casi obligada en la lengua vernácula, frente a la gran variedad de vocablos afines entre los que podía escoger el latín.

1.2.2. Entre miembros acumulados tenemos 1.2.2.1 el asíndeton en 35 «al polvo, al suelo» (que contrasta con el desdoblamiento normal; cf. Fiamma soneto ix 12 «Veramente siam noi polvere e vento»). En cambio, la enumeración metonímica de los miembros del cuerpo que nombramos al principio de esta sección, «sus manos, boca y ojos lo hacían» se caracteriza por la unión normal de los dos últimos elementos, frente al asíndeton de los himnos, generalmente de verbos (cf. «ferret, amat, uritur» AH 48.285.4b) y al polisíndeton tan del gusto de Petrarca, 292.2 «e le braccia, e le mani, e 'l riso».

1.2.2.2. La unión de dos elementos afines más un tercero se acompaña con la evidente búsqueda de disposición de miembros crecientes en las contestaciones de las preguntas aludidas, simple en el v. 12 y múltiple en los vv. 14-15, sobre todo en cuanto que a los sustantivos escuetos sigue una frase:

si no es tristeza y luto,  
y el alma hecha sierva a vicio bruto.

Una vez más, el vocabulario (v. s. F 6) y la sintaxis con la ausencia del artículo (v. s. E 3.1), marcan la diferencia respecto a la prosa de Fr. Luis, en que este tipo es frecuente, y aun respecto a la prosa *tout court*, si pensamos en expresiones del habla corriente como «¿Qué he sacado de esto sino tristeza y pena, y el cuerpo esclavizado a...?».

## 2. Aspectos más caracterizadores.

2.1. Antes de señalar las que pueden considerarse figuras retóricas hemos de reconocer, sobre todo en la parte de la oda dedicada a la Magdalena, cierta ausencia relativa (y de por sí expresiva de énfasis) en

70 «aqueste cieno» frente a *Nombres* «nuestro lodo vil y baxísimo», o en 45 «fuego ardiente» frente a ib. «fuego ardentísimo», pág. 781 (v. q. ib. «amor incomparablemente ardentísimo», p. 755).

Por lo demás, al morfema de superlativo, que Fr. Luis no rehúye en otras odas (cf. oda xiv [xvi] 18), prefiere el sintagma, 42-43 «perdidamente dañada», o el adjunto de relativo, también de por sí bastante gastado, 2 «que del oro escarnio hacía», 90 «que por siglos mil resuene».

2.2. El artificio que permea todo el poema de una manera no inmediatamente perceptible es la *variatio*, en especial 2.2.1 la morfológico-sintáctica, que puede darse, según vimos, 2.2.1.1 entre el morfema y Ø; lo que afecta 2.2.1.1.1 sobre todo al artículo 30 «entregada al dolor fiero» frente a 15 «hecha sierva a vicio bruto» (v. s. II A 1.3), 2.2.1.1.2 pero también al adjetivo posesivo: 67-68 «medicina de mi salud» frente a 66-67 «solo amparo / de la miseria extrema» y 77 «mis males» frente a 68-69 «reparo de tanto mal»<sup>69</sup> (por lo demás, van escuetas las referencias al fuego de la pasión: 44 «con el amor ferviente»; v. q. 45, 46-47), y también al amor hacia Dios, 51 «de amor guiada y pena».

2.2.1.2. A su vez el adjetivo posesivo alterna con el demostrativo: 70 «aqueste cieno», 72 «aquestas manos», 74 «aquestos ojos», 75 «estos labios».

Hay, asimismo, *variatio* en la alternancia 2.2.1.3 entre la función subjetiva y la objetiva del propio adjetivo posesivo (v. s. E 4.1.2), y 2.2.1.4 entre la narración autobiográfica en la primera persona del pronombre o del adjetivo posesivo (*yo, mi*) y la tercera 71-72 «¿Qué podrá ofrecerte / quien todo lo perdió?»<sup>70</sup>, y la forma de compromiso 70 «aqueste cieno», o viceversa 76-77 «Lo que sudó... / trabaje... y de mis males» (con la variante *La que*, la *variatio* sería menos abrupta); del mismo modo 2.2.1.5. entre el pronombre de segunda persona (y el adjetivo posesivo relativo) y el de tercera: 73 «ofenderte», 70 «tu piedad», 81 «tus pies» y 84 «les (referido a pie) dé», con 82 *limpiente* y *limpienlos* alternando como variantes, entre las que preferimos la primera como menos obvia<sup>71</sup>.

<sup>69</sup> En otro trabajo sobre la oda «No siempre es poderosa» hemos observado el uso pleonástico del adjetivo posesivo en 14 «Debajo su edificio que le oprime»; cf. *Estudios Románicos dedicados al Prof. Andrés Soria* (Granada, 1985), vol. II, págs. 351-367.

<sup>70</sup> Un antecedente de esto se halla ya en el Auto de la conversión de la Magdalena; cf. 226-228 «¡Oh pecado, cuán vencida, / cuán ciega, cuán abatida / has traído esta muger».

<sup>71</sup> Donde se habla de la variante *limpiente*. Por lo demás, los que se extrañan de que la Magdalena limpiara a Cristo han de pensar que la familiaridad con el pasaje hacía que nuestros antepasados no hilaran tan delgado. Véase en *Nombres* el final

Señalamos aquí también la ausencia y presencia del verbo *ser* tras *si no* en 12 y 14, cuyo contexto consideraremos en su conjunto en el próximo apartado, aunque también cabría aquí.

2.2.2. Cuánto la *variatio* léxica le importase a Fr. Luis en el ámbito del vocabulario lo prueba el hecho de que en la oda X al emplear el mismo verbo elige dos formas contrastantes en cuanto a su actualidad o arcaísmo: 11 «tiembla la tierra» y 45 «treme la tierra».

La *variatio* es compatible con la repetición, bien sea ésta fortuita o consciente. Por lo que hemos de volver sobre ella.

2.2.2.1. Hemos de dejar aparte, por supuesto, la repetición de los mismos vocablos al hilo de la narración (cf. *pies* en 57 y 81, *llamas* 45 y 46), la reducción del enunciado a núcleos simbólicos, según vimos (60 *manos*, *boca*, *ojos*: 72 *manos*, 74 y 81 *ojos*, 75 *labios*, 83 *boca*), y la insistencia en el término clave *amor*.

También las correspondencias que hemos señalado en la I Parte entre las dos mitades de la oda (cf. B; a las que podrían agregarse las que unen esta oda con la otra hermana «A Querinto»), 2.2.2.1.2 y las repeticiones y anáforas que surten efecto retórico. Cierta elemento iterativo es intrínseco también a la limitación del vocabulario (cf. 55 *amparo*, 68 *reparo*).

2.2.2.2. Por contraste véanse ahora 52 *estraño*, 53 *ajeno*, y posiblemente 75 *ofrecer* y 85 *presentar*, 79 *mortales* (*fraguas*), 87 *malamente* (*herido*), cuya *variatio* no se daría si eligiéramos *mortalmente*, y 2.2.2.2 cuando se repite la misma palabra, obsérvese su diferencia semántica o de otra naturaleza; así en el caso de *guardar* en los vv. 16-17, que ya comentamos (v. F. 4); de *olvidar* por la polaridad positiva del contexto en el v. 54, negativa en los vv. 58-59; de *durar*, cuya repetición se atenúa por ser personal el sujeto en el v. 7, «abstracto», en el v. 48. En cuanto a 69 «tanto mal» y 77 «mis males», hemos indicado la concreción que acompaña al número, en un término de amplia extensión semántica, clave para el contenido doctrinal y vivencial al mismo tiempo. En cuanto al uso metafórico, la *variatio* es un argumento en favor de nuestra distinta interpretación de *día*, 'tiempo', 'vida' en el v. 5, en sentido propio, contrapuesto a *noche* (implícito), en el v. 38.

---

de la paráfrasis de Lc. 7:36-50, de la que ya citamos: «La misma mansedumbre (d'este Cordero) admitió a la mujer pecadora y hizo que se dexasse tocar de un infame... y dió limpieza a los cabellos que le limpiaban sus pies», pág. 897, donde con evidente contrasentido usa *limpiar* en su sentido recto, con un nombre de parte del cuerpo, también referido a la mujer pecadora.

2.2.3. Con la *variatio* puede relacionarse también la sustitución del nombre propio (aunque éste quede implícito), no sin un nexo con el uso metafórico. Ésta es una característica que se observa en la oda ix «A Querinto» (32 «al sabio rey solimitano», 34 «al vencedor gazano»); en la oda xix (xx) donde ninguno de los santos aparece con su propio nombre (cf. 42 «barquero de la barca no sumida», 51 «Del Nilo moradora»), excepto curiosamente la 47 *Magdalena*. Véase aquí 41 «la gentil señora de Mágdalo», 50 «el huésped». En 52 «el techo extraño», 53-54 «la ajena presencia», 55 «el ojo mofador»; en el colectivo 59 *gente* se subsume, cuando no el propio Simón, la concurrencia de los convidados, que, de modo impresionista se quedan en el trasfondo del cuadro, dejando libre el primer plano para los personajes principales.

2.3. A la *variatio* morfológico-sintáctica y léxica, que hemos ilustrado en el apartado 2.2.2.2, se corresponde aquí la asimetría que marca 2.3.1 la repetición anafórica de las relativas que observamos arriba, con *por quien* inicial en los vv. 17 y 19, interior en los vv. 21 y 22, e inicial, asimismo, en el v. 25, que remata el pasaje. También en el otro pasaje de los vv. 72-75, la anáfora suavizada de *aqueste*, este se desempareja por el hipébaton del último miembro.

2.3.2. 81 «Bañen tus pies mis ojos», respecto a «mis ojos», que en el v. 79 había estado al principio de la proposición, no hace efecto de epífora como hubiera podido esperarse, ya que el v. 81 representa el comienzo de otra unidad enumerativa.

El propio «Bañen tus pies mis ojos» correría paralelo con lo que sigue, «límpien(te) mis cabellos» (como exordio de una serie paralela muy propia de la prosa luisiana), si no fuera porque el segundo verso, que en el esquema de la estrofa ha de ser endecasílabo, abarca parte de la oración siguiente.

2.3.3. Bajo la rúbrica de la asimetría pondremos también nuestra interpretación de los vv. 43-47.

en breve hora  
con el amor ferviente  
las llamas apagó del fuego ardiente,  
las llamas del malvado  
amor con otro amor más encendido;

donde no establecemos la relación entre 47 «el amor más encendido» con 44 «el amor ferviente», sino con 45 «fuego ardiente», quedando des-

ajustados pero perfectamente comprensibles también 46 *malvado* y 47 *otro*.

2.3.4. En los vv. 79-80, que ocupan la misma posición final,

mis ojos dos mortales  
fraguas, dos fuentes sean manantiales,

aparte el hipérbaton del v. 80, que de por sí es una dislocación de los elementos, y la secuencia anormal de aposición y predicado nominal, tenemos el numeral *dos* ante éstos y no ante el sujeto, como suele suceder en este tipo de comparaciones y descripciones («sus dos ojos, dos...» cf. xii 14 «de dos claros ojos»).

2.3.5. La comparación formal con los himnos arroja, asimismo, el dislocamiento de los elementos que allí aparecen en lugar paralelo, como característica diferencial de la poesía luisiana. Esto se ve muy claro en los tres títulos con que la Magdalena se dirige a Cristo (y que según señalamos, correspondían a las invocaciones iniciales, a modo de letanía, de los himnos latinos); nos referimos a los vv. 66-70 (el *verbum dicendi*, incorporado, sirve para empezar la invocación en la segunda parte del verso); o sea:

Decía: «Solo amparo  
de la miseria extrema, medicina  
de mi salud, reparo  
de tanto mal, inclina  
<a> aqieste cieno tu piedad divina,

donde, además, en la lectura que proponemos, el primer miembro tiene dos modificaciones, el segundo sólo la del adjetivo posesivo.

2.3.6. En relación con la asimetría podríamos mencionar aquí el uso del participio lexicalizado 17 *la debida*, sin el nombre al que se refiere, junto al cual iría normalmente. También el desplazamiento de 1 *preciado*, que debería modificar *oro* y que aquí se ha colocado en aras de la figura retórica junto a *cabello*.

2.4. Hemos dejado para el final la alusión al hipérbaton, que ya nos ha salido al paso incidentalmente. Éste no es exclusivo de la poesía (51 «de amor guiada y pena» *Nombres*, «Cierta cosa es y señalada en la Sagrada Escritura», pág. 501), pero por su frecuencia y variedad caracteriza como lo que más al dictado poético renacentista y de Fr. Luis. En nuestra oda, el hipérbaton está representado en sus formas más atenua-

das, en 7 «durar en tu servicio eternamente», 36 «Mas hora no hay tardía», 45 «las llamas apagó del fuego ardiente», pero también en la forma compleja de los vv. 82-85:

de tormento  
mi boca, y red de enojos,  
les dé besos sin cuento,

donde podríamos llegar a 'mi boca, red de tormento y de enojos' pensando en otros casos de irregularidad sintáctica, como Égl. V 37-38 «Con traidora / y muerte crudelísima» (← 20-21 «Extinctam nynphae crudeli funere Daphnim») y oda IV, 68-69 «serán por ti en desprecio / y puestas en olvido».

Volveremos a señalar aquí el tipo que vimos arriba 72-75 «Aquestas manos / ... / y estos ojos tan profanos», que es la forma que nuestra oda más comparte, en cuanto a ornato retórico, con las otras (cf., p. ej., x 29-30 «de los helados fríos / veré las causas, y de los estíos»).

Un segundo complemento dislocado se agrega como cabo suelto a una estrofa de por sí redondeada en un solo período. Así la estr. II termina:

9-10 por no mirar la frente  
con rugas afeada, el negro diente.

Lo mismo sucede, en forma atenuada por la conjunción copulativa, en

74-75 aquestos ojos vanos  
te ofrezco, y estos labios tan profanos

(cf. oda VIII 60 «su luz va repartiendo y su tesoro»).

Ésta que aquí llamaríamos circularidad parcialmente abierta de la estrofa, se agrega a las razones de contenido para leer al final de la estrofa X, 50 «al huésped arrogante, en bien fingido» (v. s. II A 4.4).

H) Observaciones conclusivas. La atención con que hemos intentado desentrañar los distintos aspectos de la oda la juzgarán sin duda algunos de minuciosidad pedestre y enfadosa. Para apreciar una obra poética vale más una onza de intuición que una arroba de erudición, y ésta puede ser hasta un impedimento si se desborda de su función meramente instrumental.

Nuestro propósito ha sido el de analizar cada aspecto por sí en lugar de recurrir al comentario seguido, que puede resultar lagunoso y hasta contradictorio, y en todo caso no se abre hacia la comparación sistemática con otros poemas del mismo autor o de otros de su época, y con su prosa.

La articulación que hemos intentado dar a nuestras observaciones, susceptible, desde luego, de corrección y modernización, esperamos sea útil para elegir con un juicio no puramente subjetivo y ocasional entre variantes de igual peso en la tradición textual, y para la comparación susodicha, sin «pellicar», por así decirlo, los textos en búsqueda de coincidencias o parecidos; y, sobre todo, para distinguir en lo posible entre la lengua poética y la literaria o aun la del uso, cual la podemos intuir por el desarrollo posterior.

Con nuestras consideraciones sintácticas y de retórica, enfocadas hacia el estilo, esperamos haber puesto de manifiesto las dos características formales más propias de la oda, aparte la variedad de sus expresiones: el presentar a los personajes como en escorzo, con la Magdalena y los pies del Salvador en primer plano, que consueña con el carácter asimétrico de la poesía italianizante, y también con la técnica pictórica de la época; el dejar en el fondo, por un nombre alusivo, o por alusión aún más vaga, a los personajes secundarios, que también recuerda el difuminado de las telas.

Hemos visto, sobre todo, los medios por los que Fr. Luis logra condensar los contenidos sin quitarles incisividad. Pero al querer ser comprensivos de todos los particulares, quizá no hayamos dado suficiente realce a los rasgos más salientes. Así, 41 *gentil* ha quedado en vilo entre la dimensión psicológico-sentimental y la social (v. s. I A 3.2.1) y 51 «de amor guiada y pena» ha sido puesto en muchas perspectivas, pero no quisiéramos haber perdido de vista que en el conjunto del episodio, aquél colorea todas las acciones de la protagonista, éste todos sus sentimientos.

Sólo queremos agregar aquí que el repetirse las mismas expresiones en contextos distintos propone el otro problema del poeta que se hace eco de sí mismo, ¿para profundizar y enriquecer su expresión o porque la gama de sus expresiones es limitada dentro de una simplificación temática y sentimental que se ha señalado como característica del Renacimiento? Recordaremos, a modo de suplemento a lo ya dicho, dos versos de la famosísima oda viii, «Noche serena», donde se conjugan de una manera parecida a la del v. 51 tan significativo en nuestra composición, «de amor guiada y pena», los dos sentimientos antitéticos atribuyéndolos esta vez al poeta en su contemplación; nos referimos a los vv. 6-7

el amor y la pena  
despiertan en mi pecho un ansia ardiente.

¿Podemos decir que los dos pasajes se enriquezcan mutuamente como variantes de una unión de afectos contrastantes de los que brota a lo largo de los siglos tanta poesía, o nos hallamos aquí ante el repliegue del poeta sobre sí mismo, ante el hacerse eco de sus propios versos, como complacido en su tonalidad lograda, en la estela de la poesía petrarquista, como efecto en último término, de amaneramiento?

También podríamos preguntarnos acerca de la primacía de los conceptos o de los esquemas poéticos a los que éstos se prestan. Así, no sólo el tema de la Magdalena en sí, sino el uso simbólico/metafórico de los nombres de las partes del cuerpo que venía favorecido por la poesía profana amorosa de tipo correlativo, nos han salido al paso como denominador común de las composiciones españolas, y una italiana, con la consiguiente implicación.

El examen de una composición poética de contenido religioso nos enfrenta con un número mayor de dificultades que las propias de un tema profano; en primer lugar, porque comporta una serie de saberes y creencias que acomuna al autor con los lectores de antaño, más bien que con los de nuestra época. En segundo lugar, porque los conceptos y temas religiosos, por la familiaridad de los que los manejaban, llevan consigo como los que más el peligro de la rutina, del amaneramiento (y hasta de la distracción si pensamos en lo que sucedió en la paráfrasis luisiana de Lc. 7:36-50; v. s. G 2.2.1.5).

La Magdalena es uno de los personajes que con más fuerza de atracción saltan a los ojos desde las páginas de los evangelios, y lo es, aún más, a pesar de las contradicciones que hemos visto, en el episodio de la mujer pecadora anónima, asumido como eje de su «vida»; y en la interpretación tradicional el pasaje lucano es el ejemplo más destacado del poder del amor y de la absoluta preponderancia de éste sobre el pecado.

Visto el episodio como un «juicio», la oración que atribuye Fr. Luis a la demandada trastrueca todos los dictámenes para la defensa propia en cuanto pretende cultivar la benevolencia del juez no ya con excusas, méritos anteriores, disculpas, sino con el peso del propio delito, entrando así en conflicto con los milenarios preceptos de la lógica y de la retórica y apelando a la fe como un enigma no resoluble por otros medios.

Pero aún en términos meramente humanos la conducta de la Magdalena representa el valor universal del servicio prestado sin cálculo, y esa conciencia del mal ajeno y olvido de sí, que son los rasgos propios de la verdadera feminidad. «El cristianismo, al fin, y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres», le hará decir Unamuno a uno de sus

personajes en *La tía Tula* (cap. xviii), como señalando por vía de exclusión el papel de nuestro personaje entre los del evangelio.

Puede presumirse, pues, que Fr. Luis se sintiera genuinamente atraído hacia el tema, no sólo por su contenido religioso y bíblico, sino también por sus aspectos humanos y aun femeninos.

Sostenido por la tradición, pero no dejándose esclavizar por ella, supo captar los motivos más salientes de la grandeza de la *peccatrix quondam femina* y contraponerlos al fariseísmo de Simón, cuyo significado último también reconoció.

La oda a la Magdalena, en la parte a ella dedicada, podría ponerse junto a la que Fr. Luis escribió «A Nuestra Señora», si no fuera porque el autor la supeditó al tema de la conversión específica, aunque ejemplar.

La referencia a una mujer de carne y hueso (aunque se oculte bajo el nombre de Elisa) puede repercutir en la parte dedicada a la Magdalena, especialmente cuando afloran expresiones (en los vv. 79-80, 82-83) que podrían representar el moralismo tardogótico que tanto afecta al vocabulario de las obras doctrinales (particularmente en su polaridad negativa y tremendista), oscureciendo los contornos primigenios de la figura que, según el antiguo himno litúrgico latino, «subió del Tártaro» y pasó de muerte a vida.

No desdibuja, en cambio, los rasgos esenciales, cuales los presentaba la tradicional elaboración del relato evangélico, de la actuación de la *peccatrix quondam femina*, que emerge, en la parte a ella dedicada en la forma varia, a la par que compacta, de la oda renacentista.

Los temas entrettejidos en la primera parte en la estela de los clásicos aflorarán cada uno por sí en la poesía salmantina. Los estragos de la vejez los cantará con plectro suave Francisco Medrano en su soneto «Veré al tiempo tomar de ti, Señora»; y el «negro diente», la «rugas en la frente» los describe el mismo, y, en un soneto ásperamente satírico, el poeta Juan de Almeida: «Tenéis, señora Aldonza, tres treinta años». La advertencia contra el paso del tiempo y la exhortación a disfrutar de la juventud, por otra parte, es un tema lírico que los poetas renacentistas frecuentan por sí (recuérdese la oda de Medrano, «Mira, Filis, furiosa / onda») y que se prestaba para la lírica más en su propio sesgo amoroso que en la adaptación a lo divino (véase en la expresión menos feliz de la «Imitación de diversos»: «¡Quién tuviera, ¡ay!, sin ventura / o agora aquella hermosura, / o antes el amor de agora!»).

Sin callar ciertas asperezas, hemos demostrado también cómo Fr. Luis supo soldar las dos partes en una oda que no llega a la perfección de las mejores, pero tampoco se queda muy por debajo de ellas.

MARGHERITA MORREALE

Universidad de Padua

APÉNDICE

EL TEXTO DE LA ODA VI  
(según nuestra lectura)

- I Elisa, ya elpreciado  
cabello, que del oro escarnio hacía,  
la nieve ha variado;  
¡ay!, ¿yo no te decía:  
5 —Recoge, Elisa, el pie, que vuela el día?
- II Ya los que prometían  
durar en tu servicio eternamente,  
ingratos se desvían  
por no mirar la frente  
10 con rugas afeada, el negro diente.
- III ¿Qué tienes del pasado  
tiempo si no dolor? ¿cuál es el fruto  
que tu labor te ha dado,  
si no es tristeza y luto,  
15 y el alma hecha sierva a vicio bruto?
- IV ¿Qué fe te guarda el vano,  
por quien tú no guardaste la debida  
a tu bien soberano;  
por quien mal proveída  
20 perdiste de tu seno la querida
- V prenda; por quien velaste;  
por quien ardiste en celos; por quien uno  
el cielo fatigaste  
con gemido importuno;  
25 por quien nunca tuviste acuerdo alguno
- VI de ti mesma? Y agora,  
rico de tus despojos, más ligero  
que el ave huye; adora  
a Lida el lisonjero;  
30 tú quedes entregada al dolor fiero.

VII            ¡Oh cuánto mejor fuera  
 el don de hermosura, que del cielo  
 te vino, a cuyo era  
 habello dado en velo  
 35 de santidad, ajeno al polvo, al suelo.

VIII           Mas hora no hay tardía,  
 ¡tanto nos es el cielo piadoso!:  
 mientras que dura el día,  
 el pecho hervoroso  
 40 en breve del dolor saca reposo;

IX            que la gentil señora  
 de Mágdalo, bien que perdidamente  
 dañada, en breve hora  
 con el amor ferviente  
 45 las llamas apagó del fuego ardiente,

X            las llamas del malvado  
 amor con otro amor más encendido;  
 y consiguió el estado  
 que no fue concedido  
 50 al huésped arrogante, en bien fingido.

XI           De amor guiada y pena,  
 penetra el techo estraño, y atrevida  
 ofrécese a la ajena  
 presencia, y sabia olvida  
 55 el ojo mofador; buscó la vida;

XII           y, toda derrocada  
 a los divinos pies, que la traían,  
 lo que la en sí fiada  
 gente olvidado habían,  
 60 sus manos, boca y ojos lo hacían.

XIII           Lavaba larga en lloro  
 al que su torpe mal lavando estaba;  
 limpiaba con el oro  
 que la cabeza ornaba,  
 65 a su limpieza, y paz a su paz daba.

XIV           Decía: «Solo amparo  
 de la miseria extrema, medicina  
 de mi salud, reparo  
 de tanto mal, inclina  
 70 <a> aqieste cieno tu piedad divina.

XV            ¡Ay!, ¿Qué podrá ofrecerte  
              quien todo lo perdió? Aquestas manos  
              osadas de ofenderte,  
              aquestos ojos vanos  
75    te ofrezco, y estos labios tan profanos.

XVI            La que sudó en tu ofensa  
              trabaje en tu servicio, y de mis males  
              proceda mi defensa;  
              mis ojos dos mortales  
80    fraguas, dos fuentes sean manantiales.

XVII            Bañen tus pies mis ojos;  
              límpienlos mis cabellos; de tormento  
              mi boca y red de enojos,  
              les dé besos sin cuento;  
85    y lo que me condena te presento;

XVIII            preséntote un sujeto  
              tan malamente herido, cual conviene  
              do un médico perfeto  
              de cuanto saber tiene  
90    dé muestra que por siglos mil resuene.»